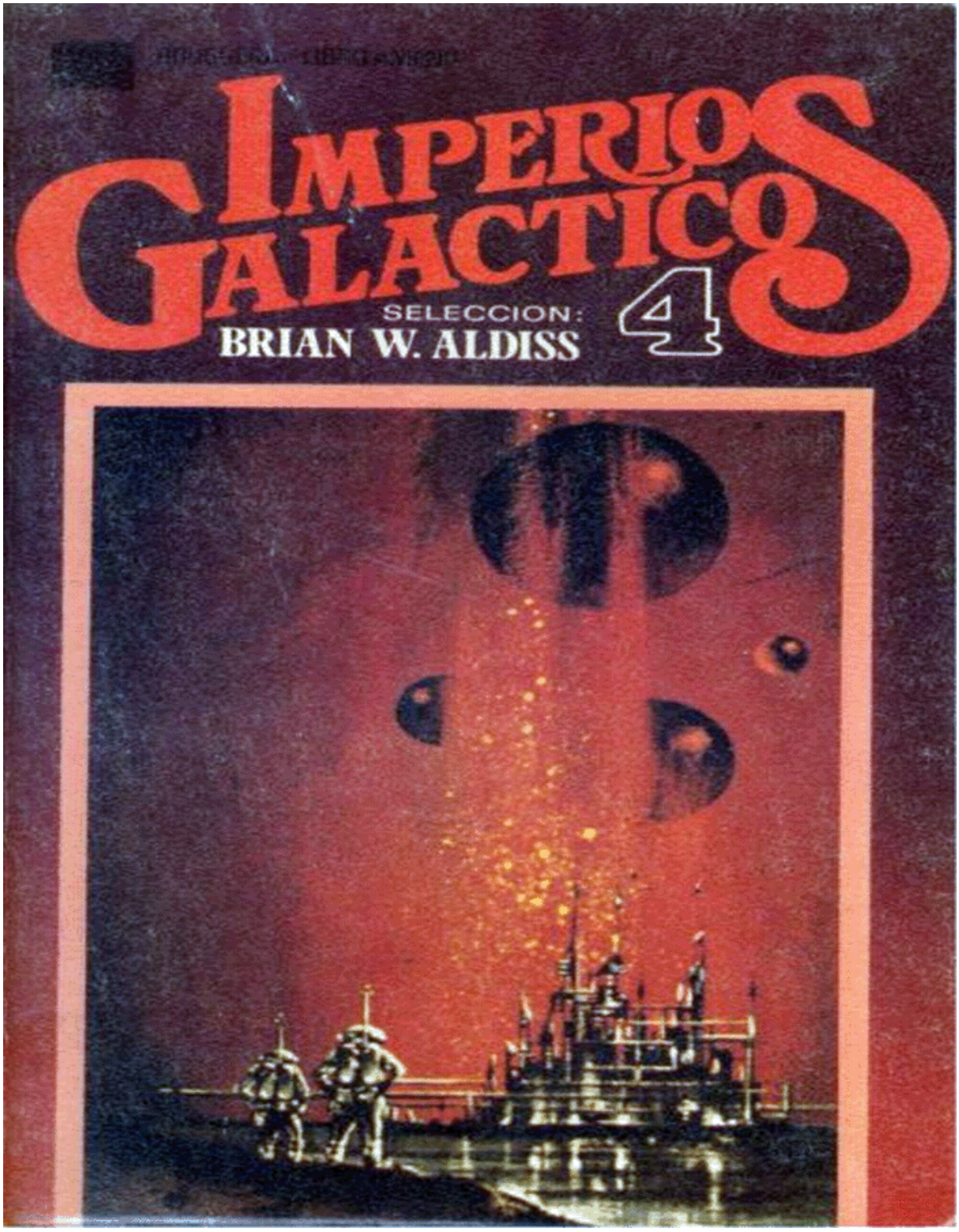
IMPERIOS GALÁCTICOS 4 – VARIOS AUTORES
Selección de BRIAN W. ALDISS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Presentación

Dentro de la vertiente de la ciencia ficción llamada *Space Opera* -esa rama del género entre ingenua y visionaria- tiene una importancia primordial el tema de los IMPERIOS GALÁCTICOS, del mismo modo que los reinos fabulosos juegan un papel fundamental en la narrativa heroica de todos los tiempos.

Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer...

Brian W. Aldiss, autor de *Barbagrís*[1], uno de los más importantes autores de ciencia ficción actuales y uno de los mejores conocedores del género, ha recopilado una extensa antología (que ofrecemos a nuestros lectores en cuatro volúmenes de los que éste es el último) que muestra las facetas más características y los distintos enfoques de esta fascinante temática a medio camino entre lo especulativo y lo legendario. Cada volumen está dividido a su vez; en dos partes, con lo que la antología completa consta de ocho secciones, dedicadas a otros tantos aspectos básicos del tema.

Los autores incluidos en éste y los otros volúmenes no necesitan presentación. La mayoría de los grandes maestros aportan su contribución: Anderson, Asimov, Blish, Clarke, Simak, Van Vogth..., pues pocos son los autores que no se hayan sentido atraídos en un momento u otro por este tema grandioso y singular.

Por supuesto, los cuatro volúmenes son totalmente independientes, ya que todos los relatos lo son entre sí. Juntos, sin embargo, constituyen la más completa y representativa antología jamás realizada sobre una de las ramas más sugestivas del género.

CARLO FRABBTTI

[1] Colección Nova, nº 8.

Volumen IV

DECADENCIA Y CAÍDA LIBRE

1

TODAS LAS COSAS SON CÍCLICAS

Gardner F. Fox: ¡Esta noche se rebelan las estrellas!

Harry Harrison: Encuentro final

Librodot

> El sentido de lo incompleto de todas las criaturas y de sus realizaciones le daba a la Sociedad Galáctica de Mundos un encanto, una santidad, como el de algunas delicadas flores de corta vida,
>
> OLAF STAPLEDON: *El hacedor de estrellas*

Una cosa que aprendemos de la ciencia ficción es que el placer puede provenir de la peor de las catástrofes.

Las revistas de ciencia ficción -no debemos olvidarlo nunca- eran escritas, en su mayoría, para una audiencia desheredada. Era literatura con raíces de pasto, un hijo de las revistas pulp. Si usted estaba mal pagado y mal educado y trabajaba en una sórdida oficina en Londres o Nueva York, y en vez de una casa al final de la jornada tenía un monótono apartamento en una calle humilde, entonces la destrucción imaginaria de su ciudad sería una buena lectura catártica. O escribir. Una de las grandes novelas de desastres del siglo xix, Después de Londres, fue escrita por un periodista y naturalista llamado Richard Jefferies, quien se encontró atrapado en Londres y odiaba el lugar. Su evocativa novela, que borraba totalmente a Londres del mapa, fue escrita como una especie de venganza.

El hombre al que hay que preguntar sobre este asunto es Harry Harrison, quien vivió muchos años de su vida en Nueva York, sólo para huir de ella para siempre en el momento en que hizo su primera gran venta de ciencia ficción. Se sentó en una elegante casa de Dinamarca y escribió la ruina de su ciudad hogar en una novela hoy famosa, Make Room! Make Room!, más tarde llevada al cine en un filme llamado Soylent Green, siendo la figura principal Charlton Heston, la cual no hace justicia a la visión de Harrison de la superpoblación urbana.

Harrison se especializa en destartalados mundos que jamás están unidos del todo; su estilo es generalmente inconfundible, en persona corno en sus libros. Pero la narración incluida aquí, Encuentro final, es, excepcionalmente, acerca de un mundo que se une. Marca, supongo, el lógico final del imperio galáctico. Las dos manos están unidas alrededor de la manzana.

Puede ser que el mismo estímulo atávico que lleva a los escritores de ciencia ficción a destruir lo que aman o lo que aborrecen los incite también a menudo a casar sus imperios galácticos con un extraordinario sistema feudal, cargados de señores, hermosas damas y sudorosos campesinos. Los computadores son raros; las joyas son cosas de cada día.

En este aspecto, la gloriosamente extravagante historia de Gardner Fox nos da la pauta, con la encantadora Moana, de la cual se dice que «la suave materia de su vestido colgaba para suavizar las caderas y los orgullosos senos». Abajo, en las inundadas calles, se fragua la rebelión. También tenemos súper-ciencia y charla sobre «matrimonio compulsivo interracial». Y surgimos simbólicamente del cieno y de la inmundicia de la Ciudad Más Bata hacia las limpias y blancas cercanías de la Ciudadela. Así el ciclo del ser se completa, como en el relato de Harrison.

El uso del feudalismo en tantas narraciones como la de Fox no es por capricho. En el volumen uno señalamos la acuñación de monedas de acero en la Fundación de Isaac Asimov. Asimov admite abiertamente que tomó el Imperio romano como modelo y ejemplo para su imperio galáctico. Pero en los imperios de los cielos generalmente se usan contextos feudales como los descritos. Por supuesto que esto nos provee de todos los signos externos de fascinación y los contrastes entre la vida de los poderosos y la sordidez, que inciden

directamente en el corazón del lector. Pero puede ser que haya una razón menos calculada para utilizar un modelo tan anacrónico.

Para el funcionamiento de lo que Lewis Mumfford llama «la máquina invisible» o la «megamáquina» de los esfuerzos y las realizaciones humanas, nuestra cultura actual necesita el dinero como los individuos necesitan la sangre. Somos criaturas económicas y debemos trabajar mientras somos capaces o perecer, al igual que han hecho nuestros antepasados; estamos gobernados por el dinero, la necesidad interminable que forma el circuito que mantiene a la fuerza de trabajo y a la nación en funcionamiento. (Verdaderamente, son escasos los individuos que se mantienen a un lado de esta máquina invisible; son dictadores - Stalin, siendo el dueño de Rusia, nunca tuvo una moneda en su bolsillo-, la nobleza, los muy ricos, o los extremadamente pobres; los gitanos son apartados desde el momento en que no contribuyen con ningún poder a la máquina invisible.)

El sistema capitalista disfruta de un circuito comparativamente efectivo. Es decir, sus presiones son constantes, pero cuando sus unidades están funcionando suavemente, su presión pasa desapercibida a la mayoría.

Por otra parte, es difícil imaginarse cualquier sistema coercitivo de hoy en día (ni el capitalismo ni, ciertamente, tampoco el comunismo) trabajando eficazmente para abarcar diversos sistemas planetarios que se encuentren a distancia de años luz. La relatividad, que afecta al espacio y al tiempo, deberá ciertamente afectar el flujo de dinero. El flujo de dinero tiene dos aspectos: trabaja al mismo tiempo como coercitivo e incentivo. Un sistema más coercitivo será más eficaz. Como las dictaduras. O incluso el feudalismo.

El feudalismo era una versión más cruda de la máquina invisible; aun así, el tipo de feudalismo practicado en el Antiguo Egipto produjo, en la figura de las Grandes Pirámides, alguno de los más duraderos e impresionantes monumentos de este planeta.

El número de locos intentos de explicar las pirámides, o los monumentos conmemorativos de los incas o de cualquier otra gran raza desaparecida, en términos de algunas teorías supersticiosas -un ejemplo es la noción de Von Daniken de que todas las grandes realizaciones de nuestro planeta fueron construidas por astronautas galácticos- simplemente muestran falta de comprensión de cómo otras máquinas invisibles como la nuestra funcionaron en el pasado. Todas las máquinas invisibles hacen que toda la energía disponible en fuerza humana y/o mecánica intervenga cuando es necesaria; bajo nuestro sistema actual, todos trabajamos para acumular existencias de ferretería militar, como en el mundo feudal se trabajaba para acumular piedras para faraones muertos. No podremos simpatizar con ese mundo más que lo que él pueda simpatizar con el nuestro.

¡Pero podemos simpatizar con la abolición del dinero! ¡Oh, sí! Ese es el motivo por el cual los sistemas feudales son tan atractivos en la literatura escapista. Deja libre el camino para la aventura, que tiene poco que ver con el flujo del dinero. Y pienso que el instinto básico de los escritores de ciencia ficción es correcto: el dinero tendrá que ser abolido cuando nos movamos dentro de la galaxia.

¿O será que esos siniestros y oscuros pozos de energía en ¡Esta noche se rebelan tas estrellas!, guardados por el anciano dios Stasor, son las representaciones simbólicas de nuestros bancos Barclay locales?

¡Esta noche se rebelan las estrellas!

Gardner F. Fox

En los pozos negros encontró la sabiduría de los ancianos perdida hacía cincuenta mil años. Durante un día, Angus el Rojo tuvo la victoria en su mano derecha. Pero fue demasiado corta la mirada, demasiado vago un pensamiento como para sostener a la multitud alborotada de las estrellas contra la guardia de hierro de la Ciudadela.

I

Los pozos eran iguales a la bostezante boca del espacio mismo, oscuros e insondables, extendiéndose en cavidades sin fondo, la profundidad de las cuales la gente de Karr sólo podía adivinar. Algunos decían que el dios Stasor moraba en las centelleantes y negras profundidades. Otros declaraban que la vaciedad era el hueco interior del planeta. Ninguno tenía razón.

Todos los hombres temían los pozos. Sólo un hombre de cincuenta mil años conocía su increíble secreto, y él vivía en una ciudad invisible...

Angus el Rojo huía como un galgo asustado a través de las retorcidas callejuelas de la Ciudad Más Baja. Una apagada luz artificial que provenía de las blancas paredes de las torres de la Ciudadela arrojaba un brillo resplandeciente a lo largo de su desnudo pecho, se reflejaba en los adornos metálicos de su ancho cinturón de cuero y en los pliegues musculares de sus largas piernas. Patinó en un charco, se enderezó y se zambulló en la oscuridad de un portal en forma de arco. Se volvió a las sombras, sintiendo abiertamente la quemazón de la nueva marca en su hombro que lo señalaba como *un* pirata.

Vagamente, oyó los gritos y los golpes repetidos de los pies de la policía de Diktor mientras buscaban su presa por las calles, cazándole. Su corazón se agitó sorda y velozmente bajo el alto arco de sus costillas. Angus sonrió torcidamente.

Era un buscado pirata del espacio, recién liberado de las celdas que había debajo de palacio. Pero era algo más que eso para el Diktor de Karr. Era un noble de Karr, que había huido al espacio y establecido un nido de águilas en un asteroide abandonado, que se había convertido a sí mismo en una *cruzada.* de un solo hombre contra Stal Tay, gobernador de Karr por la gracia del dios Stasor.

-Encontraré un camino -juró el pirata en las sombras, escuchando los gritos y las corridas de los guardias, los agudos y desollantes disparos de sus armas caloricas.

Hubo un tenue sonido detrás de la gruesa puerta de roble. Angus apartó su espalda desnuda, que aún tenía cicatrices y verdugones de la madera húmeda. Apretó uno de sus grandes puños y se mantuvo en silencio, esperando.

Era un hombre alto, de cintura estrecha y anchos hombros. Su boca era fina, pero curvada en las comisuras como si estuviera acostumbrada a sonreír. Cabellos rojizos y muy cortos que le daban a su dura y curtida cara una expresión fiera. Sus ojos azul oscuro brillaban entornados de la forma habitual en un hombre del espacio.

La puerta de roble se abrió. Una forma encapuchada estaba en la oscuridad de la arcada extendiendo una delgada y vieja mano hacia él. En el lugar de donde colgaba la capucha sólo había una tenue penumbra blanca en el lugar de la cara.

-El Jerarca te verá y te salvará, Angus -dijo el anciano-. Entra. El espera que escuches a la razón.

-¿El Jerarca? -resopló el hombre delgado, con incredulidad-. El es carne y uña con Stal Tay. Me hará volver con las muñecas cargadas de grilletes.

El encapuchado movió la cabeza y susurró:

-Rápido, rápido... ¡No hay tiempo para discutir!

Un grito en una calle a menos de dos metros de distancia decidió al semidesnudo y herido Angus. Movió sus hombros en un amargo encogimiento y se deslizó atravesando la puerta. La aldaba golpeó en la puerta y una mano cogió la suya. Una voz, gentil por la edad, dijo suavemente:

-Sígueme.

A una distancia de unos cincuenta metros de la puerta, las paredes comenzaron a brillar. Angus miró a su guía y vio a un anciano, un miembro de la Jerarquía, un culto sacerdotal de científicos que eran honrados y protegidos por el Diktor. Treinta años antes, cuando la gente de la Ciudad Más Baja había sido diezmada por la enfermedad, habían tomado por asalto el bloque de edificios en los cuales trabajaban los científicos.

Habían destruido máquinas y matado hombres.

La gente de la Ciudad Más Baja no eran más que salvajes y las supersticiones paganas que ostentaban eran fomentadas por Stal Tay. Le placía al Diktor creer que la ciencia era algo sólo reservado a los ricos. Por lo tanto, Stal Tay intervino. Separó a los científicos del mundo de los hombres v les dio un pequeño mundo que se llamaba la Ciudadela.

Angus v el científico atravesaron corredores que se doblaban v retorcían en forma delicada. Todo estaba en silencio en este túnel subterráneo. Una vez Angus oyó el apagado murmullo de un río escondido buscando una salida al gran Mar Car Carolan. El agua se condensaba en exudadas gotas en las frías paredes de piedra.

Luego fueron yendo hacia arriba a través de unos escalones de piedra labrados a mano hacia una arcada en la cual se estaba abriendo una pesada y ennegrecida puerta. Las luces brillaban detrás del pórtico en una gran habitación con un alto techo en forma de arco.

Vio a Tandor, de pie, grande y macizo entre los encapuchados sacerdotes; las luces de la pared brillaban en su cabeza calva. Les había costado su trabajo traerlo desde la Ciudad Más Baja, vio Angus. Tenía marcas de cortes, y la sangre aquí y allá se había secado sobre su burda túnica de lana.

Un hombre alto con una capucha blanca bordeada de púrpura se acercó hacia ellos. Dijo:

-He salvado a tu hombre de las torturas del Diktor. El dinero puede mucho *en* la Ciudadela. Incluso el primer capitán de un pirata no es más valioso que un puñado de *sestetins.*

Angus se encogió de hombros.

-¿Qué quiere de mí? El Jerarca asintió.

-Me han dicho que eres un hombre sensible. Esta noche liberaré a Tandor después de que me hayas prestado un servicio.

-¿Qué servicio?

El Jerarca lo estudió cuidadosamente,,

-¡Matar al Diktor!

Angus soltó una risa burlona.

-Igual me podía pedir que le trajera el Obro del Nardo. ¡Tendría las mismas posibilidades!

-Quizá te pueda pedir eso también, después de que hayamos acabado.

-¿Y si me niego?

El Jerarca suspiró. Sus negros ojos brillaron en la sombra de su capucha.

-Romperé tus piernas para que no puedas correr, *y* dejaré que Stal Tay mande sus hombres por ti. Pondré dagas calentadas al rojo vivo en los ojos de Tandor hasta que él confiese vuestros crímenes» Yo...

Angus frunció el ceso.

-Creía que el Diktor era su amigo.

-Nos mantiene encerrados en la Ciudadela como si fuéramos sus esclavos. Los descubrimientos científicos que hacemos dice que son suyos. Ha enviado las plagas de las que luego la gente culpa a los científicos.

-Le mataré -dijo Angus. Pero pensó para sí: «Sólo jugaré durante un tiempo. O lo prometo o me rompen las piernas.»

Guiaron a Angus hasta una pequeña habitación en la que le esperaba un hombre encapuchado con vestidos que eran de vivos colores rojos y ocres, entrelazados de oro y adornados con joyas. El científico dijo fríamente:

-Tomarás el lugar del Embajador de Nowk. Es pelirrojo y grande, con una cicatriz en la cara como la tuya.

El aire nocturno era tonificante cuando Angus salió con el encapuchado científico a través de un portal de piedra y hacia un largo y bruñido carruaje. Recogió su capa de negro satén a su alrededor y se zambulló en la acolchada suavidad del carruaje.

El encapuchado murmuró:

-Todo está arreglado. Una bailarina, de nombre Berylla, bailará para el Diktor. Justo después de esto, él planea llamarte a su lado para discutir el nuevo tratado de comercio con Nowk. La bailarina te dará la señal cuando ella termine. Cuando seas convocado golpea en el cuello del Diktor. Ha sido preparada una maniobra de distracción bajo la forma de borrachos revoltosos. En la excitación podrás huir.

Angus tocó la esbelta daga en su costado y asintió.

El Diktor de Karr era un hombre grande. Era sólido de espaldas y delgado en la cintura. Su cabeza estaba calva, y tenía una dentada cicatriz a lo largo de su sien derecha. Estaba sentado en su trono cubierto de joyas y tamborileaba con sus dedos sin descanso sobre el brazo labrado a mano del trono.

A su lado estaba sentada una mujer de ojos negros y de cabello del color del ala de cuervo. La suave materia de su vestido colgaba para suavizar las caderas y los orgullosos senos. Observaba al nuevo Embajador de Nowk, que pasaba entre los invitados, incapaz de decidir si el hombre era feo o reciamente atractivo. Pero era grande, con largos y enormemente musculosos brazos y piernas, y tenía la mirada de un luchador.

Moana se rió suavemente. Había música en su voz y arte en la forma de sus movimientos mientras que él se iba acercando. Los ojos de ella recorrieron la gran figura de él lenta y sosegadamente.

Angus se detuvo al pie del estrado y se inclinó, saludándoles. Era un pirata, pero había estado en las grandes capitales de los Seis Mundos.

-¿Su primera visita a Karr? -sonrió Stal Tay.

-La primera, excelencia.

-¿Le agrada la corte que mantenemos?

Angus conocía las tabernas y las inundadas, y húmedas calles de la Ciudad Más Baja. Sabía que sus habitantes eran esclavos de la Jerarquía y del Diktor y de su pequeña tertulia. Las mujeres danzaban y alcahueteaban siguiendo los deseos de los ricos... de lo contrario, les hacían en secreto ciertas cosas. Sabía que los hombres envejecían antes de tiempo, trabajando para pagar las raras joyas que Moana y otras como ella ostentaban.

Pero murmuró:

-Plegasston de Nowk ha dicho: «Para el bien del Estado, el mayor número posible debe disfrutar de la mayor cantidad de sus más altas recompensas.» Pero Plegasston de Nowk era un soñador.

Moana le indicó con un gesto la silla de oro que había a su lado. Ella dejó que las puntas de sus dedos tocaran la mano de él cuando se sentó.

-Cuénteme acerca de usted, Ben Tal. Angus sonrió con sarcasmo.

-Soy un pariente de su Eminencia de Nowk. Eso lo explica todo acerca de mí. Pero usted... Es sacerdotisa del dios Stasor. Ha ido al pozo negro para encararse con él. Ha oído sus pronunciamientos.

Moana puso cara de desagrado y se encogió de hombros. Melodías de música bajaron del estriado techo y se difundieron a través de la habitación. Los negros ojos de ella brillaron.

-No me hable de religión, Ben Tal. Cójame en sus brazos y bailemos.

Ella era tibia y fragante, siguiendo los movimientos de él. Los negros ojos de ella lo seducían mientras que sus manos iban de su brazo al hombro y de allí a su cuello. Hacía que los momentos volaran. Sentado con ella en una mesa y dejando que ella le alimentara juguetonamente, casi olvidó su misión.

Y entonces...

La habitación se oscureció. Los escondidos músicos hicieron que sus instrumentos danzaran con un ritmo salvaje. Y en un círculo de luz dorada, su blanca piel brillando caprichosamente a través de un vestido de diamantes, una mujer se cimbreó hacia el suelo enfocado.

Y Angus recordó. Estaba allí para matar a un hombre.

La mujer que estaba al servicio de los Jerarcas . era una llama de fuego, con el enjoyado vestido que la poblaba de vivos rayos girando alrededor de ella. Hizo piruetas, se cimbreó y brincó. Estaba quieta... y era una tormenta de movimientos. Se reía. Lloraba. Insultaba y hacía zalamerías. Era todo lo que cualquier mujer había sido.

Angus vio sus ojos disparándose, cazándole. Se deslizaron sobre su amplio pecho y sobre sus largas piernas, sobre su mandíbula cuadrada y sobre su, corto cabello pelirrojo muchas veces sin reconocerle. Sólo cerca del final, cuando el reflejo del foco de luz que seguía su danza lo tocó a él también, ella le reconoció,

Su sorpresa hizo que tropezara, pero se recuperó rápidamente. Giró alrededor de la habitación, los diamantes tintineando suavemente. Se lanzó en la Danza de la Guirnalda de Gemas, e hizo de ella una cosa viva. Cuándo se acercó a las negras cortinas se detuvo un instante, movió su brazo con la señal convenida, y se fue.

El Diktor levantó una mano e hizo un gesto. Angus se inclinó frente a Moana y se levantó. Con todo su inmenso control, que había desarrollado en las solitarias sendas de las estrellas, combatió el deseo de su mano de tocar la daga.

Se agachó para tomar asiento. Ahora su mano derecha estaba escondida por su cuerpo y la puso sobre la daga.

La fina hoja murmuró, saliendo de su funda. Angus se inclinó hacia delante y la lanzó hacia la garganta que tenía enfrente.

Cuatro manos salieron del aire y se cogieron a su puño. Lo tiraron hacia abajo debido a la sorpresa y por *el* peso de sus cuerpos. Se cayó de su silla rodando, golpeando al hombre *de su* izquierda, haciéndolo caer sobre Stal Tay.

Log hombres gritaban. Una mujer chillaba. Angus elevó su fuerte puño izquierdo en un pequeño arco y pegó con él en los músculos del estómago del hombre que estaba a su derecha. El hombre gruñó y retrocedió. Angus se mantuvo libre, su limpia y aún desnuda daga en la mano.

Brincó sobre Stal Tay, pero otros guardias venían corriendo. Uno se abalanzó sobre la daga, cogiéndola con ambas manos. Otro golpeó al pirata en las piernas con su hiriente cuerpo. Un tercer hombre se colocó a horcajadas sobre su espalda, enganchando su mandíbula con el antebrazo. Esto fue cuando el resto de ellos le pegaron.

Angus cayó dentro de una masa de carne que luchaba y maldecía. Los guardias gritaban triunfalmente, pero Angus había peleado en tabernas vociferantes de la Ciudad Más Baja, había luchado con esclavistas de sal en las dunas del desierto, había mantenido peleas desde Karr a Rimeron. Se levantó. Sus puños iban de arriba abajo. Su mano derecha se disparó, golpeando la muñeca de un guardia. El guardia gritó y se cavó, quejándose.

Angus respiró a través de la distendida nariz, saltando hacia atrás; sus puños golpeaban en costillas y mandíbulas. Peleaba para ganar terreno y casi lo había logrado. Pero un guardia levantó su pie en un golpe salvaje antes de que el pirata pudiera evitarlo. El hombre golpeó sus piernas y lo hizo caer. Angus cayó bajo una docena de saltarines soldados. Sucio y ensangrentado, Angus movió la cabeza v se rindió.

Moana estaba de pie por encima de él, riendo con desprecio a través de la curiosa y asombrada luz en sus ojos. Sus blancos senos se elevaban y descendían rápidamente bajo su escasa ropa.

-La pequeña bailarina te conocía, Ben Tal. He notado eso. Pero ella nunca ha estado fuera de la Ciudad de Karr. Y ésta es tu primera visita. ¿Quién eres?

Angus se encogió de hombros mientras que un guardia le levantaba y le sentaba rudamente en una silla ante el Diktor. Tenía una mueca en la cara. Tenía un gesto parecido a amargas cenizas que se prolongaba desde las comisuras de sus labios. Su vientre temblaba bajo la brillante tela de sus calzones. Le parecía escuchar *la* lenta voz del Jerarca.

«Si fallas, morirás.»

El Diktor movió una mano. Los guardias lo levantaron, lo arrastraron a través de los adornos de terciopelo y a lo largo de un corredor de piedra, hacia una pequeña habitación. El Diktor y Moana le siguieron, pisándole los talones. Fue el Diktor el que cerró la puerta con el cerrojo.

-¿Quién te ha enviado? -preguntó suavemente el rechoncho dictador-. ¿Quién ha pagado por mi muerte? Dime eso, y saldrás de aquí como un hombre libre.

Angus movió la cabeza. Se encontró con los ojos color avellana del Diktor, que tenían una mirada torva.

Stal Tay sonrió.

-Berylla, la bailarina, te conoce. Siempre puedo enviar por ella, ya lo sabes.

Moana había estado caminando alrededor de Angus. Se acercó, puso una mano en la túnica que rodeaba su pecho como un guante y la rasgó. Sus hombros musculosos quedaron al descubierto, en el lugar en el que los inflamados y entrelazados triángulos brillaban.

-¡Un pirata! -gritó Moana. El Diktor abrió mucho los ojos.

-Por supuesto. Ahora le reconozco. Angus el Rojo. Mis hombres le capturaron hace una semana. Pero ¿cómo, en el nombre de Stasor, has podido huir?

Angus dijo brevemente:

-¿Importa cómo?

-No. -Stal Tay se alejó y se sentó en una silla torcida y cruzó sus pesadas piernas. Sus poderosos dedos tamborilearon brevemente sobre el brazo de madera de la silla-. Pero el hecho de que volvieras después de huir... eso es importante.. No te hubieses quedado en la Ciudad de Karr a no ser que tuvieras que hacerlo. ¿Quién ha hecho que te quedaras? Ciertamente no me odias tanto como para arriesgar tu cuello con tan escasas probabilidades.

Angus sonrió sarcásticamente a través de su miedo.

-Un millón de personas *te* odian, por si te interesa saberlo. Mantienes a los hombres y a las mujeres de la Ciudad Más Baja en una enorme pobreza para vosotros poderos comprar joyas y lujos. Subvencionas a la Jerarquía usando su ciencia para que vuestra vida sea más fácil y más segura. ¿Por qué negarles a esos pobres diablos que están debajo lo que les podrías dar de forma tan barata? Calor. Luz. Energía para poder operar con algunas pocas máquinas. Déjales que prueben algo de la vida que no sea lodo y ropas húmedas y camas duras.

-Oh -rió suavemente el Diktor-. Plegasston de Nowk ha ganado un adepto. ¿Qué más ha dicho él, Angus?

-Dijo que el gobierno y la ciencia deben servir al pueblo, y no esclavizarle. ¿No e»seña Stasor eso también?

Moana rió lentamente. Sus ojos negros se mofaban de él. Ella dijo:

-¿Quieres oír lo que Stasor dice acerca del gobierno, de la ciencia y del pueblo. Angus el Rojo? Déjeme que le lleve a través del Velo, Eminencia. Deje que sea el dios el que hable con el incrédulo.

El Diktor apenas sonrió, mirando desde el hombre a la mujer. Movió la cabeza. Moana se puso al lado del robusto dictador. Sus negros ojos miraron directamente a Angus. El trató de entender su expresión.

El Diktor se levantó.

-He usado la razón, Angus. Tú eres un pirata. Has asaltado mis caravanas del espacio. Me has robado y saqueado. Lo repito, lo olvidaré todo, incluso te recompensaré, si me dices quién te ha enviado aquí esta noche.

Los negros ojos de Moana quemaron, mirándole desde su pálido y blanco rostro. Ella tocó su carnoso labio superior con la punta de su roja lengua.

-Si pudiera ver a Stasor -murmuró Angus, tratando de comprender lo que Moana quería que él dijera. Cuando ella asintió casi imperceptiblemente, continuó-: Quizá él haga que cambie mi decisión. Si Stasor dice que he sido un tonto, entonces todo en lo que he creído se habrá deshecho. En ese caso desearía servir a su Eminencia.

Los negros ojos de Moana rieron, aplaudiéndole silenciosamente. El Diktor frunció el ceño pensativamente. Se volvió hacia la chica.

-¿Serás tú su compañera de súplica?

Angus sabía lo que eso significaba. Si él encontraba una forma de escapar, el Diktor tendería ese encantador y blanco cuerpo en el tormento en su lugar, pondría las tenazas calentadas al rojo vivo en esos muslos, en esos pechos y en esa cara, usaría clavos y ganchos con púas. El nunca podría dejar que ella sufriera esa desdicha.

Quizás el Diktor sabía eso. Sonrió un poco mientras que Moana prometía. Se fue, sin volver a mirar a Angus.

Moana dijo suavemente:

-Era todo lo que podía hacer, Angus... Te hubiese llevado al foso esta noche si no hubiese podido posponerlo.

-No me debes nada -le contestó él, encrespado.

-Sin embargo, sí que te debo. Mi hermano enfureció al Diktor hace un año. Fue enviado a los pantanos de sal de Ptixt. Tú tomaste a la fuerza la caravana que le llevaba y lo liberaste. Mi hermano vive a salvo escondido en una de tus ciudades piratas. Recuerdo eso, Angus. Algunas veces las buenas obras se pagan. ¿Qué dice Plegasston de Nowk acerca de esto?

Ella pasó por delante de él y a través del arco de la puerta.

El siguió su cuerpo cimbreante a lo largo de corredores llenos de colgaduras, hacia pequeñas habitaciones, y pasaron por puertas de madera de roble. Ella llegó a una pared desnuda, se acercó y presionó con *las rosadas* puntas de sus dedos sobre la piedra de color rojo.

-Las circunvoluciones de las puntas de mis dedos encienden el mecanismo de un interruptor dentro de la piedra -explicó ella-. Es mejor que cualquier llave.

En algún lugar, un motor ronroneó desganadamente y la pared de roca comenzó a moverse. Se abrió hacía un lado y dejó a la vista un corredor que se perdía en las

profundidades. Las paredes estaban provistas de una luminiscencia azulada que brillaba intensamente, alumbrando el camino.

Angus vio el pozo mucho antes de que llegara a él. Un cerco de metal bordeaba la brillante negrura, que parecía empujar hacia arriba, como si tratara de liberarse de lo que fuera que le amarraba. Brillaba débilmente y temblaba. Vibraba y palpitaba con algo cercano a la vida misma.

Angus se detuvo, mirándolo fijamente. Puso una mano fuera y la empujó hacia la oscuridad. Se sentía ligero y punzante, pensó que aquello sabría como un vino pesado.

Moana cogió su otra mano. Murmuró:

-Ven -y dio un paso hacia el pozo.

La oscuridad se zambulló todo alrededor de Angus. La sintió en su piel, en los poros de sus brazos y manos y piernas. Le hacía sentir mareado, por lo que quería reír. Era como caminar en el aire, andar en esta cosa.

Bajaron en el pozo y se quedaron de pie en un espacio extraño, en el cual sólo había oscuridad, no mitigada por luz alguna. Hacía frío. Desganadamente, Angus pudo oír lo que pensó que era música.

-Desea ir hacia delante -oyó que una voz musical susurraba.

Flotó sin esfuerzo.

*--(*Dónde estamos? -preguntó en voz alta.

-Fuera del espacio. Fuera del tiempo. En la moda del dios. Pronto veremos a Stasor.

Un brillante punto rojo ardió, *y* envió arroyos de llamas en la oscuridad.

En el lugar en el que había estado el punto rojo estaba Stasor.

Su cara flotaba en una niebla blanca, anciana, sabia y apenada. Sus vagamente veteados párpados estaban cerrados. La frente era alta, redondeada, recubierta de blanquísimo cabello. A cada lado de la gran nariz aguileña, tenía altos y sobresalientes pómulos. Los párpados temblaron y se elevaron lentamente.

Angus miraba mudamente a la viva sabiduría. Se preguntaba muy dentro de sí cómo debería ser Stasor, para saber lo que esos ojos sabían; cuántos mundos debía de haber visto, cuántos pueblos tendría que haber visto crecer hasta la grandeza, la degeneración y la muerte.

-Has entrado en el pozo. He sentido tus emanaciones. ¿Qué quieres? Moana dijo:

-Soy vuestra sacerdotisa, Stasor. He traído un hombre a veros.

-Deja que hable el hombre. Angus humedeció sus labios. Frunció el ceño, tratando de encontrar las palabras. Musitó:

-He sido sentenciado a morir por intentar asesinar al Diktor de Karr. Es un hombre malo.

-¿Qué es el mal, hijo mío? ¿Es un hombre malo porque se opone a tus deseos? Angus gruñó:

-Es una maldición para su raza. Envía la muerte y las enfermedades sobre su gente cuando le desobedecen. Mantiene el progreso alejado de ellos. Los esclaviza cuando podrían ser dioses.

-Eso es lo que tú crees. ¿Qué dice el Libro del Nardo?

Moana murmuró:

-El Libro del Nardo está perdido, Gran Señor. Stasor se mantuvo en silencio durante un largo rato. Finalmente, dijo:

-El Libro debe ser encontrado. En él están los secretos de la Gran Raza. Id a la Ciudad de los Ancianos. Allí encontraréis el Libro.

-Tampoco nadie sabe hoy dónde está la Ciudad.

Está perdida con todos los secretos de la Gran Raza.

-*La* Ciudad está más allá del Mar Car Carolan, más allá de las Tierras Llameantes. Id allí.

Los labios se cerraron. Los párpados cayeron. Rápidamente la anciana cara cayó en la nada. Sobrevino la negrura y les presionó a su alrededor.

Angus se giró lentamente, como en un sueño. Aún en ese trance parecido al sueño se encontró a sí mismo mirando a tres altas y encapuchadas figuras que se mantenían como centinelas.

Moana gritó.

Una de las figuras encapuchadas levantó un brazo e hizo un gesto de confianza.

-No hay ningún motivo para temer. El Jerarca nos ha enviado para que os llevemos a su presencia.

Moana se estremeció. Angus sintió su fría mano buscando la suya, tratando de esconderla en su mano. Cogidos de la mano se obligaron a seguir a las encapuchadas formas. Se zambulleron juntos a través de la negrura, moviéndose sobrenaturalmente, sin movimientos musculares.

Una cortina semicircular de temblorosas motas azuladas enfrente de ellos era como una brillante mancha en la oscuridad. Una de las formas encapuchadas se giró y esperó. Dijo:

-Otro pozo, Moana. El pozo de la Jerarquía. Nosotros, también, conocemos el camino a este mundo.

-¿Qué es la negrura? -preguntó Angus.

-¿Qué sabe el hombre? Fue pensado y construido por la Gran Raza antes de que se fueran.

Estaban en el pozo, yendo hacia arriba a través de su extraña superficie. Chisporroteaba y burbujeaba todo a su alrededor, vibrando en toda la piel.

Pasaron el pozo y se encontraron en una habitación desnuda, de bajo techo.

Un encapuchado abrió una puerta para ellos y se mantuvo a un lado.

El Jerarca estaba sentado en una silla labrada y adornada de terminaciones de oro. Su pálida y ascética cara se oscurecía bajo la sombra de su gran capucha. Los miró fijamente; tenía una tenue sonrisa en sus labios. Los miró durante tanto tiempo que Angus preguntó impacientemente:

-¿Qué es lo que quiere de nosotros? ¿Está Tandor libre?

Moana abrió la boca asombrada, el repentino conocimiento despertó su mente. El Jerarca la barrió con sus ojos y suspiró.

-Tandor está libre. Cumplo mis promesas. Has intentado y has fallado, pero aun así has intentado. Ahora...

Hizo una pausa, las puntas de sus dedos estaban apretadas, meditaba mirando a Angus.

-Hace muchos miles de eones, antes de que nuestra raza existiera, todo Karr pertenecía a la Gran Raza. Vivió mucho tiempo en este mundo antes de irse.

Angus hizo una mueca.

-Su sacerdote ha dicho eso. Quiere decir... El Jerarca habló pacientemente, como si le estuviera enseñando a un niño.

-No ha muerto. Ha continuado, en otro plano de la existencia. Todo debe progresar. Esa es una ley inmutable de la naturaleza. La Primera Raza progresó, mucho más lejos de nuestro entendimiento, más allá de las leyes naturales tales como las conocemos nosotros. Ellos existen hoy. . en algún lugar fuera.

»Stasor, por ejemplo. -El Jerarca dirigió sus negros y ardientes ojos hacia Moana-. Algunos piensan que es un dios. Es un miembro de la Gran Raza.

Moana exclamó rudamente:

-¡Blasfemia! Dice blasfemias acerca de Stasor. El Jerarca se encogió de hombros.

-Digo que vuestro Stasor es un hombre cuadridimensional, que no está atado por nuestra tres dimensiones. El y sus semejantes se han ido a ese otro mundo. Han dejado leyes tras ellos para que guíen a los que vengan detrás. Han dejado los pozos. Eran una gran raza, los Mayores, y los pozos negros son su más grande descubrimiento. Esas leyes que han dejado están contenidas en el Libro del Nardo. ¡Quiero ese libro!

-¿Qué?

El Jerarca sonrió gentilmente.

-¿Con los secretos de los Mayores en las puntas de mis dedos piensas que el Diktor nos puede mantener encerrados en la Ciudadela?

Una débil esperanza ardió en el pecho de Angus.

-¿Quiere decir que no estarán más enclaustrados? ¿Significa que darán la ciencia al pueblo y les ayudarán?

-¡Bah! -respondió bruscamente el Jerarca-, ¿El pueblo? ¡Cerdos! Se revuelcan en su miseria y la aman. -Sus quemantes ojos negros brillaron fanáticamente-. No. Quiero decir que yo, y no el Diktor, ¡gobernaré a Karr!

«El también está loco -pensó Angus-. El y el Diktor, locos por la ambición de poder. Si el Diktor muere y el Jerarca gobierna, no cambiará nada. *Incluso las estrellas se rebelarán contra eso».*

II

La calle estaba oscura, excepto por la luz de la luna que brillaba débilmente a través de los dentados techos y se reflejaba gris y levemente en los redondeados bordes de los guijarros. Angus y un hombre encapuchado hicieron una corta carga, corrieron hacia las sombras, y trotaron a paso lento.

Por encima de ellos una señal crujía en herrumbrosas cadenas. Angus miró hacia atrás al inmenso bulto de piedra de la Ciudadela en el lugar en que se elevaba desde la roca sólida. Detrás de la Ciudadela las delgadas y delicadas cúspides de los palacios descollaban sobre la limpia y fragantemente perfumada Ciudad Más Elevada. Allí arriba, no había humedad. No había olor de basura podrida. Los patricios no sabían lo que parecían los residuos cocidos en un plato grasiento, o cómo olían las coles asadas o qué horrible mezcla vendían los vinateros en el gran Centro Comercial.

Angus dijo:

-Aún no veo por qué el Jerarca se molesta en enviarme a mí a la búsqueda del Libro. Tiene un montón de científicos que podrían hacer un trabajo mucho mejor que yo para encontrarlo.

Los labios del hombre se movieron en la oscuridad de la capucha.

-¿Cómo piensas que el Diktor nos mantiene encerrados en la Ciudadela, pelirrojo? Tiene el espectrograma de cada uno de nosotros en el palacio, unido a los controles centrales. Cada tiempo determinado, hace que sus capitanes comprueben nuestra ubicación. Cuando los impactos vibratorios nos tocan reflejan en las pantallas nuestros espectros. Si alguno de nosotros está fuera de lugar-más allá de los límites de la Ciudad de Karr, significa eso- envía una patrulla para que nos encuentre y nos capture. Hemos perdido muchos buenos hombres de esta forma antes de que nos resignáramos. Una vez que un científico es capturado por el Diktor es destruido. Instantáneamente.

-¿No hay nadie más que os pueda ayudar? El científico mostró su desdén con un movimiento de sus labios.

-¿Quién? ¿Alguien del pueblo? Han corrido tan rápido para traicionarnos que ni siquiera un theto-galgo podría alcanzarles. Odian al Diktor, pero creo que más nos odian a nosotros.

Detrás de ellos, la sombra de un hombre con una cicatriz en *zigzag* en su cara se despegó desde debajo de una cornisa sobresaliente y, silenciosamente, los siguió.

Angus y el científico atravesaron calles estrechas, bajaron escalones de piedra y a través de un gran cuadrado. A un lado las rojas luces de la taberna del Ciervo Manchado brillaban y los gritos y las risas fanfarronas de los hombres se mezclaban con las penetrantes y excitadas risas de las mujeres.

El científico miró a su alrededor nerviosamente, mojó sus labios con la lengua.

-No me gusta esta sección. Está demasiado cercana a los muelles. Hay otras ratas aparte de las de cuatro patas.

Un negruzco y romo instrumento en la mano de un hombre semidesnudo golpeó por detrás la cabeza del encapuchado. Angus se adelantó, su puño izquierdo apretado. Le dio al hombre grande en un lado de la boca y la cabeza giró violentamente. Su mano derecha ya estaba en movimiento mientras que la izquierda golpeaba. Alcanzó al hombre con su mano derecha y éste retrocedió hacia la pared de ladrillos.

-Tranquilo, Angus -gruñó una voz a sus espaldas, con un dejo de risa en ella.

Angus giró rápidamente, con los dientes al descubierto. Cuando vio la calva cabeza del gigante que estaba enfrente de él se rió rudamente.

-¡Por los dioses, Tandor! ¡Entonces el Jerarca realmente ha mantenido su palabra!

-Hemos oído que ha faltado sólo unas pulgadas para que mataras a ese canalla que vive en el palacio. ¡Tsk! El Jerarca lo sintió; con suerte, Stal Tay podría estar ya muerto. Sí, él me ha dejado ir. Tan pronto como se enteró de que tú y la sacerdotisa estabais entrando en el pozo negro.

Angus se arrodilló y retiró la capucha del científico. Había una hinchazón apelotonada en la parte de atrás de su cabeza. Angus dijo:

-Pensé que le habías roto el cráneo cuando le golpeaste. -Miró al hombre que estaba recostado en la pared de ladrillo-. Lo lamento, amigo. Creí que eras un salteador de caminos.

-Tandor me dijo que eras rápido. No me mentía. -El hombre hizo una triste mueca, sintiendo la mandíbula.

Tandor le dio un empujón con el hombro a Angus, y cogió al encapuchado. Guió el camino a través de las calles; los brazos y piernas del hombre que había sido golpeado se balanceaban inertes. Tandor preguntó:

-¿Adonde te estaba llevando?

-A una nave-globo escondida. Se supone que debo encontrar el Libro del Nardo. El Jerarca tiene a Moana como rehén.

Tandor silbó suavemente, con los ojos muy abiertos.

-Me cambió a mí por la chica. ¡Es un hombre listo el Alto Sacerdote!

La risa llegó a ellos desde él interior mal iluminado de la taberna, al mismo tiempo que el seco olor a vino y el tufo de la carne sudorosa. Tandor le dio un golpe a la puerta de roble para abrirla y caminó a lo largo de la pared con su carga. Una chica con un harapo a su alrededor corrió hacia Angus, apretando ebriamente sus labios húmedos contra los de él. Ella arrojó una copa de vino de madera, el rojo vino saltando por los bordes, gritando :

-¡El Yunque! ¡Para Angus el Yunque, el único amigo que tenemos!

El rugido hizo eco en sus oídos mientras que Angus entraba en la pequeña habitación que había a un lado. Tandor empujó una silla hacia Angus, acercándose hacía un jarro de madera. Gruñó:

-¿Irás a la búsqueda del Libro?

Angus extendió las piernas y acercó una copa llena hacia él. Miró fijamente hacia el negro líquido. Finalmente dijo;

-Sí, lo haré.

-¿Por qué?

-Porque yo he visto cómo viven en la Ciudad Más Elevada. He visto la vida que llevan y he visto la vida de esa gente que está ahí fuera, en la gran habitación.

Tandor hizo un extraño sonido con su garganta.

-No pensarás que apreciarán el que les cambies la vida, ¿verdad?

Angus miró pensativamente. Sonrió.

-Sé hacia dónde se dirige nuestra raza, ahora. Seremos como Stasor, el hombre detrás del Velo, algún día. Cuanto más se quede el Diktor u oíros como él en el poder, más tiempo tardaremos en acercarnos a esa meta.

Tandor hizo una mueca que le hacía parecer un

-A algunos hombres les gusta ser mártires. Es una debilidad del cerebro. -Frunció el ceño, y golpeó con la palma de la mano la parte superior de la mesa de madera-. Digo que es una locura. Deja que el Jerarca y el Diktor se apuñalen el cuello el uno al otro. Volvamos a las sendas de las estrellas, Angus. Fuera, donde el hombre pueda respirar y estirarse.

Angus movió la cabeza.

-Toma la nave tú. Sigue haciendo correrías, si quieres. Yo me quedo. Quiero encontrar respuesta a una pregunta.

-¿Qué pregunta?

-¿Qué es la ciencia?

-Qué es... Estás loco. Yo lo sé. De todas las preguntas, es la más estúpida. La ciencia es un arte concebido para mejorar el nivel de vida de la clase patricia. Ahí está. ¿Eso te responde?

-Digo que la ciencia debe de ser algo que beneficie a todos. ¿Por qué tenemos antorchas mientras que la Jerarquía utiliza lámparas y paredes incandescentes para la iluminación? ¿Por qué no tenemos hornos en lugar de chimeneas o electronizadores en lugar de armas de percusión?

Tandor sonrió con afectación.

-Es más seguro.

Angus se levantó y caminó en la ahumada habitación de roble. Bajo la luz rojiza su pecho y sus brazos enormemente musculosos parecían recubiertos de rojo. Los mechones de rojo cabello en su cráneo redondo, de mandíbula cuadrada, reforzaban la ilusión. Puso sus manos en las caderas y se plantó frente a su lugarteniente.

-Me volví pirata cuando el último Diktor ejecutó a mi padre por indulgencia con sus criados. El Diktor dijo que él estaba rompiendo la disciplina gubernamental. Tomé a mí madre y huí al espacio. Encontré un lugar seguro en Yassinan. He construido un imperio pirata con tu ayuda. Ofrecería todo eso, toda la fortuna que hemos amasado en Yassinan, ¡para desmontar este tinglado!

Tandor se dio una palmada y rascó su palma en lo liso de su calva. Dijo secamente:

-Me haces volverme loco, Angus. No estás satisfecho con las cosas. Siempre tienes que cambiarlas. ¿Es que la vida no está suficientemente llena para ti ahora?

Angus le ignoró.

-Si pudiera conseguir el Libro del Nardo y liberar a Moana y alejarla hacia la seguridad, quizá podamos tener una posibilidad. Si pudiéramos desarrollar la ciencia en Yassinan lo podríamos hacer.

-¿Por qué preocuparnos por Moana?

-Porque ella se convirtió en mi compañera de súplica. Sabes lo que eso significa para alguien como el Diktor. -Angus dio una palmada en su ancho cinturón de cuero con decisión-. Lo haré. Iré en su nave-globo y trataré de encontrar el Libro. Tandor, te quedarás aquí. Reclutarás hombres que peleen por nosotros.

El hombre grande de la cabeza calva asintió sombríamente. Se sirvió vino de la jarra de madera, y vació la copa que estaba llena hasta los bordes de un largo trago. Se secó los labios en la palma de la mano y ésta se la secó rascándose la cabeza.

-Te he oído. Pienso que estás loco, pero te escucho. ¿Qué vas a hacer con eso?

Su pulgar apuntó al cuerpo desmayado del científico con la larga ropa y la capucha. Angus se encogió de hombros.

-Volverá en sí. Cuando lo haga le contaré que he peleado con el asaltante. Mientras tanto, averigua qué nave-globo pretende darme. ¿Puedes hacer eso?

El hombre grande rugió:

-Tandor puede hacer cualquier cosa. Lo averiguaré sin moverme de esta habitación. -Levantó la voz y vociferó. Cuando la puerta se abrió y una cara se asomó, Tandor hizo una mueca-. Encuentra a Plisket, esa rata de los muelles, y envíalo aquí.

Plisket entró cojeando, haciendo una mueca a Angus y agachando la cabeza. Se abrieron mucho sus ojos cuando oyó lo que Tandor quería. Rió entre dientes.

-La Jerarquía intriga como un montón de tontos. Todos fuera de la Ciudadela les odian. Lo que sucede es que yo odio más al Diktor. Me dieron oro para que les construyera una nave.

-¿La Espumadera? -preguntó Tandor-. ¿Esa maravilla de nave que me estabas describiendo?

-Es una maravilla de nave. Incorpora el...

-No importan los detalles -reconvino Angus, apoyando las palmas de sus manos en la mesa-. ¿Es ésa la nave que la Jerarquía quiere que use?

-Puede serlo. Es la única que está libre. Y, Angus, si vas a utilizarla, recuerda que se puede sumergir. Y también tiene cuatro velocidades, dos más que...

Tandor golpeó la mesa con sus manos, haciendo que las copas bailotearan.

-Suficiente, suficiente. Plisket, tu lengua se mueve tanto como la cola de un galgo. Angus, ¿estás listo?

Angus estiró su alto y musculoso cuerpo. Se levantó y dobló su delgada estatura sobre la superficial respiración del científico y se lo colgó a las espaldas al estilo de los bomberos. Caminó firmemente y sin interrupción, mientras se dirigía hacia la puerta de roble.

El hombre con la cicatriz en zigzag en su mejilla se escondió en la oscuridad que proyectaba una segunda planta sobresaliente, mientras que una puerta crujía y se abría. Sus ojos brillaron observando a Angus emerger con el cuerpo encapuchado sobre un hombro. El hombre escondido tocó una perilla brillante que estaba unida a su muñeca, hizo girar la perilla y la llevó a su boca.

Angus no le vio ni le oyó murmurar en el transmisor de voz. Se elevó, acomodando el cuerpo sobre su hombro. Comenzó *a* trotar, con enormes zancadas que parecían devorar el espacio. Fue al lugar en el cual el matón de Tandor había golpeado a un científico. Llegó a unos diez pasos detrás del sitio y se detuvo. Bajó al hombre a tierra y comenzó a zarandearlo.

-Despierte..., no le ha golpeado tan fuerte. Hombre, muévase..., así está mejor... ¿Me ve? ¿Quién soy yo? Angus. Bien. ¿Está mejor? Muy bien..., levántese... Le echaré una mano.

El científico se balanceó débilmente, trató de sonreír.

-Le dije que era un lugar para ratas. ¿Qué ha sucedido?

-Le he pegado. Le he llevado a usted un poco, pensando en que él podría regresar. Hemos perdido algún tiempo.

-Lo lamento. Haré un informe para el Jerarca. Le agradará saber que no huiste con él. Angus cortó fríamente:

-No dejaré a Moana en manos de ese demonio de Diktor. El Jerarca sabe eso. El encapuchado asintió:

-Es igual, se lo diré. Me gustas, Angus. Si alguna vez puedo ayudarte, recuérdame, Thordad.

-¿Está realmente bien? ¿Podrá continuar?

-Sí, puedo. De prisa. No te preocupes por mí. Me las arreglaré.

Vieron la esfera sobresaliente de la nave-globo en el instante en que emergían de la calle flanqueada de achaparrados edificios enfrente del agua. Era una esfera de dorado brillo, cabalgando suavemente sobre las olas del mar, pese a su tamaño; ocasionalmente rozaba contra las suaves cuerdas que la mantenían atada al muelle. A la luz de la luna brillaba majestuosa, e inspiraba temor sobre las mojadas y redondeadas piedras del muelle. Su suave movimiento de slip-slup sobre las olas la hacía parecer viva bajo la brisa cargada de sal que llegaba desde el mar.

El científico se detuvo.

-Te dejo aquí. ¿Sabes cómo ir hasta las Tierras Llameantes? Bien.

Thordad extendió su mano huesuda. Angus hizo una mueca y la cogió. Le dijo sarcásticamente:

-Dígale al Jerarca que le vaya sacando el polvo a un estante de su biblioteca. Lo llenaré con el Libro del Nardo.

Thordad se sonrió, se giró y se internó en la oscuridad de una callejuela. Angus quedó allí, los ojos brillándole ante el armatoste de la nave. Oyó el viento silbando en los techos y en las esquinas de las calles. Teniendo los ojos y los oídos ya ocupados no pudo oír el grito sofocado de Thordad cuando una mano se le cerraba en la garganta, ni tampoco pudo ver la daga chorreando carmesí en la mano del hombre con la cicatriz en forma de zigzag, elevándose para caer una y otra vez en el cuerpo de Thordad.

Angus atravesó la pasarela y avanzó hacia la puerta curvada. Presionó un botón y la puerta se deslizó en su lugar. Las luces se desparramaron hasta la completa iluminación, revelando temblorosos brillos metálicos y abrazaderas en cruz, un resplandeciente suelo rojizo y largos bancos de paneles de control. Tubos brillantes, calentándose lentamente, inundaban la gigantesca habitación con un suave color azulado.

Angus estudió los medidores. Bajó una palanca que tenía el mango rojo. A lo lejos, debajo, los motores recubiertos de plástico vibraron, ronroneando, mostrando su poder. Lentamente, el gran casco de la nave-globo comenzó a moverse, circundando la bola interior. El fino margen de aire-espacio, cargado con magnetos regulados electrónicamente, hizo un suave y ronroneante sonido cuando la bola exterior comenzó a rotar cada vez con mayor rapidez. La bola interior, un gigantesco giroscopio suspendido en un campo magnético, se mantenía firme mientras que el globo exterior giraba rápidamente.

La nave-globo parecía una gran bola que una mano gigante estuviera impeliendo a través del agua. A medida que aumentaba la velocidad, el agua iba siendo lanzada con mayor

rapidez hacia los costados, abriendo camino a la nave. Su forma, diseñada para que tuviera la mínima fricción con el agua, danzaba a lo largo de las olas con terrorífica velocidad. Angus observaba la gran cantidad de oscilante e inquieta agua que habla delante de él, vio pasar grandes olas encrespadas y largas, observó el ir y venir de inmensos oleajes, hendidos por el casco globular. Se dedicó al mapa de luz y estudió su progreso, haciendo cambios en la aguja indicadora de la dirección.

Se dirigió hacia afuera a través del difícil Mar Car Carolan, hacia las Tierras Llameantes, las cuales ningún hombre vivo había visitado con anterioridad.

El Diktor se giró, dejando la contemplación de las espesas bandas de luz brillando a través de la adornada pantalla de espectrogramas. Un joven asistente con chaqueta dorada y calzones tocó un botón cuando se le ordenó y la pantalla se oscureció.

Las colgaduras sobre el arqueado vano de la puerta al final de la habitación se levantaron cuando entró un oficial, juntó los talones e hizo una reverencia. Su voz era áspera:

-Teoman ha regresado, Eminencia. Trae noticias del pirata.

El Diktor se acercó a grandes zancadas, barriendo hacia atrás su capa con un brazo corto pero extremadamente musculoso. Hizo un gesto perentorio y las ondulantes cortinas se levantaron. Un hombre con una cicatriz en forma de *zigzag* en su mejilla, meneando su cabeza hacia abajo y hacia arriba, entró con timidez en la habitación.

-El pirata se ha ido en una nave-globo a través del Mar Car Carolan, Altísimo Señor. Un científico de la Clase Dragón le estaba asistiendo. Apuñalé al científico, pero no pude alcanzar a Angus a tiempo.

El Diktor se mordió el labio.

-¿Moana?

El espía movió su *cabeza* casi calva.

-Ningún signo de ella, Eminencia. Ella no estaba con él.

El Diktor le arrojó una bolsa de monedas a Teoman e hizo un gesto de despedida. Dio bruscamente una orden y comenzó a recorrer la habitación a grandes zancadas, mientras el oficial se apresuraba a salir a cumplirla.

El oficial regresó con dos asistentes vestidos de rojo, quienes llevaban sobre ruedas una máquina achaparrada, las lámparas y los engranajes dentro de una caja transparente. En lo alto del resplandeciente tope de metal de la máquina había un micro.

El Diktor se dobló y puso sus labios sobre el micro. Dijo irritadamente:

-Asunto: el Mar Car Carolan y el territorio anexo. Pregunta: ¿Qué hay, si es que hay algo, de valor científico, que se, pueda encontrar en esa zona?

Hubo un leve zumbido de los engranajes y de los pistones. Una suave y gentil voz respondió:

-Por el oeste bordean al Mar Car Carolan las Tierras Llameantes y el Desierto de las Muertas Piedras Blancas. En el este está el continente de Karr Mayor. En el sur las masas de hielo, que son estériles. Al norte las regiones polares. Más allá de las Tierras Llameantes hay un mar interior alimentado por debajo por las aguas del Mar Car Carolan. Más allá de ese mar está el desierto. Es una tierra deshabitada. No hay nada de interés científico en esa región, exceptuando la zona volcánica de las Tierras Llameantes.

La máquina dio un golpecito seco y calló. El Diktor suspiró. Tendría que ir a ver al dios Stasor. No deseaba hacer eso porque tenía el sentimiento de que los miembros de la Gran Raza no le aprobaban ni a él ni sus métodos.

Incluso muy lejos en el mar, Angus sintió el calor que venía hacia él en agitadas olas. Neblinas, formadas por el agua calentada hasta el punto de ebullición, se elevaban como blancos palios para ocultar a sus ojos las Tierras Llameantes. Pero aquí y allá, a través de las fisuras hechas por la brisa,, podía ver inmensas lenguas de fuego, rojas y hoscas, levantándose desde la tierra.

Angus condujo la nave-globo hacia la blanca neblina. Burbujas gigantescas se rompían bajo ella, arrojando vaho y vapor sobre la nave. Dentro del globo el calor era feroz.

Angus estaba pegajoso, con el sudor que le corría por el rostro y el cuerpo. Estaba minando sus energías. Cuando los controles comenzaron a nublarse en sus ojos, supo que ya había tenido suficiente. Sus dedos tocaron la caliente palanca de control y tiró de ella hacia delante.

Navegó a varios kilómetros de la neblina y se detuvo, galopando sobre el oleaje del mar. Murmuró:

-Estoy acabado. Terminado. No puedo pasar por arriba y no puedo pasar por debajo... ¿o puedo? ¿No dijo Plisket algo acerca de esto? ¡Espera..., espera..., seguro! Dijo que esta cosa se podía sumergir.

Angus se levantó y cruzó la habitación. Había un pequeño estante en la pared de metal con información. Hizo correr sus ojos sobre los títulos, se elevó y alcanzó un libro de geofisiología.

Se dobló consultando las páginas que hablaban de la oceanografía subterránea. Su dedo señaló un párrafo: «Desde el Mar Car Carolan un río subterráneo alimenta el mar interior que hay entre las Tierras Llameantes y el Desierto de las Muertas Piedras Blancas.»

Le llevó un largo tiempo, buscando a ciegas en el agua caliente que había a su alrededor. Fue hacía las profundidades rodando sobre el dentado fondo del mar. Los generadores de oxígeno estaban trabajando cuando encontró el gran y oscuro orificio destacando delante, bajo sus luces de mar.

Fue un duro trabajo el de maniobrar el globo a través del túnel submarino. Todo a su alrededor estaba lleno de las mudas estampidas de los fuegos volcánicos, enviando hacia arriba chorros de lava fundida, llamas y cenizas. Agua arremolinada, negra y espesa pasaba sobre el redondeado casco.

Cuando el agua se aligeró, supo que estaba fuera del túnel. Angus envió el globo hacia arriba a toda velocidad. Irrumpió a través del agua hacia el aire limpio. Las Tierras Llameantes quedaban detrás. Delante, a través de la azulada extensión del mar interior, se extendía una vasta zona de arena y rocas.

Angus ancló la nave-globo. Se arrojó sobre la borda y se zambulló hacia la blanquísima arena. El sol estaba tibio arriba y la arena caliente frenaba sus botas. Angus puso una cantimplora en su hombro y ató un paquete de pastillas de comida en su cintura.

Caminó durante dos días y una noche, antes de encontrar un camino semiescondido que formaba un arco sobre el desierto. El camino terminaba cuatro días después, en las tierras yermas. El agua se le había acabado y el bolsillo de piel que contenía sus pastillas de comida estaba vacío.

«No puedo regresar-pensó-, He estado caminando una semana entera desde que dejé el mar interior.»

Angus se giró y tropezó. El sol golpeaba en sus hombros desnudos, en lo que quedaba de su vestimenta destrozada. Con cada soplo de arena sus pies se levantaban, y algo huía de su espíritu.

Vio una roca marrón, con su dentado extremo sobresaliendo de la arena. Corrió torpemente hacia ella, esperando que desde su extremo pudiera ver las cúspides de una distante y nebulosa ciudad. Pero sólo había más arena y más movedizas y curvas dunas, y el desganado tinte azul del horizonte.

Se quedó en el desnudo dedo de roca y juró. Invocó los dioses antiguos: la fecunda Ashtal, diosa del amor y del sexo; Grom, que peleaba con los soldados; Jethad, que amaba la sabiduría. Les llamó para que le prestaran atención y los maldijo, hacia arriba y hacia abajo, hacia delante y hacia atrás.

En su furia, cogió la cantimplora vacía y la arrojó con fuerza.

Ahogándose, se detuvo a mitad de una maldición.

¡La cantimplora había desaparecido en medio del aire!

El Jerarca cerró los puños de sus manos como garras. El encapuchado, que estaba arrodillado ante su labrada silla, tembló. El Jerarca murmuró:

-¿Estás seguro?

-Hemos seguido su espectrograma en la pantalla, Excelencia. ¡Lo hemos seguido hasta que ha desaparecido!

Las negras esferas en el delgado y blanco rostro del jefe de los científicos brillaron con fanático ardor. A través de, sus finos labios, profirió con voz ronca:

-Me ha engañado. Ha tenido a sus piratas esperando para que le recogieran una vez que estuviese seguro, lejos de mí.

-Ha penetrado a través de las Tierras Llameantes -dijo con voz trémula el encapuchado-. Le hemos visto hacer eso. ¿Pasaría a través de todos esos problemas para que le recogieran en el desierto? Podría haber escapado desde el Mar Car Carolan.

-Es una evidencia de su ingenio. Quería estar seguro de estar completamente alejado del poder del Diktor.

-¿El Diktor?

-¡Tonto! Iré al Diktor y le daré a Moana para que pruebe sus torturas. Le diré que Angus planeó con Moana su asesinato. ¡Ah! Los torturadores trabajarán sobre ella durante largo tiempo; creo. Cuando Angus oiga eso...

El Jerarca meditó. Sonrió.

-Incluso podré hacer de eso una trampa para él. Cuando él regrese, habiendo oído lo que le ha sucedido a Moana, le estaré esperando.

Angus se deslizó, bajándose de la roca con e! corazón en la boca. «La cantimplora ha desaparecido en el aire -pensó-. ¡Se elevó y cuando bajaba, desapareció!»

Había algo enfrente de él. Quizá fuera un campo de fuerza escondido en las movedizas y arremolinadas nieblas que se elevaban de las desérticas tierras.

Sí pudiera encontrar la cantimplora y descubrir qué era lo que le permitía volverse invisible...

Angus estaba débil. Sus rodillas le fallaron cuando intentó dar otro paso. Intentó reunir la fuerza de los músculos y los nervios de su gran y descarnado cuerpo. Dio un paso hacia delante, luego otro.

Al tercero, cayó. Extendió sus manos.

Sus manos partieron las grises neblinas que había enfrente de él, pero no evitaron su caída. Sus desnudas piernas se golpearon contra redondas piedras y entonces sus palmas se alargaron y tocaron el gastado pavimento de una calle de ciudad.

-¡Dioses! -murmuró el pirata, levantando su cabeza, sus azules ojos brillando como carbones en su bronceado rostro.

La gris neblina se movió, debilitándose. A través de sus jirones, al igual que la carne de una mujer desnuda se revela detrás de velos de humo, brillaron extrañamente redondeadas y suavísimas paredes labradas de amaranto y ocre, rojo y junquillo amarillo. Aquí y allá una cúpula de perlado champaña se mantenía inclinada con un toque de bermellón. Las casas en el borde de la ciudad eran bajas, pareciendo que se volvían cada vez más altas hacia el centro, en donde un alto y esbelto edificio elevaba su cúspide.

Angus respiró profundamente, haciendo correr sus manos a lo largo de los rígidos músculos de sus muslos. Se giró y miró fijamente detrás de él, en donde se suponía que debían estar las calientes arenas. Vio sólo neblina, movediza y temblorosa.

Angus bajó por la calle, pasó por edificios en los que las ventanas estaban vacías, a través de desiertas intersecciones; sus pisadas sonaban fuertemente en la quietud de la ciudad muerta.

Caminó hasta que la entrada de la torre central estuvo frente a él. Adornada con heráldicas divisas -Angus reconoció a Stallion, el de los ojos llameantes, de la olvidada Shallar, y el rampante Dragón de Domeer- la inmensa puerta era una masa brillante de esmeraldas incrustadas en los labrados, tan delicados que parecían haber sido hechos sobre papel.

Las puertas se abrieron ante un toque, revelando cuadrados de metal rojo y amarillo extendiéndose hacía delante, debajo de una brillante cúpula de reluciente jade. En el centro del vestíbulo había un bajo reborde de metal, cerca de una burbuja de una iridiscencia verde grisácea. Se acercó al reborde, se dobló sobre él y miró hacia abajo.

-¡Uno de los pozos negros! -murmuró Angus.

A través de la luminiscente burbuja sólo podía ver la negrura, un chorro de la nada *que* parecía vivo.

Un paso sonó en el enlosado metálico, detrás de él.

Angus se giró.

Un hombre estaba allí, recostado en una torcida pértiga, sonriendo gentilmente. Estaba vestido con una floja prenda de lana, blanca como la nieve que cae. Sus brazos y piernas estaban desnudos y bronceados. Su rostro, aunque arrugado y marcado, parecía casi juvenil.

-He esperado muchos años -dijo él suavemente- y nadie había venido nunca. Ahora, al fin, hay alguien que ha encontrado la ciudad. ¡Bien venido! ¡Te doy la bienvenida a la Torre de los Ancianos!

-¡Stasor! -gritó Angus, reconociéndolo súbitamente.

-El Stasor que tú conoces, sí. Uno de mi raza es escogido para que pase cien años como Guardián de la Ciudad, para que espere a cualquiera que venga a buscar sus tesoros. Tú eres el primero que lo ha encontrado.

Angus dijo:

-Una vida de soledad. ¿Valemos tanto? El anciano, rió.

-Nosotros no morimos, al menos no como vuestra raza conoce la muerte. Es uno de nuestros logros. Como la negrura en la que me viste por vez primera.

-¿La negrura? -Angus se giró, mirando el reborde de metal que rodeaba el surtidor del pozo negro-. ¿Qué es? Debe de haberlos en todo el planeta. Nadie sabe lo que son.

-Es el más grande producto de nuestra raza. Hace muchos eones, un científico descubrió que un átomo puede ser dividido para crear una devoradora energía. Durante años, los más grandes científicos de los Mayores estudiaron el hecho. Eventualmente construyeron máquinas que podían albergar tan increíble poder. Finalmente, después de muchos siglos, desarrollaron los pozos.

»Los pozos no son más que la radiación atómica, energía pura, embotellada en vastas cámaras revestidas de *stalabasil.* Lista para usar en todo momento.

»En los primeros días, los hombres morían de tal radiactividad. A medida que el tiempo pasó y que manipulamos más y más, nuestros cuerpos evolucionaron, de tal forma que las dolorosas quemaduras que causaban la muerte se convirtieron en meros picores a lo largo de la terminación de los nervios. Vuestra propia raza, que evolucionó en Karr después de que los Mayores se fueran, también es inmune a ella.

-Reservas de energía -murmuró Angus, rascando la mano en el muslo-. Si se pudiera captar esa energía y llevarla a canales de producción...

Sus azules ojos se agrandaron mientras que la respiración se le cortaba en la garganta. Stasor sonrió; su vieja cabeza asentía.

-Eso es lo que usamos los Mayores. Cargábamos nuestras máquinas con ella. No necesitábamos combustible, no había que recargar depósitos ni tanques. Siempre estaba allí, lista para usar.

-¿Lo menciona el Libro del Nardo? El anciano asintió,

-Todos nuestros secretos están contenidos en el Libro del Nardo. ¿Quieres verlo?

Subieron por unos escalones en forma de espira! y hacia una habitación en la cual pesadas colgaduras de oro brillaban espléndidas. En un soporte de madera yacía un libro cerrado; sus tapas eran de oro sólido, sus hojas de pergamino eran de un pálido rosa.

-Ábrela -dijo el Guardián.

Angus se dobló y levantó la tapa. Dio una ojeada a la arcaica escritura grabada al aguafuerte en el grueso pergamino.

«Cada hombre tiene en sí mismo la semilla de su propia inmortalidad. Debe progresar o morir. Y la raza es como el hombre. ¿Quién puede decir qué camino tomará el progreso? Un

hombre no puede saber su propio futuro. Tampoco lo puede saber la raza. Este es el Libro del Nardo, primero de la Raza Mayor. Como estímulo para todos los pueblos que vengan después de nosotros, dejamos esta corta transcripción de nuestro pasado.»

Angus levantó los ojos. Miró fijamente al Guardián, quien asintió. Rápidamente, el pirata tocó e! pergamino, pasando las páginas. Sus agudos ojos azules examinaron detenidamente los grabados mientras leía la historia de aquellos que se habían ido. Examinó fórmulas matemáticas y astronómicas, ecuaciones químicas, gráficos biológicos.

Susurró:

-¡La historia entera de la raza, contada en los avances de sus científicos!

-Es todo lo que vive.

-No lo entiendo, por supuesto. Cojo un pensamiento, aquí y allá. Pero la ecuación entera...

-¿No la entiendes?

-No.

El anciano sonrió. Dijo repentinamente;

-¿Te gustaría ver algunos de estos logros en acción? ¿Te gustaría ver los mundos en un espacio tridimensional, las islas del universo, las galaxias, las estrellas y los planetas?

Angus dijo:

-He estado entre los Seis Mundos. He visto otros sistemas a través de telescopios.

El anciano se rió. Era un tipo de risa espontáneo y feliz.

-No me refería a verlos de esa manera. Ven, déjame que te muestre lo que mi raza es capaz de hacer-, Angus le vio sonreír extrañamente, las comisuras de sus labios bajándose, como si compartiera una extraña broma consigo mismo.

No usaron la escalera esta vez. Entraron en una habitación desnuda en la cual las paredes, el techo y el suelo eran de acero resplandeciente. El anciano tocó un botón en la puerta.

La habitación en la que estaba el Libro desapareció.

En su lugar había una cámara redonda con una cúpula transparente que revelaba las estrellas titilando incontables kilómetros más arriba. En el medio de la habitación, que de otra forma hubiese estado sin muebles, había un bajo y liso estrado con sillas remachadas mediante sus curvadas patas de metal dentro del estrado. Un panel de controles estaba nivelado en el suelo de la plataforma.

El anciano le guió hasta el estrado. Se sonrió, doblándose sobre el panel de controles.

-Este es el tipo de observatorio que tu raza tendrá algún día. No tendrán que depender de pulidos espejos y luz y gruesas lentes. Básicamente el principio de esto es el mismo que el de la habitación teleportadora que hemos usado para llegar hasta *aquí.* Lo que hacemos es usar los factores espacio y tiempo coordinados. Es igual que pilotar una nave en un océano sin cartas marítimas. Si se sabe dónde está la Estrella Polar se puede ir a donde se quiera. Se giró y se acercó a una silla.

-Ahora estamos listos. Quédate tranquilo, no importa lo que veas, o lo que piensas que ves. Sólo relájate.

La reflejada luz de la habitación estaba menguando. La negrura cayó a través de la cúpula transparente y los rodeó. Era similar al Observatorio de Estrellas que Angus había visitado en Mawk... o lo era, hasta que Angus vio estrellas a su lado y por debajo de él.

Una nebulosa que estaba a incontables años luz de lejanía se acercó rápidamente hacia ellos. Era una rueda tejida de plata en la lejanía, pero se rompió en grandes manchas de negro espacio para disolverse en otro sistema estelar sin forma o nebulosidad notable.

Se precipitaron sobre un planeta rojizo y se dejaron caer en su atmósfera. Estudiaron grandes edificios de piedra y metal que se elevaban a gran altura entre las nubes. Pequeños artefactos voladores y grandes cargueros volantes poblaban los cielos. El anciano dijo:

-Este pueblo sabe usar la ciencia sabiamente. Han construido una civilización que le da a cada hombre todo lo que necesita.

Dejaron el planeta rojo, barrieron años luz a través de pesadas neblinas hacia un globo verdoso que giraba majestuosamente en la luz de su sol distante. Debajo de ellos, exuberantes y tropicales junglas levantaban frondas y ramas hacia las humeantes nieblas. En algún lugar de esa masa compacta de vegetación un animal gritaba en agonía. A través de una hendidura en los árboles, Angus vio a un hombre desnudo achaparrado y peludo, con una lanza con punta de piedra en la mano, huyendo de la saltarina furia de un tigre gigante. Él gran gato acababa de dar su último brinco, hundiendo sus garras en la temblorosa carne del hombre, cuando la niebla los separó y escondió.

-Un mundo joven -dijo Stasor, suavemente-, con toda la vida por delante para encontrar su propio destino.

Salieron otra vez al espacio y encontraron un planeta en el que gobernaban insectos gigantes, en donde una torpe criatura bajo la forma de un hombre, pero desprovisto de mente, era usado para las tareas pesadas. Otro planeta mostraba lagartos morando en mansiones extrañamente labradas. Un tercero mostraba seres inteligentes que parecían rojizas medusas colgando en medio del aire mediante algún tipo de suspensión mental.

-Todo esto -explicó Stasor con un movimiento de su mano- son sólo rarezas. La vida a través de todo el universo, a lo largo de sus incontables años-luz, sigue un modelo como el nuestro. Criaturas que nosotros llamamos hombres, con dos brazos, dos piernas, dos ojos, una nariz y una boca, respirando a través de pulmones, han sido las razas dominantes a causa de circunstancias como la gravedad y la atmósfera, sobre las cuales ellos mismos no tienen control. Un ejemplo más, y terminamos...

Volaron a través de galaxias estelares, a través del desparramado universo en el cual las estrellas binarias y enanas y las gigantes roías alternaban contra el negro vacío como una cortina adornada con lentejuelas. Pasaron por el Grupo Magallánico y por la Nebulosa de Andrómeda. Se precipitaban a tanta velocidad que las estrellas se nublaban un poco, incluso a las increíbles distancias espaciales, hacia otra galaxia.

Stasor encontró una pequeña estrella. Estaba rodeada por nueve planetas. Escogió el tercero a partir de la estrella, y llevó su plataforma de observación a través de la ionosfera.

Angus se inclinó hacia delante. Le gustaba este mundo. Le recordaba vagamente a Karr, con sus verdes pastos y sus oscilantes océanos.

-Sus habitantes lo llaman Tierra. Un pacífico lugar. Mira hacia allí, podrás ver la ciudad más claramente ahora.

Tenía graciosas espirales y redondas y acogedoras moradas. Naves gigantes descansaban al lado de los blancos y relucientes muelles. La gente caminaba de un lado a otro vestida con ropajes claros y ligeros. Había un aire de radiante contento.

Stasor dijo:

-Esta es la edad de oro de esta gente. Durará durante largo tiempo. Pronto colonizarán otros planetas cercanos. Al final, dentro de algunos millones de años, esta gente gobernará casi todos los universos conocidos. Y aun así su ciencia, comparada con la nuestra, es un juego de niños.

Angus sintió un toque de celos.

-¿Por qué deberán ellos gobernar los mundos? Nosotros, la gente de Karr...

-Espera. Quiero mostrarte este mundo hace trescientos años.

Tocó una palanca. El mundo que había debajo de ellos se alejó, disparado hacia atrás en el espacio. Angus gritó maravillado.

-Se está alejando de nosotros.

-Estoy yendo hacía atrás en el tiempo. Recuerda, éste es un universo expansivo. Ha recorrido un largo camino en los pasados trescientos años, yendo hacia la estrella fija Vega. Tenemos que seguirlo.

Esta vez, no había mundo encantador. Sólo había tierra ennegrecida, achicharrada y chamuscada. Grandes montículos de acero se elevaban desde la tierra, como las costillas ennegrecidas de algún gigante caído en un pantano de estiércol. Desde el oeste venían siete finas y delgadas formas, a gran velocidad por el aire. Desde el ennegrecido suelo venían formas más pequeñas y más finas para interceptarlas. Las más pequeñas eran como avispas en su lanzamiento y velocidad. Las formas no tenían ninguna posibilidad. Cayeron en masas de rojas llamas, velozmente.

Stasor anunció:

-Esta es su última Guerra. Durará aún diez años más. Las siete formas que has visto eran bombarderos cargados hasta en las alas de bombas atómicas. Las naves más pequeñas eran cazas, su armamento estaba compuesto de armas de fisión, una invención de un científico americano.

-¡Diez años más! -se asustó Angus-. Sólo tienen tierra ennegrecida en la que vivir.

-Viven bajo tierra -explicó Stasor» Angus musitó:

-Hay una diferencia tan aguda entre este mundo *ƒ* lo que será dentro de trescientos años a partir de ahora.

-El americano que Inventó el arma de fisión -explicó Stasor- guiará a su mundo al pináculo. El organizará los restos de lo que quede de la civilización después de la Ultima Guerra, impulsará los casamientos interraciales y nacimientos. El resultado biológico de eso será, naturalmente, una nueva y diferente raza en el curso de los años. Será ésa la raza que irá desde la Tierra hacia las estrellas.

Angus observó a Stasor pensativamente.

-Está pensando que lo que el americano ha hecho con su gente lo podría hacer yo con la mía.

El anciano se encogió de hombros. Se acercó y giró los diales. Murmuró:

-Karr tiene entablada una lucha tan mortal como la que has visto, excepto que los enemigos con los que pelea son el estancamiento y la degeneración.

-Si pudiera lograr que el Diktor le diera al pueblo la ciencia de la Jerarquía... -musitó Angus.

-Donde hay esperanza hay nueva vida -sonrió Stasor gentilmente-. Sin ciencia que beneficie sus vidas el pueblo de Karr no tiene ninguna esperanza.

Angus se desató amargamente:

—El Diktor es demasiado poderoso. No hay ninguna manera de derrocarle.

—Te enseñaré una forma —murmuró el anciano.

Stal Tay mantenía a la corte delante de su trono de rubí. Estaba sentado con la mano derecha en su rodilla, doblado hacia delante, los finos labios curvados en una sonrisa. Delante de él estaba el Jerarca, rígido de rabia; sus negros ojos ardían bajo la sombra de su blanca capucha. A la izquierda del Jerarca una casi desnuda Moana estaba encogida en el frío suelo de piedra; en sus muñecas y en los tobillos tenía grilletes, su blanca carne brillaba a través de los rotos ropajes. Stal Tay se mofó:

-Ha venido demasiado tarde, Jerarca, Sé adonde fue Angus el Rojo, a lo que fue, y quién le ha enviado.

-Fue hecho por vuestros intereses -profirió con voz ronca el científico-. La he traído a ella para que le pueda decir la verdad.

Stal Tay lanzó una breve mirada sobre la llorosa Moana.

-Tantas cosas extrañas son hechas en mi nombre hoy en día. En eso, estoy casi inclinado a creeros; pero lo que realmente me interesa es saber si Angus encontró...

El Diktor cortó su discurso abruptamente. Se levantó casi la mitad de su trono, los dedos fuertemente agarrados a los enjoyados brazos del trono. El Jerarca se giró rápidamente. Incluso Moana giró su cabeza para mirar; los sollozos aún sacudían su cuerpo.

Un brillo amarillo se estaba formando en medio del aire, un palmo más arriba de las losas de la Cámara de Audiencias. El amarillo resplandeció, centelleó y desapareció. En el lugar en el que estaba el color había ahora una negra plataforma con tres sillas, cuyas patas curvadas estaban remachadas al piso de la plataforma, un hombre se giró desde el panel de control que se elevaba entre las sillas, un hombre de cabellos rojos y cuerpo bronceado. El hombre les miró y se rió,

-Angus -gimió Moana.

-Captúrenlo -se enfureció Stal Tay.

Angus se dobló, levantó algo y lo mantuvo en alto. Brillaba a la luz que se filtraba a través de las arqueadas ventanas de la Cámara de Audiencias. Angus dijo:

-Este es el Libro del Nardo. He venido a comerciarlo contigo, Stal Tay.

El Diktor se volvió a sentar en su trono, haciendo un gesto a sus guardias de que se mantuvieran al margen. Dijo:

-¿Qué quieres a cambio del Libro?

-A Moana.

-Moana -repitió el Diktor sorprendido-. ¿Es eso todo? Cógela.., pero espera. ¿Cómo sé que no es un truco? ¿Cómo sé que me darás el Libro?

Angus dio un paso de la plataforma hacia el suelo de la habitación. Puso el Libro con sus tapas de oro en el suelo.

-He ido a la Ciudad de los Ancianos. Me encontré con Stasor y tomé el Libro del Nardo de él. He venido a traéroslo. Veo que he llegado justo a tiempo de salvar a Moana.

Stal Tay se levantó.

-Esa cosa que conduces. ¿Qué es? Dime su secreto y te perdonaré. Angus se rió en su cara.

-Stasor lo llama un teleportador. Cambia de posición en el espacio, junta sectores del espacio en un instante. En él, un hombre puede moverse desde aquí hasta cualquier lugar de Karr. Stasor sabe muchas cosas, Stal Tay. ¡Una de las cuales es cómo hacerte salir de ese trono!

El rostro del Diktor se puso violeta. Comenzó a hablar, pero sus ojos se detuvieron en las cubiertas de oro del Libro del Nardo y pudo controlar su furia.

-¡Llévatela -dijo-, antes de que piense que el Libro del Nardo no vale lo que tus insultos!

Con los hierros de sus grilletes sonando, la chica se puso al lado de Angus y dejó que él la levantara hacia la plataforma. Entonces, Angus se giró y estudió al Diktor a través de sus estrechos párpados.

-Te estoy dando el Libro ahora, Stal Tay. Pero es justo que te advierta: ¡Regresaré por él!

Se subió a la plataforma, giró un botón en el panel de control. La plataforma desapareció y la dorada burbuja reapareció, y luego también desapareció.

Moana sollozaba mientras la plataforma volaba a través de movedizas nieblas blancas. Angus se arrodilló a su lado y usó su desintegrador en las cadenas de sus grilletes. Ella dijo:

-El Diktor enviará hombres para que te capturen. Nunca te dejará huir con esto. Sólo has ganado una victoria temporal.

Angus se rió entre dientes.

-Estará demasiado ocupado con el Jerarca y el Libro del Nardo como para perseguirme en seguida. -Dejó caer los restos de las cadenas en el suelo de la plataforma-. Ninguno de los científicos de la Ciudadela entenderá las ciencias que contiene el Libro. Le dirán eso a Stal Tay, que no les creerá. Entonces habrá una pequeña guerra entre el Diktor y ¡a Jerarquía. Una vez que haya una brecha entre ellos, entraremos nosotros.

La plataforma se asentó sobre algo sólido. Los velos dorados se disiparon como a causa de un viento, para dejar al descubierto los brillos ennegrecidos por el humo de una habitación de taberna. Tandor estaba allí, una jarra de madera en una mano, extendiéndose hacia delante desde un lado de la mesa, con la otra mano tenía fuertemente asido el borde de la mesa, mirándoles fijamente a ambos.

Angus ayudó a bajar a Moana. Tandor se bebió de un trago el jarro y lo arrojó sobre la mesa. Demandó :

-¿Y bien? ¿Os habéis dado la gran panzada? ¿Listos para las sendas de las estrellas?

-Aún no, Tandor.

Tandor gruñó y se rascó la calva cabeza con la palma de su mano. Rezongó:

-Aún serás un mártir. Ya verás. Angus el Rojo, ¡que murió para salvar nada!

El pirata le hizo una mueca, apoyando las palmas de sus manos abiertas sobra la mesa.

-Si gano, sabes lo que pasará, ¿no es así? Tú y yo tendremos que gobernar en Karr. Serás mi mayordomo. Usarás finas ropas y tomarás decisiones y escucharás a la gente quejarse.

Tandor aulló, saltando tan rápidamente que su silla salió rodando. Golpeó la mesa con sus roanos.

-¡Yo, no! -vociferó-. No quiero una oficina ni gentes que se estén quejando para arruinarme la vida. Yo...

Angus movió una mano y la aplastó sobre el pecho de Tandor y la mantuvo allí. El gigante calvo se mordió los labios. Y se volvió tan silencioso como una almeja y tan quieto como ella.

La puerta se estaba abriendo.

Algo que parecía un hombre, que estaba sumergido en blancos vendajes desde la punta de los dedos hasta la cabeza, con dos pequeñas ranuras para los ojos y un agujero por boca, estaba entrando en la habitación. La mano de Tandor desapareció y se elevó provista de un desintegrador.

-Angus -susurró la aparición-, ¡Angus el Rojo! Necesito ayuda.

El pirata cruzó la habitación, cogiendo en sus brazos a la vendada criatura, bajándola hasta el lecho. Murmuró:

-Esta es la segunda vez que estás en este lecho, Thordad. ¿Qué te ha sucedido?

-Cuando te dejé en el muelle con la nave-globo, uno de los espías de Stal Tay me apuñaló y me dejó por muerto. El Jerarca envió hombres por mí. Me curaron y me estaban llevando a la Ciudadela cuando el Diktor nos encontró. Me envió a sus cámaras de tortura.

El hombre tembló debajo de sus vendajes. Los ojos, a través de las ranuras, estaban enormemente abiertos con horror, ante el recuerdo de los dolores.

-El Diktor quería saber qué era lo que buscaba e! Jerarca. Yo no debía decírselo. Antes de eso, el Diktor me confrontó con el Jerarca, quien se deshizo de mí. ¡Le dijo a Stal Tay que hiciera de mí lo que quisiera!

El rabioso odio se sintió en la voz de Thordad. Envió un frío mensaje a lo largo de la columna vertebral de Angus. El pirata se acercó más a la boca vendada.

-El Diktor dejó durante tres días a sus bestias sobre mí. Fue horrible. Pero salí. Creo que me volví loco de dolor. Pude llegar hasta la casa de mí primo, en la cual fui vendado y parcialmente curado. Luego he venido aquí. Tú eres la única esperanza que nos queda. ¡Tienes que hacer algo, lo que sea, para detener a ese loco y al Jerarca!

Angus escondió las manos en su chaqueta.

-Tú, Tandor. ¿Qué noticias tienes?

-Yo también he estado ocupado -gruñó Tandor, mirando con curiosidad a Thordad-. He levantado a los hombres y mujeres de la Ciudad Más Baja. He enviado por los piratas de Yassinan, he enviado por soldados a las ciudades de Streeth y Fayalat. Tenemos un conjunto de luchadores con espadas y lanzas y con algunos desintegradores. Pero con el conocimiento científico de Stal Tay y de la Jerarquía, estamos derrotados antes de empezar.

Angus se rió.

-Aún no. Stasor me ha prometido ayuda. Tenemos que encontrarle y tomar las armas que me ha prometido. Subamos todos al teleportador.

Cuando estaban sentados en las sillas unidas a la plataforma, Angus levantó la palanca. Una neblina dorada se formó alrededor de ellos, espesándose. Hubo un instante de frialdad...

La niebla dorada desapareció. El teleportador estaba delante de la fuente, en la Torre de los Ancianos. Angus gritó desde la máquina:

-¡Stasor, he regresado!

No hubo respuesta. Sólo el silencio de las muertas paredes de la ciudad muerta respondió.

Fue Moana quien encontró el pequeño trozo de seda manchado de sangre que había sido desgarrado de la ropa de Stasor. Sin una palabra, se lo tendió a Angus.

El estómago le dio vueltas cuando lo vio. Miró a la chica y luego a Tandor.

-El Diktor ha venido por él. Si Stasor le revela los secretos del Libro del Nardo, ¡Stal Tay no puede ser vencido!

Tandor encogió sus inmensos hombros.

-Yo sabía eso hace tiempo. Todos moriremos. Es sólo un problema de dónde y cuándo.

En el tiempo que Angus le había dado, Tandor había creado una pequeña ciudad de tiendas a lo largo de los bordes de piedra de los Riscos Sangrientos. Aquí llegaron los piratas de Yassinan, la soldadesca hambrienta de las ciudades estelares de Fayalat y Kor. Aquí había gitanas semidesnudas y seguidores de campo, luchadores y sujetos soeces. Aquí había capitanes deshonrados y juventudes sin estrenar que poseían espadas y un ardiente deseo de usarlas.

En el rojo fuego de una forja de armero, Angus el Rojo le alcanzaba un arma de cañones en forma de anillos que obtenía el poder de una dinamo portátil puesta en un pequeño carro de dos ruedas.

El armero dijo:

-Es débil y tosca, pero es lo mejor que puedo hacer. El rayo eléctrico obtiene su fuerza de la dinamo que está en el carro. La energía viaja a lo largo de la línea de conducción hacia la brecha. Un pequeño transformador lo traduce en un delgado chorro de fuerza. Los he visto en los museos. He hecho esquemas. Con más tiempo, lo podría hacer mejor.

Angus puso una sonrisa en sus labios y la mantuvo mediante su poderosa voluntad. Su mano golpeó la espalda del hombre. Le dijo:

-¡Lo has hecho muy bien, Yoth! Sigue así. ¡Haz todas las que puedas!

El armero movió su *cabeza* sombríamente.

-No serán nada al lado de los desintegradores que Stal Tay tendrá. ¡Incluso sus rayos sonoros harán más daño que esto!

Tandor llegó contoneándose a través de los hombres semidesnudos y velludos que peleaban con sables romos y lanzas de guerra. Había polvo en su cara y canales de sudor bajaban por su amplio pecho. Se abrió de piernas, y miró ceñudamente a Angus.

-Estás tan loco como un sacerdote de Grom. Nos mantienes aquí cuando sería mejor que nos desparramáramos por los Seis Mundos.

Angus dijo:

-Estos son los hombres más rudos de la galaxia. Si ellos no pueden tomar la Ciudadela, nadie podrá. Una vez que hayamos barrido con la espada a los hombres del Diktor...

Tandor rugió. Se levantó de puntillas y movió sus brazos, y en su calva cabeza las venas le sobresalían.

-¡Igualmente podríamos barrer con nuestras espadas a Ashtal el Sinvergüenza! -rugió-. El Diktor barrerá las calles con sus rayos desintegradores cuando nos vea acercarnos. Quizá quieres ser mártir, pero yo tengo mejores cosas en las que emplear mi vida. Iré con esa gitana...

Angus le cogió por la piel de su capa y le movió.

-Olvida a tus gitanas. Iremos a la Ciudad Más Baja por la noche. Todos nosotros, con una semana de anticipación. Dormiremos en diferentes casas leales. Dentro de dos semanas en la Noche de la Serpiente. La gente bailando y cantando en las calles. Vino. Mujeres.

Tandor hizo una mueca.

-Eso suena bien.

-A la hora del Perro tomaremos la Ciudadela. Habrá tanto ruido por las calles que sacaremos a latigazos a cada hijo de su madre a las calles esa noche, y les haremos gritar para que cubran nuestros movimientos. ¡Nadie notará nuestro avance!

Atacaremos la Ciudadela desde cada calle. Algunos de nosotros entrarán. Diez calles, diez compañías, cada una de ellas será una cuña volante para entrar y matar a Stal Tay. Ese es nuestro primer trabajo. Después de eso...

Angus siguió hablando, haciendo esquemas en la arena caliente. No vio al vendado Thordad, que salió dé una tienda, se puso al lado de ellos, observándoles y escuchándoles. Thordad se giró después de un rato, luego volvió a la tienda, en la cual se sentó temblando y mirándose fijamente las manos.

Tampoco lo vio Angus esa noche cuando apuñaló al guardia y huyó en un haml a través del desierto hacia la ciudad de Karr. Encontraron al guardia, pero pensaron que era la víctima de un amante celoso, ya que tenía reputación de seductor.

Los días se convirtieron en semanas, y los fuegos ardieron y los metales centellearon y las forjas y los yunques nunca descansaron. Espadas y escudos y lanzas, dagas y torpes rayos eléctricos, fueron forjados para manos ansiosas.

Abandonaron el campamento en la desganada neblina de un temprano amanecer. En hamls de cuellos de oveja y a pie, en carros o en robados coches a propulsión, dejaron la base de los Riscos Sangrientos. Llegaron a Karr de a dos o de a tres y se escondieron en las tabernas y en las casas de techos de paja. La ciudad les conocía y la ciudad se los tragó y la ciudad dormitó, esperando.

En la taberna del Ciervo Manchado, Angus el Rojo caminaba inquieto. Tandor, con un brazo alrededor de su gitana, estaba tragando un nuevo tonel de vino importado. Moana estaba blanca de rostro, pálida y silenciosa en una mesa.

Angus dijo:

-No me gusta. No me gusta. Tengo la sensación de ser un lobo olisqueando en las mandíbulas de una trampa.

Tandor quitó sus labios del cuello de la gitana, lo suficiente como para decir:

-Todo está tranquilo. ¿Qué más quieres?

-Es justamente eso. Está demasiado tranquilo. No hay guardias de la Ciudadela intentando capturarme. No hay arrestos para cinco días. ¡Ni siquiera patrullas por las calles!

-Bien. Entonces dejémoslo y volvamos a Yassinan. Te gustará Yassinan, cariño. -Tandor se acurrucó en el cuello de la chica-. Tengo una gran casa allí. Mucho vino. ¡Mucho mejor que éste!

La ciudad se mantuvo tranquila durante cinco días. En la mañana de la Noche de la Serpiente, explotó con energía. Hombres y mujeres, con máscaras y disfraces, se paseaban y cantaban. Bebían y bailaban y la Ciudadela tramaba sobre ellos.

El día pasó. Tandor y Angus estaban ocupados, manteniendo algún tipo de orden entre sus luchadores, manteniéndoles alejados de los toneles de vino, alistándolos para sus tareas: Tandor fue pasando revista en las tabernas y en las tiendas de vinos con mano pesada, golpeando a medida que caminaba, a menudo metiendo a algún infortunado en un tonel de vino, después de haberle golpeado contra la cabeza del otro que tenía sostenido boca abajo en sus manos.

Angus iba más circunspectamente, deteniendo las peleas de las mujeres ebrias y armando a sus seguidores, quienes aumentaron a la luz de las antorchas durante la larga Noche de la Serpiente. Reunió a sus tropas y les encontró las armas.

-¡Esta noche se rebelan las estrellas!

A la hora del Perro, diez compañías de luchadores de fiera mirada salieron de las sombras de las diez calles cubiertas de guijarros y comenzaron a marchar...

Y entonces el Diktor golpeó.

Los rayos de sonido vinieron primero, cortando las filas delanteras, convirtiéndolas en sangrienta pulpa. Los disintores entraron en acción. Los hombres caían silenciosamente bajo el rápido relampagueo de los rayos purpúreos.

Era una matanza.

Aquí, un desnudo mercenario de Fayalat podía hundir su hoja en unos pocos cuellos mientras que se mantenía detrás de una pared de carne muerta. Allí, un soldado de Kor podía tomar a tres soldados de Stal Tay con él, antes de que fuera a visitar a sus antepasados. Pero los fogonazos y los rayos brillaban en la oscuridad y la multitud alborotada era echada atrás.

En el lugar en el que Angus el Rojo peleaba con un carro de electrorrayos barriendo con la redondeada punta de su arma dentro y fuera de las sombras, los hombres de la Ciudad Más Baja se mantenían un rato más. Peleaban con la ferocidad de atrapados thots, porque los fosos de Stal Tay clamaban por ellos.

-¡Manteneos firmes! -rugía Tandor; su espada era una línea de barrido mortal en los lugares en que circulaba y caía.

-Hacia atrás -gritaba Angus-. ¡Hacía atrás para rehacernos! Nos han atrapado, los asquerosos perros.

Un hombre con la cara vendada se mantuvo un rato fuera de las sombras, apuntando. Gritó:

-¡Cincuenta *oblis* para el hombre que me traiga a Angus el Rojo!

-¡Thordad! -gritó Angus, y supo cómo le habían traicionado. Thordad había visto una ocasión para ser recompensado y la había aprovechado. Había visto la chusma que servía a Angus y conocía el poder de disciplina de los guardias del Diktor. Se había ido llevándose los planes de Angus. Y esta trampa era el resultado.

Angus se olvidó de los otros. Apuntó cuidadosamente el electrorrayo. Un fino fulgor salió de él. Tocó a Thordad en la cara y en el cuello. Un cadáver sin cabeza rodó a los pies de los guardias cuando avanzaban.

Su avance cogió a Angus y a los hombres que estaban con él. Les hicieron retroceder a través de las calles, rodeando los flancos. Aporrearon el centro con los rayos de sonido hasta que los hombres gritaron en la agonía de las piernas trituradas y los pechos hundidos.

Angus luchó como un enloquecido grifo. Usó el electrorrayo como una escoba, barriendo delante de él. Empujó frente a sí el carro de dos ruedas, sin el cual el electrorrayo era inútil porque no tenía la dinamo.

Una repentina acometida de los guardias cogió a Angus en una vorágine de hombres que maldecían y chillaban.

Le golpearon y le arrastraron hacia atrás, hacia el resplandeciente reborde de metal de uno de los pozos negros, que se abría torvo y silencioso en la calle cubierta de guijarros. Le martillearon con las hojas de las espadas y rompieron el carro con hachas de *cabeza* metálica.

Angus trastabilleó y cayó. Se levantó lentamente, su espalda apretada contra el reborde del pozo, la barra redonda del electrorrayo aún estaba en sus manos.

«Todo ha terminado -se dijo a sí mismo, mirando las espadas que venían hacia él-. He fracasado y moriré, al igual que Moana y Tandor, y todo el resto de esta abigarrada multitud que intentó elevarse por sus medios.»

Angus aporreó con su barra redonda y un hombre cayó rodando a sus pies.

-¡Venid! -rugió el pirata-. ¡Aquí está mi última parada, aquí, al borde del pozo! Habéis vencido a Angus el Rojo. Ved cómo muere un hombre libre.

Angus se detuvo, los ojos muy abiertos.

¡El pozo!

Uno de los negros pozos de Karr...»

¿Qué era lo que Stasor había dicho de estos pozos? «Los pozos no son más que una radiación atómica, energía pura, embotellada en vastas cámaras revestidas de *stalabasil.* Lista para usar en cualquier momento.»

Lista para usar.

Con la furia salvaje de los bárbaros, Angus dejó caer el tubo redondo sobre los rostros de los que le presionaban. Lo querían vivo y eso le daba el precioso momento que necesitaba.

Hizo restallar el electrorrayo alto en e! aire, lo balanceó de forma que el pesado cordón que lo unía al carro volara alto y lejos sobre el reborde de metal del pozo. Cayó abajo y abajo hacia las negras profundidades.

Angus apretó el botón.

Un devorador arroyo de negra niebla salió disparado de la redondeada punta. Tocó a los soldados del Diktor que se lanzaban ya a su captura, los tocó y...

¡Los devoró!

Cuando las negras neblinas desaparecieron también los soldados del Diktor desaparecían. Desaparecían en la desolación de las abiertas calles y paredes deshechas.

Tandor rugió.

Los piratas de las estrellas rugieron su gozo.

Angus movió el arma y tocó el botón otra vez. Las negras nieblas volaron hacia fuera, subieron por una calle y bajaron por otra. Cuando acabó, ya no había soldados que le hicieran frente. Las calles de la Ciudadela yacían vacías, invitadoras.

Avanzaron en una devoradora ola de furia, la furia de los luchadores que han mirado las órbitas vacías del cráneo de la Muerte y aún viven. La noche ya no tenía más terrores para ellos, sino que ya estaban sintiendo la fragancia de la victoria. Otros hombres vinieron de la Ciudad Más Baja, hombres que llevaban armas de fabricación casera, torpes cachiporras y hachas.

Angus cogió a un Tandor cubierto de sudor por un brazo.

-¡Esta arma! El cordón de fuerza que cayó en el pozo negro. Eso es lo que lo ha hecho. Es un arma de los Mayores. El pozo la alimenta, le da fuerza...

-¿Qué importa eso? -rugió Tandor, moviendo una nueva espada en su mano-. ¡Ha funcionado!

-Pero no podrá trabajar si no consigo dejar el cordón de fuerza en el pozo.

Tandor parpadeó, gruñendo mientras el entendimiento venía a su mente.

-Huh. Eso es diferente. Pask. Gatl. Sonal. A mí. Dio órdenes crispadamente, luego se volvió hacia Angus.

-Recorrerán la Ciudad Más Baja buscando alambre de cobre. Acoplaremos una extensión al cable para que puedas llevarlo donde quieras.

Angus asintió.

-Pon una fila de hombres a ambos lados de él. Mantenlos allí. Haz que luchen por ese cable con sus vidas. Si fallan, moriremos.

Tandor escogió a sus hombres, grandes todos ellos, con las cicatrices de muchas batallas en sus caras, que certificaban su experiencia. El cordón fue alargado con resplandecientes longitudes de cable de cobre, aislado y sólidamente acoplado.

Con el arma en las manos, Angus gritó a su multitud armada desde los escalones de las calles, hacia arriba, desde la miseria y pobreza de la Ciudad Más Baja, hacia las limpias y blancas cercanías de la Ciudadela.

La guardia personal del Diktor hizo una salida contra ellos, pero la negra neblina les barrió. Cuando el Jerarca envió sus tropas para que se unieran a las del Diktor, la neblina se cernió sobre ellos una vez y luego se evaporó, dejando los jardines de la Ciudadela libres de oposición.

Había terminado.

Caminaron a través de los jardines, por los corredores y en los vestíbulos del palacio. Los hombres se mantenían sin armas, el miedo endurecía las líneas de sus rostros.

Tandor rugió:

-El Diktor, perros estúpidos. ¿Dónde está?

Los hombres apuntaban y al final sus dedos señalaron el gran bulto dorado de la Cámara de Audiencias.

El Diktor y el Jerarca estaban de pie frente al trono de rubí. Eran hombres derrotados, esperando la muerte, sus mejillas tenían un tinte verde ceniciento.

Angus dijo:

-Si le habéis hecho daño a Stasor tardaréis un año en morir.

El Diktor hizo un gesto de cansancio.

-Está encadenado, en los fosos más bajos. No le hemos hecho daño. No quería traducir el Libro del Nardo. Pero aun así, su muerte no nos era de ninguna utilidad. Está vivo. Podía haber cambiado de idea.

Entonces comenzó a explicarle a Angus cómo había trazado su itinerario mediante el espectrograma, cómo sus hombres habían seguido la ruta de Angus para traer al dios de Karr a la Ciudadela, utilizando las naves-globo. Dijo:

-Estabas vencido. Barrido. Mis mensajeros me dijeron que estabas acorralado, tus hombres destrozados. Y aún..., aún has llegado hasta aquí...

La locura brillaba en los ojos del Diktor. Su mano derecha se movió con la rapidez de la luz, y el metal azul de un desintegrador hizo fuego desde la suave luminiscencia de las paredes.

El Diktor fue rápido, pero lo fue más Tandor. Su mano se hizo borrosa y una resplandeciente espada larga cruzó el metro y medio que les separaba. El impacto empujó el cuerpo muerto del Diktor tres escalones hacia el trono de rubí. Cayó en su base y una fuente de sangre comenzó a manar.

El Jerarca se encogió de hombros y se puso una píldora en la boca. El veneno actuó con increíble rapidez. Estaba cayendo mientras que la puerta de la cámara se abría para dejar paso a un sonriente Stasor, apoyado en su báculo.

Angus y Moana estaban en las alturas de la Ciudadela y miraban hacia abajo, hacia la Ciudad Más Baja. Y no veían los techos de paja, en su lugar había pulcras casas, calles

limpias y niños saludables. Hombres y mujeres caminaban orgullosos, sus cuerpos limpios, disfrutando de la nueva vida que Stasor y el Libro del Nardo les podían traer. Todo llevaría su tiempo. Pero llegaría.

Moana se movió gentilmente. Su mano cogió la de él. El la cogió de la barbilla, levantó su cabeza y sus labios se posaron sobre los de ella.

Unos cientos de pasos más lejos, Tandor hizo una mueca.

-Un mártir, ya lo decía yo -le dijo a la noche.

Pensó en una mujer morena de la nobleza que había quedado viuda en la pelea de la noche. Tandor se rascó la cabeza y se rió. Salió de puntillas de los jardines.

Encuentro final

Harry Harrison

Lejos en el futuro, descubrieron una nueva ley natural: lo que va hacia arriba debe volverse circular. Incluso Hautamaki llegó en circulo a la idea.

I

Hautamaki había hecho aterrizar la nave en un trozo de roca recubierto de cascotes, en un señalado y viejo flujo de lava en el lado incorrecto del glaciar. Tjond había pensado, pero sólo para sí, que podían haber aterrizado más cerca; pero Hautamaki era el capitán de la nave y tomaba todas las decisiones. Otra vez, se podía haber quedado en la nave. Nadie la había forzado a que se uniera a este horrendo trepar a lo largo del hielo agrietado. Pero, por supuesto, el quedarse atrás estaba fuera de discusión.

Había una señal de radio de algún tipo allí -en este planeta deshabitado- enviando chillidos y crujidos en una docena de frecuencias. Ella *tenía* que estar allí cuando lo encontraran.

Gulyas la ayudó a sobrepasar un lugar difícil y ella le recompensó con un rápido beso en su mejilla quemada por el viento.

Era demasiado esperar que eso podría ser cualquier otra cosa que una señal de radio humana, aunque su nave se suponía que estaba cubriendo un área inexplorada. Aun así había una levísima posibilidad de que *otros* pudieran haber construido esa baliza. El pensamiento de que pudiera no estar en el momento de un descubrimiento de ese tipo era insoportable. ¿Durante cuánto tiempo había estado la humanidad buscando, durante cuántas oscuras centurias?

Ella tenía que descansar, no estaba acostumbrada a este tipo de esfuerzo físico. Estaba atada a la cuerda entre los dos hombres, y cuando se detenía todos se detenían. Hautamaki se detuvo y miró cuando sintió el indeciso tirón en la cuerda, la miró fijamente y no dijo nada. Su cuerpo lo decía todo por él, arrogante, alto, musculoso, bronceado y desnudo bajo el transparente traje de atmósfera. El estaba respirando suave y normalmente, y su rostro nunca cambiaba de expresión mientras miraba el desesperado movimiento de su pecho. ¡Hautamaki! ¿Qué clase de hombre eres, Hautamaki, para ignorar a una mujer con tal mirada agónica?

Para Hautamaki fue la cosa más dura que había tenido que hacer jamás. Cuando los dos extraños habían caminado por la extendida lengua de la rampa de subida a la nave, se había sentido violado.

Esta era su nave, suya y de Kiiskinen. Pero Kiiskinen estaba muerto y el niño que ellos deseaban tener también estaba muerto. Muerto antes de haber nacido, antes de ser concebido. Muerto porque Kiiskinen se había ido y Hautamaki jamás desearía un niño otra vez. Y aun así había trabajo que hacer; habían completado escasamente la mitad de su recorrido cuando el accidente había ocurrido. Regresar a la base de salida hubiese sido un gasto demasiado pródigo de combustible y tiempo, por lo que él había llamado pidiendo instrucciones... y éste había sido el resultado. Un nuevo equipo de reconocimiento, inexperto y tosco.

Ellos dos estaban esperando su primera tarea; lo cual significaba que al menos tenían el entrenamiento, aunque no la experiencia. Físicamente realizarían el trabajo que era necesario hacer. No había que preocuparse acerca de eso. Pero ellos eran un equipo y él sólo era la mitad de uno: y la soledad podía ser una cosa terrible.

Podía haberles dado la bienvenida si Kiiskinen hubiese estado allí. Ahora los aborrecía.

El hombre vino primero, extendiendo su mano.

-Soy Gulyas, como sabe, y ella es mi esposa, Tjond. -Hizo un gesto por sobre el hombro y sonrió con la mano aún extendida.

-Bien venidos a bordo de mi nave -dijo Hautamaki, y unió sus manos en su espalda. Si aquel tonto no sabía nada acerca de las costumbres sociales de los Hombres, él no era quien le iba a enseñar.

-Lo lamento. He olvidado que no intercambian saludos con las manos ni tocan a los extraños. -Aún sonriendo, Gulyas se hizo a un lado para dejar lugar a que su mujer entrara en la nave.

-¿Cómo está usted, capitán? -dijo Tjond. Entonces sus ojos *se* agrandaron y se sonrojó, cuando vio por vez primera que él estaba completamente desnudo.

-Les enseñaré sus alojamientos -dijo Hautamaki, girándose y alejándose, sabiendo que ellos le seguirían. ¡Una mujer! El las había visto antes en varios planetas, incluso había hablado con ellas, pero nunca había creído que algún día tendría una de ellas en su nave. ¡Qué feas eran, con sus henchidos cuerpos! No había que preguntarse por qué en los otros mundos todas usaban ropas, para esconder esas lamentables protuberancias y el exceso de grasa debajo.

-¡Ni siquiera llevaba *zapatos!* -exclamó Tjond indignada, mientras que él cerraba la puerta. Gulyas se rió.

—¿Desde cuándo te ha preocupado la desnudez? No parecía preocuparte durante tus vacaciones en Hie. Y ya sabías cuáles eran las costumbres de los Hombres.

-Eso era diferente. Todos estaban vestidos, o desnudos; es igual. Pero esto, ¡es casi indecente!

-La indecencia de un hombre es la decencia de otro.

-Estoy segura de que no podrías decir eso tres veces más rápido.

-No tiene importancia, de todas formas es verdad. Cuando te desenvuelvas delante de él, probablemente pensarás que nosotros estamos socialmente tan equivocados como a ti te parece que él lo está.

-No lo pienso, ¡lo sé! -dijo ella, poniéndose de puntillas para alcanzar su oreja con sus pequeños dientes, tan blancos y perfectamente delineados como granos de arroz-. ¿Cuánto hace que nos hemos casado?

-Seis días, diecinueve horas y algunos extraños minutos.

-Sólo extraños porque no me has besado en tan terrible y largo tiempo.

El sonrió a su pequeña y encantadora figura, pasó su mano por la tibia firmeza de su cráneo sin cabello y hacia abajo por su derecho cuerpo, tocando los sobresalientes y casi vestigiales capullos de sus senos.

-Eres hermosa -dijo él; luego la besó.

II

Una vez que hubieron atravesado el glaciar, la caminata fue más fácil sobre la compacta nieve. En una hora habían alcanzado la base de la cúspide rocosa. Se extendía sobre ellos contra el verdusco cielo, negro y con grietas. Tjond dejó que sus ojos viajaran hacia arriba en toda su longitud y. deseó poder gritar.

-¡Es demasiado alto! Es *imposible* trepar. Con el trineo especial podríamos subir.

-Hemos discutido eso antes -dijo Hautamaki, mirando a Gulyas como hacía siempre cuando le hablaba a ella-. No traeré ninguna fuente de radiación cerca del aparato antes de que determinemos de qué se trata. Nada hemos podido sacar de nuestra fotografía aérea, exceptuando que parecía ser una máquina sin vigilancia de alguna clase. Yo treparé primero. Vosotros podéis seguirme. No es difícil en este tipo de roca.

No era difícil..., era de todo punto de vista imposible. Ella trepó y cayó y no pudo subir mucho por la cuerda. Al final desató la cuerda. Tan pronto como los dos hombres hubieron subido por encima de ella, se lamentó desesperanzadamente con la cara entre las manos. Gulyas debió de haberla oído, o sabría cómo se debería de sentir ella al verse dejada atrás, porque la llamó.

-Te echaré una cuerda tan pronto como llegue a la cima, con un lazo al final. Deslízalo sobre tus brazos y te subiré.

Estaba segura de que él no sería capaz de hacerlo, pero aun así tenía que intentarlo. El emisor... ¡podía *no* ser de fabricación humana!

La cuerda le cortaba en el cuerpo y, sorprendentemente, él pudo izarla hacia arriba. Ella hizo lo .posible para no moverse y balancearse por el risco: luego, Gulyas se acercaba a ella para ayudarla. Hautamaki estaba sosteniendo la cuerda... y ella supo que era la fuerza de esos poderosos brazos, y no los de su marido, los que la habían elevado tan rápidamente.

-Hautamaki, gracias por...

-Examinaremos el aparato ahora -dijo él, interrumpiéndola y mirando a Gulyas mientras hablaba-. Ambos os quedaréis aquí con mi paquete. No os aproximéis, excepto si se os ordena.

Se giró sobre sus talones y, resueltamente, con grandes zancadas, se alejó hacia el afloramiento en el cual se encontraba la máquina. A no más de un paso de ella se detuvo y se apoyó sobre una rodilla; su cuerpo se ocultaba en su mayor parte de la vista, y se mantuvo durante largos minutos en esta posición agachada.

-¿Qué es lo que está haciendo? -susurró Tjond, cogiéndose fuertemente al brazo de Gulyas-. ¿Qué es? ¿Qué es lo que ve?

-¡Venid aquí! -dijo Hautamaki, poniéndose de pie. Había una nota de emoción en su voz que ellos nunca habían escuchado antes. Corrieron, deslizándose en la roca de hielo cristalizado, deteniéndose sólo ante la barrera de sus brazos extendidos-. ¿Qué haremos con ello? -preguntó Hautamaki, sin quitar los ojos de la achaparrada máquina fija en la roca enfrente de ellos.

Había una estructura central, una media esfera de un metal amarillento que se sujetaba fuertemente a la roca, su borde inferior se ajustaba a las irregularidades que había debajo.

Desde aquí se proyectaban gruesos y cortos brazos del mismo material, dispuestos alrededor de la circunferencia cercana a la base. En cada brazo había una corta longitud de metal, cada una de las cuales tenía diferentes formas, pero todas estaban apuntando hacia los cielos como dedos indagadores. Un cable grueso como un brazo emergía de un lado del hemisferio y se arrastraba hacia un saliente de la roca más arriba. Allí, repentinamente, se enderezaba y se mantenía derecho, elevándose en el aire sobre sus cabezas. Gulyas apuntó hacia él.

-No tengo idea de para qué sirven las otras partes, pero apostaría que ésa es la antena que nos ha estado enviando las señales que hemos captado cuando hemos entrado en el sistema.

-Podría ser -admitió Hautamaki-. Pero ¿qué hay acerca del resto?

-Una de esas cosas que apuntan hacia el cielo parece como un pequeño telescopio -dijo Tjond-. Realmente, creo que lo es.

Hautamaki dio un grito de enojo y se acercó hacia ella cuando ella se arrodillaba en el suelo, pero ya era demasiado tarde. Puso un ojo al final de un tubo y cerró el otro ojo y trató de ver.

-¡Sí, es un telescopio! -Abrió el otro ojo y examinó el cielo-. Puedo ver el borde de esas nubes claramente.

Gulyas la apartó, pero no había ningún peligro. Era un telescopio, como ella había dicho, nada más. Se turnaron para mirar a través de él. Fue Hautamaki quien se dio cuenta de que se estaba moviendo lentamente.

-En ese caso, todos los otros se deben de estar moviendo, ya que son paralelos -dijo Gulyas, apuntando hacia los ingenios metálicos que poseía cada brazo.

Uno de ellos tenía un ocular no distinto del de un telescopio, pero cuando miró por él sólo había oscuridad.

-No puedo ver nada a través de él -dijo.

-Quizá *tú* no estabas pensado para que vieras

-dijo Hautamaki, rascándose su mandíbula mientras miraba fijamente la extraña máquina; luego se alejó para rebuscar en su paquete. Cogió un comprobador de radiaciones múltiples de su caja portadora y lo mantuvo frente al ocular a través del cual, Gulyas había estado intentando ver-. Radiación infrarroja solamente. Todo lo demás es eliminado.

Otra de las cosas semejantes a tubos servía para enfocar rayos ultravioletas, mientras que un enrejado de platos metálicos concentraba las Ondas de radio. Fue Tjond la que expresó lo que todos pensaban.

-Si hemos mirado a través de un telescopio..., ¡quizá todas estas cosas sean telescopios también! Sólo que hechos para ojos extraños, como si las criaturas que los construyeron no supieran quién o qué vendría aquí, e hicieran telescopios de todas clases trabajando en todos los tipos de longitudes de onda. ¡La búsqueda ha terminado! Nosotros..., la humanidad..., ¡no estamos solos en el universo, después de todo!

-No debemos sacar conclusiones apresuradas

-dijo Hautamaki, pero el tono de su voz desmentía sus palabras.

-¿Por qué no? -gritó Gulyas, abrazando a su esposa en un rapto de emoción-. ¿ Por qué no hemos de ser nosotros los que encontremos a los alienígenas? ¡Si existen, después de todo

sabíamos que nos cruzaríamos con ellos alguna vez! La galaxia es inmensa, pero finita. *Mira y encontrarás.* ¿No es eso lo que te dicen cuando entras en la academia?

-Aún no tenemos una evidencia concreta -dijo Hautamaki, tratando de que su propio entusiasmo, que crecía por momentos, no se evidenciara. Era el jefe, debía ser el abogado del diablo-. Este ingenio puede ser de fabricación humana.

-Punto uno -dijo Gulyas, levantando un dedo-. No se parece a nada que nosotros hayamos visto antes. En segundo lugar, está hecho de una aleación desconocida. Y en tercer lugar, está en una sección del espacio que, por lo que sabemos, nunca antes ha sido visitada. Estamos a siglos-luz del sistema habitado más cercano, y naves que hayan podido hacer este tipo de viaje y regresar son de descubrimiento relativamente reciente...

-Y aquí hay una evidencia *real...,* ¡sin ningún trabajo de adivinación! -gritó Tjond, y ellos corrieron hacia la mujer.

Ella había seguido el pesado cable que luego se transformaba en el aéreo. En la base, en donde se engrosaba y se apretaba a la roca, había una serie de caracteres grabados. Debía de haber cientos de ellos, elevándose desde el nivel del suelo hasta sobre sus cabezas, cada uno de ellos claro y distinto.

-Esos signos no son humanos -dijo Tjond, triunfalmente-. No tienen ni el más ligero parecido con cualquiera de los caracteres escritos de los idiomas conocidos por el hombre. ¡Son nuevos!

-¿Cómo puedes estar segura? -dijo Hautamaki, olvidándose de sí mismo lo suficiente como para dirigirse a ella directamente.

-Lo sé, capitán, porque es mi especialidad. He sido entrenada en filología comparada y especializada en abiciología, la historia de los alfabetos. Es, probablemente, la única ciencia que está en contacto con la Tierra.

-Imposible.

-No, vayamos lentamente. La Tierra debe de estar a mitad de camino en torno a la circunferencia de la galaxia desde el punto en el que nos encontramos ahora. Si recuerdo correctamente, una comunicación de ida y vuelta tardaría unos cuatrocientos años. La abiciología es un estudio que sólo puede crecer en las franjas exteriores; tratamos con un núcleo de factores inalterables. Los viejos alfabetos de la Tierra son parte de la historia y no pueden ser cambiados. Los he estudiado todos, cada carácter y cada detalle, y he observado sus mutaciones a través de los milenios. Se puede observar que no importa cómo los alfabetos son modificados o cambiados, siempre retendrán elementos de sus progenitores. Esta es la letra «L» de la forma en que ha sido adoptada para un proceso de computación. -*La* grabó en la roca con la punta de su cuchillo, luego grabó otro signo ondulante cerca del anterior-. Y ésta es la *lamedh* hebrea, en la que se puede observar la misma forma esencial. El hebreo es un proto-alfabeto, tan antiguo que es casi increíble. Y aun así se conserva la figura del ángulo recto. Pero estos caracteres..., no hay *nada* en ellos que yo haya visto antes.

El silencio se extendió mientras Hautamaki la miraba, la estudiaba como si la verdad o la falsedad de sus palabras debiera estar escrita de alguna forma en su rostro. Luego, sonrió.

-Aceptaré tu palabra sobre ello. Estoy seguro de que conoces tu campo muy bien. -El se alejó hacia su paquete y comenzó a sacar más y más instrumentos de pruebas.

-Has visto eso -murmuró Tjond en el oído de su marido-, me ha *sonreído.*

-Tonterías. Es probablemente el primer rictus de una avanzada congelación debida al intenso frío.

Hautamaki había colgado un peso del tubo del telescopio y estaba tomando el tiempo de su movimiento sobre el suelo.

-Gulyas, ¿recuerdas el período de rotación del planeta? -preguntó.

-A grandes rasgos eran unas dieciocho horas estándar. La computación no era exacta. ¿Por qué?

-Eso es lo suficientemente correcto. Estamos a unos 85 grados de latitud norte, lo cual está de acuerdo con el ángulo de esos brazos rígidos, mientras que el movimiento de estas esferas...

-Neutraliza la rotación del planeta, moviéndose a la misma velocidad, pero en la dirección opuesta. ¡Por supuesto! Debería haberlo visto.

-¿De qué estáis hablando? -preguntó Tjond.

-Apuntan al mismo lugar en el cielo todo el tiempo -dijo Gulyas-. A una estrella.

-Podría ser otro planeta de este sistema -ayo Hautamaki; luego movió la cabeza-. No, no hay ningún motivo para ello. Es algo de fuera. Lo sabremos después de que oscurezca.

Estaban cómodos en los trajes de atmósfera y tenían suficiente agua y comida. La máquina fue fotografiada y estudiada desde cada ángulo, y teorizaron sobre su posible fuente de energía. Las horas fueron pasando hasta que anocheció. Había algunas nubes, pero desaparecieron antes de que se pusiera el sol. Cuando la primera estrella apareció en el cielo que se oscurecía, Hautamaki se dobló sobre el ocular del telescopio.

-Sólo cielo. Está demasiado claro aún. Pero hay alguna especie de brillante red que está apareciendo en el campo, cinco líneas delgadas radiadas de afuera adentro, desde la circunferencia exterior. En lugar de cruzarse desaparecen a medida que llegan al centro.

-Pero señalarán la estrella que sea en el centro del campo... ¿sin oscurecerla?

-Sí. Las estrellas están apareciendo ahora.

Era una estrella de una magnitud siete, aislada cerca del borde de la galaxia. Parecía un lugar común en todos los aspectos, excepto por el hecho de que estaba aislada sin vecinos cercanos incluso en términos estelares: Se turnaron para mirarla, marcándola de forma que no hubiera error posible.

-¿Iremos allí? -preguntó Tjond, aunque era una afirmación más que una pregunta.

-Por supuesto -respondió Hautamaki.

III

Tan pronto como la nave llegó a la atmósfera, Hautamaki envió un mensaje a la estación más próxima. Mientras esperaban estudiaron el material que tenían.

Con cada resultado que obtenían crecía el entusiasmo. El metal no era más duro que algunas de las aleaciones que usaban ellos, pero su composición era completamente diferente y el proceso de fabricación también era desconocido, ya que había hecho las moléculas de la superficie más densas. Los caracteres no tenían ningún parecido con ningún alfabeto terrestre o humano. Y la estrella a la que apuntaban los instrumentos estaba más allá de los límites de la exploración galáctica.

Cuando llegó el mensaje, *señal registrada,* hicieron saltar la nave al momento hacia el curso cuidadosamente computado. Las instrucciones recibidas eran de investigarlo todo,

informar de todo, y esto era lo que estaban haciendo. Teniendo registrados sus movimientos planeados estaban libres. Ellos, *ellos,* iban a hacer el primer contacto con una raza extraña; ya habían hecho contacto con uno de sus artefactos. No importaba lo que sucediera luego, el honor sin lugar a dudas era de ellos. La siguiente comida se tornó naturalmente en una celebración, y Hautamaki se suavizó lo suficiente como para permitirles otros intoxicantes como el vino. Los resultados fueron casi desastrosos.

-¡Un brindis! -gritó Tjond, parándose y tambaleándose sólo un poco-. ¡Por la Tierra y la humanidad, que ya no está sola!

-No está ya sola -repitieron, y el rostro de Hautamaki perdió parte de la alegría de la fiesta, que había ganado con anterioridad.

-Os pido que me acompañéis en un brindis -dijo él-, por alguien que vosotros nunca habéis conocido, y que debería estar aquí para compartir esto con nosotros.

-Por Kiiskinen -dijo Gulyas. Había leído los registros y conocía la tragedia que aún estaba fresca en los pensamientos de Hautamaki.

-Gracias. Por Kiiskinen. -Bebieron.

-Desearía que hubiésemos podido conocerle -dijo Tjond, un poco de femenina curiosidad estaba haciéndole cosquillas.

-Un hombre excelente -dijo Hautamaki; parecía ansioso de hablar ahora que el asunto había sido mencionado por vez primera después del accidente-. Uno de los más exquisitos. Estuvimos doce años en esta nave.

-¿Teníais... niños? -preguntó Tjond.

-Tu curiosidad no es adecuada -reconvino Gulyas a su esposa-. Creo que sería mejor que nos fuéramos.

Hautamaki levantó la mano.

-Por favor. Entiendo vuestro natural interés. Nosotros, los Hombres, sólo hemos poblado una docena de planetas y supongo que nuestras costumbres son curiosas para vosotros; aún estamos en minoría. Pero si hay alguna preocupación es sólo vuestra. ¿Estáis preocupados por ser bisexuales? ¿Besarías a tu esposa en público?

-Es un placer -dijo Gulyas, y lo hizo.

-Entonces entendéis lo que quiero decir. Nosotros sentimos de la misma manera y a veces actuamos igual, aunque nuestra sociedad sea monosexual. Fue un resultado natural de la ectogénesis.

-No natural -dijo Tjond, con un asomo de rubor en las mejillas-. La ectogénesis necesita un óvulo fértil. Los óvulos provienen de las hembras; una sociedad ectogenética lógicamente debería de ser una sociedad de hembras. Y una sociedad de sólo machos es innatural.

-Todo lo que hacemos está falto de naturalidad -le dijo Hautamaki, aparentemente tranquilo-. El hombre es el resultado del medio ambiente cambiante. Cada persona que viva alejada de la Tierra está viviendo en un ambiente «no natural». La ectogénesis en estos términos no es más rara que vivir, como hacemos ahora, en un casco de metal dentro de una manifestación irreal del espacio-tiempo. Que esta ectogénesis combine el plasma del germen de dos células de machos en lugar de que sean un huevo y un espermatozoide no tiene más relevancia que tus senos rudimentarios.

-Estás siendo insultante -dijo ella, ruborizándose.

-No lo intento. Han perdido sus funciones, por lo tanto son degenerativos. Vosotros los bisexuales sois tan poco naturales como nosotros los Hombres. Ninguna de las dos opciones es viable en el medio ambiente antinatural que hemos creado.

La excitación provocada por el reciente descubrimiento aún les poseía, y quizá los estimulantes y el enojo habían bajado el poder de control sobre sí misma de Tjond.

-¿Cómo te atreves a llamarme antinatural? Tú...

-¡Te olvidas de ti, mujer! -explotó Hautamaki, echando fuera las palabras, y poniéndose de pie de un salto-. Esperas penetrar en los detalles íntimos de mi vida y te sientes insultada cuando menciono alguno de tus propios tabúes. ¡Los Hombres están mejor sin tu especie! -Tomó un profundo y tembloroso aliento, se giró y dejó la habitación.

Tjond se mantuvo en sus alojamientos durante casi una semana después de esa tarde. Trabajaba en sus análisis de los caracteres y Gulyas le traía las comidas. Hautamaki no mencionaba lo sucedido, y cortaba a Gulyas cuando éste trataba de disculpar a su mujer. Pero no protestó cuando ella apareció nuevamente en la sección de los controles, aunque volvió a su primera costumbre de hablar sólo a Gulyas, nunca dirigiéndose a ella directamente.

-¿Realmente quiere que vaya? -preguntó Tjond, cerrando sus tenacillas sobre un pequeño y singular cabello que estorbaba la marfileña perfección de su frente y de su cráneo. Se lo quitó y se tocó su entrecejo-. ¿Te has dado cuenta de que realmente tiene cejas? Justo *aquí,* grandes y sombreadas cosas como un atavismo. Incluso tiene cabello en la base de su cráneo. Desagradable. Apuesto a que los Hombres entresacan sus genes para la calidad de hirsuto, no puede ser un accidente. No me has contestado. ¿Pidió que yo estuviera allí?

-Nunca me das la oportunidad de que conteste

-le dijo Gulyas, suavizando sus palabras con una sonrisa-. No ha pedido por ti por tu nombre. Eso sería esperar demasiado. Pero él dijo que habría una reunión de toda la tripulación a las diecinueve horas.

Ella puso un toque de rosado maquillaje en los lóbulos de sus orejas y en su nariz; luego cerró bruscamente su caja de cosméticos.

-Estoy lista, si tú lo estás. ¿Iremos a ver qué es lo que quiere el capitán?

-En veinte horas saldremos del salto espacial

-les dijo Hautamaki cuando se reunieron en la sección de control-. Hay una buena posibilidad de que encontremos a la gente, los alienígenas, que han construido el aparato. Antes de que probemos lo contrario, supondremos que son pacíficos. ¿Bien, Gulyas?

-Capitán, ha habido una gran controversia con respecto a las hipotéticas intenciones de cualquier raza que pueda ser encontrada. No ha habido acuerdo real...

-Eso no importa. Soy el capitán. Las evidencias hasta ahora indican que la raza está buscando contacto y no conquista. Yo lo veo de esta manera. Nosotros tenemos una vieja y rica cultura; por lo tanto, mientras hemos estado buscando otra forma de vida inteligente hemos estado explorando y registrando en naves de este tipo. Pero una cultura más pobre puede tener un número de naves escaso para este tipo de exploración. De ahí la razón de los aparatos. Muchos de ellos pueden ser fácilmente distribuidos por una sola nave sobre una gran área del espacio. Sin duda alguna debe de haber otros.. Todos ellos sirven para llamar la atención hacia una estrella en particular, un punto de encuentro de algún tipo.

-Eso no prueba intenciones pacíficas. Puede ser una trampa.

-Lo dudo. Hay muchas formas mejores de satisfacer deseos de guerra que la de poner elaboradas trampas como ésta. *Pienso* que sus intenciones son pacíficas, y ése es el único factor que importa. Hasta que les encontremos cualquier acción estará, basada en suposiciones. De ahí que ya haya desechado todo el armamento de la nave..,

-¿Has *qué?*

-...Y te pido que abandones todo el armamento personal que puedas tener.

-Estás arriesgando nuestras vidas, sin siquiera consultarlo con nosotros -dijo Tjond, enojada

-No es así -contestó, sin mirarla-. Has arriesgado tu vida cuando has entrado en el servicio y prestado el juramento. Obedecerás mis instrucciones. Todas las armas aquí dentro de una hora; quiero la nave limpia antes de que salgamos. Nos reuniremos con los extraños armados sólo con nuestra humanidad... Puedes pensar que los Hombres van desnudos por alguna perversa razón, pero eso es incorrecto.

Hemos descartado las ropas como estorbos para una total compenetración con nuestro medio ambiente; es tanto una acción práctica como simbólica.

-¿No estarás sugiriendo que *nosotros* nos quitemos nuestras ropas, o sí? -preguntó Tjond, aún enojada.

-No. Haced como os parezca. Sólo estoy tratando de explicar mis razones para que de alguna forma mantengamos una unidad de acción cuando nos encontremos con las criaturas inteligentes que construyeron el aparato. La Inspección sabe que estamos aquí. Si no regresamos, un posterior equipo de contacto estará protegido con todo el armamento de muerte que posee la humanidad. Por lo tanto, les daremos a nuestros alienígenas todas las oportunidades de que nos maten.,., si es eso lo que tienen planeado. La retribución llegará. Si no tienen intenciones guerreras haremos un contacto pacífico. Eso, en sí mismo, es una razón suficiente como para arriesgar la vida de uno cien veces. No tengo que explicaros la monumental importancia de este contacto.

La tensión creció a medida que el tiempo de la salida se acercaba. Las armas cortas, cargas explosivas, venenos del laboratorio -incluso los largos cuchillos de la cocina- hacía ya tiempo que habían sido eliminados. Estaban los tres en el área de control cuando sonó la campanada y salieron de regreso en el espacio normal. Allí, en el borde de la galaxia, la mayoría de las estrellas estaban concentradas en un lado. Hacia adelante yacía un pozo de negrura con sólo una estrella brillando.

-Esa es -dijo Gulyas, balanceando hacia atrás el analizador espectral-, pero no estamos lo suficientemente cerca como para obtener una observación clara. ¿Vamos a dar otro salto ahora?

—No -dijo Hautamaki-. Quiero hacer algunas observaciones mediante los aparatos.

Las sensitivas pantallas comenzaron a resplandecer tan pronto como la presión cesó, oscureciéndose lentamente. Había ocasionales explosiones de luz en su superficie cuando escasas moléculas de aire golpeaban; luego, esto desapareció. La pantalla delantera se hundió en la oscuridad del espacio exterior y en su centro apareció la imagen de la estrella.

-¡Es imposible! -se asombró Tjond desde el asiento del observador detrás de ellos.

-No es imposible -dijo Hautamaki-. Sólo es imposible que tenga un origen natural. Su existencia prueba que ¡o que vemos ha sido construido. Procederemos.

La imagen de la estrella se quemaba irrealmente. La estrella misma en el centro era suficientemente normal..., pero ¿cómo explicar los tres anillos entrelazados que la circundaban? Tenían las dimensiones de las órbitas planetarias. Incluso si eran tan tenues como la cola de un cometa, su construcción demostraba un increíble progreso. ¿Y cuál podría ser el significado de las luces coloreadas de los anillos, aparentemente orbitando como enormes electrones?

La pantalla centelleó y la imagen desapareció.

-Sólo puede ser una baliza -dijo Hautamaki, quitándose el casco-. Está ahí para llamar la atención, al igual que el emisor que nos llevó hacia el último planeta. ¿Qué raza con la capacidad de construir naves interestelares podría resistir la atracción de una cosa como ésta?

Gulyas estaba alimentando el computador con las correcciones del curso.

-Es desconcertante -dijo-. Con la habilidad física de construir estas cosas, ¿por qué no habrán construido una flota espacial para salir e intentar establecer contactos, en lugar de intentar traerlos aquí?

-Espero poder contestar esa pregunta lo antes posible. Aunque probablemente la respuesta esté en cualquier cosa que componga la psicología alienígena. Para su manera de pensar, quizá sea ésta la manera más obvia. Y tendréis que admitir que ha funcionado.

IV

Esta vez, cuando hicieron la transición del salto espacial, los resplandecientes anillos de luz llenaban las pantallas delanteras. Los receptores de radio estaban funcionando, buscando automáticamente las longitudes de onda.

Irrumpieron produciendo sonidos en un gran número de bandas simultáneamente. Gulyas bajó el volumen.

- Es el mismo tipo de emisión que recibíamos desde el anterior emisor - dijo -. Muy directo. Todas las transmisiones provienen de ese dorado planetoide, o lo que sea. Es grande, pero no parece tener las dimensiones de un planeta.

- Estamos en camino - le dijo Hautamaki -. Tomaré los controles, ve si puedes conseguir alguna imagen en los circuitos de vídeo.

- Sólo interferencia. Pero estoy enviando una señal, una visión de esta cabina. Si tienen el equipo correcto serán capaces de analizar nuestra señal y compararla... ¡Mira, la pantalla está cambiando! Están trabajando de prisa.

En la pantalla de visión estaban formándose ondas de color. Luego apareció una imagen, primero borrosa, luego más clara. Tjond la enfocó y la hizo claramente visible. Los dos hombres la miraron fijamente. Detrás de ellos, Tjond abrió la boca con asombro.

-¡Por lo menos no son serpientes o insectos, agradezcamos eso a la fortuna!

El ser en la pantalla les estaba mirando con la misma intensidad. No había forma de estimar su tamaño relativo, pero seguramente era humanoide. Tres largos dedos, fuertemente unidos por una membrana, con un pulgar oponible. Sólo la parte superior de su figura era visible, y ésta estaba cubierta por ropas, por lo que no se veían más detalles anatómicos. Pero la cara del ser se mantenía clara en la pantalla, de color dorado, sin cabellos, con grandes y casi circulares ojos. Su nariz, si hubiese sido humana, habría parecido rota, desparramada

sobre su cara, las aletas de forma acampanada. Esto y el partido labio superior, le daba una horrible apariencia a los ojos humanos.

Pero esta vara de medición no debía ser aplicada. Según los estándares alienígenos podía ser hermosa.

-S'bb'thik -dijo la criatura.

La voz era de tono agudo y parecía chillar.

-Igualmente, te doy la bienvenida -dijo Hautamaki-. Ambos hablamos idiomas y aprenderemos a entendernos mutuamente. Venimos en son de paz.

-Quizá nosotros vengamos en son de paz, pero no puedo decir lo mismo de esos alienígenas -interrumpió Gulyas-. Mira la pantalla tres.

Esta mostraba una agrandada visión de una cosa emplazada en el planetoide al que se estaban acercando. Un grupo de oscuros edificios se elevaban de la dorada superficie, coronados por un bosque de antenas y artefactos aéreos. Formando anillos alrededor del edificio había estructuras circulares montadas sobre achaparrados ingenios tubulares que parecían pesados soportes de armas. La similitud se incrementaba por el hecho de que los numerosos emplazamientos habían rotado. Los abiertos orificios estaban rastreando la nave que se acercaba.

-Estoy disminuyendo rápidamente la velocidad de nuestro acercamiento -dijo Hautamaki, apretando los botones de control en una rápida secuencia-. Pon el plato de repetición aquí y enciende una visión amplificada de esas armas. Averiguaremos sus intenciones rápidamente.

Una vez que el movimiento relativo de la nave con respecto al dorado planetoide había sido detenido, Hautamaki se giró y señaló la pantalla de repetición, lentamente haciendo hincapié en la imagen de las armas. Luego se golpeó a sí mismo en el pecho y levantó sus manos frente a sí, los dedos muy abiertos y vacíos. El alienígena había observado su mudo espectáculo con sus brillantes ojos dorados.

Movió su cabeza de un lado a otro y repitió el gesto de Hautamaki, golpeándose a sí mismo en el pecho con su largo dedo central y luego apuntando a la pantalla.

-Ha entendido al momento -dijo Gulyas-. Esas armas están desviándose, hundiéndose fuera de la vista.

-Continuaremos nuestro acercamiento. ¿Estás registrando esto?

-Vista, sonido, lecturas completas de cada instrumento. Hemos estado grabando desde el primer momento que hemos visto la estrella, alimentando las cintas en la bóveda blindada, como has ordenado. Me pregunto cuál será el próximo paso.

-Ellos ya lo han dado... Mira.

La imagen del alienígena se alejó de la pantalla y trajo lo que parecía ser una esfera de metal que sostenía suavemente en la mano. Desde la esfera se proyectaba un saliente en forma de pipa de metal con una palanca a mitad de camino de su longitud. Cuando el alienígena presionó la palanca, oyeron un siseo.

-Un tanque de gas -dijo Gulyas-. Me pregunto qué significará. No..., no es gas. Debe de ser un aspirador. Mira, la pipa está succionando esos granos en la mesa. -El alienígena mantuvo la palanca presionada hasta que se detuvo el siseo.

-Ingenioso -dijo Hautamaki-. Ahora sabemos que hay una muestra de su atmósfera dentro del tanque.

No había ninguna propulsión mecánica visible, pero la esfera llegó precipitadamente hacia la nave. La esfera se detuvo, justo fuera de la nave y claramente visible desde las pantallas de visión, fluctuando en un pequeño arco.

-Algún tipo de rayo de fuerza -dijo Hautamaki-, aunque no se registra nada en los instrumentos del casco. Esa es una cosa que me gustaría aprender a hacer. Voy a abrir la puerta exterior de la escotilla mayor.

Tan pronto como la puerta se abrió la esfera se precipitó y desapareció de la vista y luego vieron a través del fonocaptor que había dentro del cerrojo de aire que había caído suavemente dentro de la cubierta. Hautamaki cerró la puerta y señaló a Gulyas,

-Coge un par de guantes aislantes y lleva e! tanque al laboratorio. Pasa el contenido a través de los procedimientos de examen habituales para comprobar la atmósfera planetaria. Tan pronto como hayas tenido las muestras, vacía el tanque y llénalo con nuestro propio aire, luego lánzalo a través de la compuerta.

Los analizadores trabajaban con la muestra de aire alienígena, y presumiblemente ellos estaban haciendo lo mismo con el tanque de aire de la nave. Los análisis eran rutinarios y rápidos, el informe apareció en forma de código en el panel de control.

-Irrespirable -dijo Gulyas-, al menos para nosotros. Parece que hay suficiente oxígeno, más que suficiente, pero cualquiera de esos compuestos sulfurosos abriría agujeros en nuestros pulmones. Deben de tener un metabolismo muy recio para inhalar una mezcla de ese tipo. Una cosa es cierta: nunca competiremos por los mismos mundos...

-¡Mirad! La figura está cambiando -dijo Tjond, llamando la atención de ellos nuevamente hacia la pantalla visora.

El alienígena había desaparecido y el punto de visión parecía estar en el espacio encima de la superficie del planetoide. Un bulto transparente en su superficie llenaba la pantalla, y mientras observaban el alienígena entró en él desde abajo. La escena cambió otra vez, y luego estaban viendo al alienígena desde dentro de la cámara con paredes claras. El alienígena se acercó al foco, pero antes de llegar a él se detuvo y se inclinó sobre lo que parecía ser aire fino.

-Hay una pared transparente que divide el domo por la mitad -dijo Gulyas-. Estoy comenzando a coger la idea.

El foco se alejó del alienígena, giró alrededor hacía la dirección opuesta en la cual había una abertura cortada en el claro material de la pared. La puerta estaba abierta en el vacío del espacio.

-Eso es suficientemente obvio -dijo Hautamaki, levantándose-. La pared central debe de ser hermética, por lo tanto puede ser usada como habitación de conferencias. Iré. Manteneos registrándolo todo.

-Tiene todo el aspecto de una trampa -<lijo Tjond, jugando nerviosamente con sus dedos mientras miraba la invitadora puerta abierta en la pantalla-. Será un riesgo...

Hautamaki se rió, era la primera vez que le oían hacerlo, mientras se ponía el traje de presión.

-¡Una trampa! ¿Crees que se hubieran tomado tantas molestias para atraparme? Tal presunción es ridícula. Y si fuera una trampa..., ¿piensas que es posible mantenerse alejado de ella?

Se empujó a sí mismo, alejándose de la nave. Su vestida figura flotaba alejándose, volviéndose más y más pequeña.

Silenciosamente, acercándose el uno al otro sin siquiera darse cuenta de ello, observaron el encuentro en la pantalla. Vieron a Hautamaki entrando suavemente a través de la puerta abierta hasta que sus pies tocaron el suelo. Se giró para ver que la puerta se cerraba, mientras que de la radio oyeron un siseo, muy débil al principio, luego más y más alto.

-Suena como si estuvieran presurizando la habitación -dijo Gulyas. Hautamaki asintió.

-Sí, lo puedo sentir ahora, y hay una lectura en el indicador exterior de presión. Tan pronto como alcance una presión normal me quitaré el casco.

Tjond comenzó a protestar, pero se detuvo cuando su marido comenzó a levantar la mano advirtiéndola. Esta era una decisión de Hautamaki.

-Parece perfectamente respirable -dijo Hautamaki-, aunque tiene cierto olor metálico.

Dejó el casco a un lado y comenzó a quitarse el traje. El alienígena estaba de pie ante la división y Hautamaki caminó hasta que se encontraron frente a frente, casi de la misma estatura. El alienígena presionó su mano llanamente contra la pared transparente y el humano puso la mano sobre el mismo lugar. Se encontraron, tan cerca como pudieron, separados tan sólo por un centímetro de sustancia. Sus ojos se unieron y se miraron durante largo tiempo, tratando de leer intenciones, tratando de comunicarse. El alienígena se giró primero, caminando hacia una mesa cargada de objetos. Cogió el más cercano y se lo mostró a Hautamaki para que lo viera.

-*Kilt* -dijo el alienígena. Parecía un trozo de piedra.

Hautamaki se dio cuenta, por primera vez, de que también tenía una mesa en su lado de la división. Parecía poseer los mismos objetos que la otra mesa, y el primero de ellos era un trozo de piedra ordinaria. Lo cogió.

-Piedra -dijo, luego se giró hacia el foco de televisión y hacia los invisibles observadores en la nave-. Parece que lo primero será una lección de lenguaje. Es obvio. Haced que sea registrado aparte. Luego podemos programar el computador para hacer la traducción mecánica en caso de que ellos no lo estén haciendo.

La lección de lenguaje progresó lentamente una vez que las reservas de simples nombres con referencias físicas habían sido agotadas. Se mostraron películas, obviamente preparadas con anterioridad, mostrando acciones simples, y poco a poco verbos y los tiempos verbales fueron intercambiados. El alienígena no hacía ninguna tentativa de aprender su idioma, sólo trabajaba para lograr una mayor exactitud de identidad entre las palabras. También ellos estaban grabando. Mientras que la lección de idioma progresaba, el ceño de Gulyas se frunció, y comenzó a tomar notas, luego una lista que comprobó. Finalmente interrumpió la lección.

-Hautamaki..., esto es importante. Averigua si ellos sólo están acumulando un vocabulario o si están también alimentando un MT con este material.

La respuesta vino del propio alienígena. Movió su cabeza hacia los lados, como si estuviera escuchando una voz lejana, luego habló a través de un ingenio en forma de taza al

final del cable. Un momento más tarde, la voz de Hautamaki habló, sin tono, ya que cada palabra había sido grabada separadamente.

-Yo hablo a través de una máquina... Hablo mi habla..., una máquina habla vuestro hablar a vosotros... Soy Liem..., necesitamos más palabras en la máquina antes de que hablemos bien.

-Esto no puede esperar -dijo Gulyas-. Dile que queremos una muestra de algunas de las células de sus cuerpos, cualquiera. Es complejo, pero trata de hacérselo llegar.

Los alienígenas estuvieron de acuerdo. No pidieron un espécimen a cambio, pero aceptaron uno. Un recipiente precintado trajo una tira congelada de lo que parecía tejido muscular a la nave. Gulyas se dirigió hacia el laboratorio.

-Hazte cargo de las grabaciones -le dijo a su esposa-. No creo que esto tarde mucho.

V

No tardó mucho. Antes de una hora había regresado, llegando tan silenciosamente que Tjond, intentando prestar atención a la lección de lenguaje, no se dio cuenta que estaba allí hasta que se detuvo a su lado.

-Tu cara -dijo-. ¿Qué está mal? ¿Qué has descubierto?

El le sonrió secamente.

--Nada terrible, te lo aseguro. Pero las cosas son diferentes de lo que habíamos pensado.

-¿Qué es? -preguntó Hautamaki desde la pantalla.

Había oído las voces de ellos y se había girado hacia el foco.

-¿Cómo va la lección de lenguaje? -preguntó Gulyas-. ¿Me puedes entender, Liem?

-Sí -dijo el alienígena-. Casi todas las palabras están claras ahora. Pero la máquina tiene una capacidad limitada de unos pocos miles de palabras, por lo tanto mantén una conversación simple.

-Entiendo. Las cosas que quiero decir son simples. Primero una pregunta. Tu gente, ¿proviene de algún planeta orbitando en alguna estrella cercana?

-No. Hemos viajado un largo camino hasta esta estrella, buscando. Mi mundo hogar está allí, entre esas estrellas de allí.

-¿Toda tu gente vive allí?

-No, vivimos en muchos mundos, pero todos nosotros somos hijos de los hijos de los hijos de gente que vivía en el primer mundo hace muchísimo tiempo.

-Nuestro pueblo también se ha establecido en muchos mundos, pero todos procedemos de un mundo -le dijo Gulyas, luego miró el papel que tenía en sus manos. Le sonrió al alienígena que estaba en la pantalla frente a él, pero había algo terriblemente triste en su sonrisa-. Provenimos originariamente de un planeta llamado Tierra. Ese es el lugar de donde vosotros provenís también. Somos hermanos, Liem.

-¿Qué locura es ésta? -le gritó Hautamaki, su rostro enrojecido y enojado-. Liem es humanoide, ¡no humano! ¡No puede respirar nuestro aire!

-*El* no puede respirar nuestro aire, o quizá ella -respondió Gulyas, quedamente-. Nosotros no usamos la manipulación de los genes, pero sabemos que es posible. Estoy seguro de que descubriremos la forma en que la gente de Liem fue alterada para vivir bajo las condiciones en las que actualmente vive. Puede ser mediante selección natural y mutación normal, pero parece un cambio demasiado drástico para ser explicado de esa forma. Pero eso no es importante. *Esto* sí. -Tendió dos hojas de notas y fotografías-. Puedes verlo por ti mismo. Esta es la cadena DNR del núcleo de una de mis propias células. Esta es la de Liem. Son idénticas. Su gente es tan humana como lo somos nosotros.

-¡No puede ser! -movió la cabeza asombrada Tjond-. Mírale, es tan diferente... y el alfabeto..., ¿qué hay acerca de ello? No puedo estar equivocada sobre eso.

-Sólo hay una posibilidad que no has tomado en cuenta, un alfabeto totalmente independiente. Tú misma me has dicho que no hay la más leve semejanza entre las ideografías chinas y las letras occidentales. Si el pueblo de Liem sufrió un desastre cultural que les obligó a reinventar completamente la escritura, tendrías ahí tu alfabeto alienígena. Con respecto a lo que parecen..., considera los miles de siglos que han pasado desde que el hombre dejó la Tierra y verás que las diferencias físicas son menores. Algunas son naturales y otras pueden haber sido artificialmente creadas, pero el plasma del germen no miente. Somos todos los hijos del hombre.

-Es posible -dijo Liem, hablando por vez primera-. Me han informado de que nuestros biólogos han llegado a las mismas conclusiones. Nuestras diferencias son menores que nuestras semejanzas. ¿Dónde está esta Tierra de la que venís?

Hautamaki señaló el cielo encima de ellos, el abigarramiento estelar de la Vía Láctea, brillante de estrellas.

-Allí lejos, al otro lado del corazón de la galaxia; en pocas palabras, a mitad de camino alrededor del centro de la galaxia.

-El centro de la galaxia explica parcialmente lo ocurrido -dijo Gulyas-. Tiene miles de años-luz de diámetro y cerca de 10.000 grados de temperatura. Hemos explorado sus bordes. Ninguna nave puede penetrar o incluso acercarse demasiado a causa del polvo de estrellas que lo circunda. Por eso nos hemos extendido hacia afuera, lentamente, circulando por el borde de la galaxia, alejándonos de la Tierra. Si nos hubiéramos detenido a pensar sobre ello nos hubiéramos dado cuenta de que la humanidad se estaba moviendo también hacia el otro lado, en la dirección opuesta alrededor de la rueda.

-Y alguna vez nos teníamos que reunir -dijo Liem-. Ahora os doy la bienvenida, hermanos. Y estoy triste porque sé lo que eso significa.

-Estamos solos -dijo Hautamaki, mirando la masa de millones de estrellas-. Hemos cerrado el círculo y nos hemos encontrado sólo a nosotros. La galaxia es nuestra, pero estamos solos. -Se giró, sin darse cuenta que Liem, el dorado alienígena, el hombre, se había girado al mismo tiempo de la misma manera.

Quedaron de cara hacia afuera, mirando a la infinita profundidad e infinita negrura del espacio intergaláctico, vacío de estrellas. Confusos y distantes, había manchas de luz, microscópicos borrones sobre la oscuridad; no eran estrellas, sino universos-islas, como aquel en cuyo perímetro estaban.

Estos dos seres eran diferentes en muchas formas: en el aire que respiraban, el color de sus pieles, sus lenguajes, maneras, culturas. Eran tan diferentes como la noche y el día; el flexible material de la humanidad había sido tejido por los incontables siglos hasta que no se

Librodot

pudieron reconocer el uno en el otro. Pero el tiempo, la distancia y la mutación no pudieron cambiar una cosa; aún eran hombres, aún eran humanos.

-Entonces, es cierto -dijo Hautamaki-, estamos solos en la galaxia.

-Solos en *esta* galaxia.

Se miraron el uno al otro, luego miraron hacia afuera. En ese momento midieron su humanidad bajo la misma regla y eran iguales.

Porque se habían vuelto al mismo tiempo y miraron hacia afuera, hacia el espacio intergaláctico, hacia la infinitamente remota luz que era otra isla galáctica.

-Será difícil llegar allí -dijo alguien.

Habían perdido una batalla. No había derrota.

PODEROSOS ANTEPASADOS Y GRANDES DESCENDIENTES

Poul Anderson: *Señor de mil soles*

F. L. Wallace: *Poderoso antepasado*

Roger Dee: *Los intrusos*

Librodot

No eran sólo naves espaciales y comunicaciones y espectáculos lo que volaba a través de la galaxia de planeta en planeta. También volaba una corriente de sangre. En esa corriente de sangre nació la herencia genética del hombre, dándole forma al igual que él daba forma a sus herederos.

Al igual que la corriente de sangre llevaba el sabor del océano primeval del cual había nacido la vida, también llevaba el mensaje del cual brotaría la vida futura, inimaginable o quizá incomprensible para nosotros.

¿Cuál es nuestro lugar en la galaxia? Es una pregunta seria, y no se intenta en este volumen dar una respuesta demasiado seria. Olaf Stapledon intentó dar una respuesta seria y para aquellos que estén interesados, su extraordinaria novela-crónica, *El hacedor de estrellas,* es altamente recomendable. Es el gran trabajo de ficción acerca de la galaxia y el universo, y del destino de la humanidad.

Trabajando sobre una vena mucho más ligera, Roger Dee y F. L. Wallace presentan especulaciones opuestas sobre el tema. En la historia de Dee, un terráqueo dice: «Cien mil razas de borde a borde de la galaxia -la mayoría de ellas, por lo que Clowdis había visto, más viejas y más sabias e infinitamente más fuertes que su propia advenediza cultura- callaban cuando hablaban los T'sai.» Los T'sai son los señores de la galaxia. Noten como el modelo cíclico se impone otra vez.

Al menos indirectamente, *Los intrusos* trata de lo que podemos ser en el futuro, y por eso constituye una adecuada conclusión a nuestra historia. En contraste, *Poderoso antepasado* mira hacia el principio, a lo que fuimos, y al hacerlo se refleja en el *rol* futuro en términos galácticos. Un buen relato, y tan avieso como ellos.

Ambas historias son lógicas y encierran un pequeño prejuicio. Por su parte, *Señor de Mil Soles* es un extravagante y emocionante ejercicio de la mejor vena juvenil de Poul Anderson. Está atiborrado de esos arquetipos mitopoéticos a los cuales nuestro amistoso crítico, previamente citado, hace mención. «Yo, que fui Daryesh de Tollogh, Señor de Mil Soles y amante de liorna la Bella, noble inmortal del más grande imperio que el universo haya visto jamás, estoy ahora atrapado en el cuerpo semievolucionado de un alienígena perseguido, un millón de años después de la muerte de todo lo que realmente tenía importancia...»

Todos nosotros experimentamos, a un nivel u otro, dualidades semejantes en nuestro ser. Quizá sea esto lo que nos atrae en primer lugar hacia los imperios galácticos. El deseo de establecer sobre la soledad y la majestuosidad del cosmos unas pocas humildes y tibias instituciones humanas apacigua los dos lados de nuestra naturaleza: el lado individual, que responde con afecto a otros individuos, y el lado evolutivo, que nunca podremos conocer completamente, puesto que su escala temporal no nos pertenece, y que arde como una verde mecha hacia cualquier remoto destino que espera a la humanidad en cualquier remota ladera.

La sangre es vagabunda, como dicen. Adonde nos puede llevar es la eterna conjetura.

Señor de mil soles

Poul Anderson

Un Hombre sin Mundo, ¡este Daryesh de un millón de años! Una vez Señor de Mil Soles, y ahora condenado a vagar por los caminos del espacio en una forma alienígena, buscando amor, vida y o la grandiosamente perdida Vwyrdda.

-Sí, encontrarás casi todo lo que el hombre alguna vez ha imaginado en algún lugar de la galaxia -dije-. Hay una condenada cantidad de miles de millones de planetas, y una variedad fantástica de condiciones en las superficies y de evolución de la vida para acoplarse a ellas, y de inteligencia y civilización surgiendo de esa vida. He estado en mundos con dragones que respiraban fuego, y en mundos en que enanos luchaban contra cosas que muy bien podían pasar por los duendes con los que nuestras madres solían asustarnos, y en un planeta en el que vivía una raza de brujas..., seudohipnosis telepática, sabes... Oh, creo que no hay ningún cuento de hadas que haya sido contado que no tenga su contrapartida en algún lugar del universo.

Laird asintió.

-Uh-huh -dijo, con su lenta y extraña y suave voz-. Una vez dejé salir a un genio de su botella.

-¿Eh? ¿Qué sucedió?

-Me mató.

Abrí la boca para reírme, y eché una segunda mirada sobre él, y la volví a cerrar. No vi un rostro impasible, como el que un buen actor puede adoptar cuando se desliza sobre un gran papel... No, había una repentina miseria detrás de sus ojos, y de alguna manera estaba mezclada con el más condenado humor negro.

No conocía a Laird muy bien. Nadie lo conocía. Se pasaba la mayor parte del tiempo fuera en la Inspección Galáctica, vagabundeando por esos antiguos planetas no hechos para ojos humanos. Volvía al Sistema Solar menos veces y para visitas más breves que la mayoría de sus compañeros, y tenía menos que decir acerca de lo que había encontrado.

Era un hombre inmenso, de unos dos metros de estatura, con oscuras y aquilinas formas y con unos curiosos ojos de un color gris verdoso, de mediana edad, aunque no se le hubiera notado de no ser por las sienes. Era suficientemente cortés con todos, pero de pocas palabras y risa difícil. Viejos amigos, que le habían conocido treinta años atrás cuando era el más alegre y temerario oficial de la Armada Solar, pensaban que algo le había ocurrido durante la Rebelión que le había cambiado más que lo que cualquier psicólogo podía admitir como posible. Pero nunca había dicho nada acerca de ello, únicamente había dimitido de su comisión después de la guerra y había entrado en la Inspección.

Estábamos solitariamente sentados en una esquina del salón de descanso. La rama lunar del Club de Exploradores tenía su edificio fuera de la mayor cúpula del Centro Selene, y estábamos sentados al lado de una de las grandes ventanas, bebiendo sidecares de Centauro e intercambiando la inevitable charla de salón. Incluso Laird consentía en ello, aunque yo sospechaba que era más por la información que podía obtener que por un deseo de compañerismo.

Detrás de nosotros, la larga y tranquila habitación estaba casi vacía. Delante, la ventana se abría a la desolada magnificencia del paisaje lunar, una extensión de peñascos y riscos bajando por la pared del cráter hacia las negras y hendidas planicies, bañadas por la fantástica luz azul de la Tierra. El espacio llameaba sobre nosotros, negro absoluto y un millón de manchas de helada llama.

-¿Has vuelto? -dije.

Se rió, sin demasiado humor.

-Te lo puedo contar -dijo él-. No lo creerás, e incluso si te lo creyeras no habría ninguna diferencia. Algunas veces cuento la historia..., el alcohol me hace hacerlo; comienzo a recordar viejos tiempos...

Se echó hacia atrás en su silla.

-Quizá no fuera realmente un genio -continuó-o Quizá fuese más bien un fantasma. Era un planeta encantado. Existieron un millón de años antes de que el hombre habitara la Tierra. Abarcaron las estrellas y sabían cosas que la presente civilización ni siquiera ha imaginado. Y luego murieron. Sus propias armas los exterminaron en una explosión de fuego, y sólo quedaron viejas ruinas..., ruinas y desierto, y el fantasma que yacía esperando en esa botella.

Pedí otra ronda de tragos, preguntándome qué querría decir, preguntándome cuan cuerdo estaría el hombre con la cara de gastada roca. Nunca se sabe. He visto cosas, detrás de ese velo de estrellas, que superaban los sueños más alucinantes. He visto a hombres llevados a casa farfullando y con los ojos vacíos, el frío hoyo del espacio llenando sus cerebros en el lugar del delgado tabique que separa la razón de la locura. Dicen que los hombres del espacio son una pandilla de crédulos. Por Dios, ¡tienen que serlo!

-¿No te referirás a Nuevo Egipto?

-Estúpido nombre. Sólo a causa de que se han encontrado los restos de una gran cultura muerta, tienen que ponerle el nombre de un insignificante valle de efímeros campesinos. Te diré, los hombres de Vwyrdda eran como dioses, y cuando fueron destruidos, soles enteros se oscurecieron a causa de las fuerzas que usaron. Eliminaron los dinosaurios de la Tierra en un día, hace millones de años, y sólo usaron una nave para hacerlo.

-¿Cómo demonios sabes eso? No pensaba que los arqueólogos hubiesen descifrado sus registros.

-No lo han hecho. Nuestros arqueólogos nunca sabrán que los Vwyrddanos eran una raza de apariencia marcadamente humanoide, con una avanzada cultura interestelar barrida hace aproximadamente un millón de años. De hecho, no sé realmente si lo hicieron en la Tierra, pero sé que tenían la costumbre de exterminar los grandes reptiles de los planetas parecidos al terrestre con vistas a una posterior colonización, y sé que llegaron hasta aquí, por lo que supongo que nuestro planeta también obtuvo el tratamiento. -Laird aceptó el fresco trago y levantó el vaso hacia mí-. Gracias. Pero ahora sé un buen chico y déjame cavilar a mi manera.

»Fue..., déjame ver..., hace ahora treinta y tres años, cuando yo era un brillante y joven teniente con jóvenes y brillantes ideas. La Rebelión estaba en su momento culminante entonces y los Janyards tenían toda esa región del espacio, el camino de Sagitario, como sabes. Las cosas estaban mal para el Sol entonces... Creo que nunca se ha apreciado lo cerca que estábamos de la derrota en ese momento. Estaban dispuestos a pasar a través de nuestras líneas con sus flotas de batalla, pasar de largo por nuestras fronteras, y golpear a la Tierra

misma con la lluvia del infierno que ya había esterilizado muchos planetas. Estábamos peleando a la defensiva, desparramados sobre millones de años-luz cúbicos, terrible y pobremente desparramados. ¡Oh, realmente mal!

»Vwyrdda, Nuevo Egipto, había sido descubierta y habían sido hechas algunas excavaciones antes de que la guerra comenzara. Sabíamos de ellos casi lo mismo que sabemos ahora. Especialmente, sabíamos que el llamado Valle de los Dioses tenía más reliquias que cualquier otro lugar de su superficie. Yo había estado bastante interesado en el trabajo y había visitado personalmente el planeta, incluso había trabajado con el grupo que encontró y restauró el generador gravitomagnético, el que nos ha enseñado la mitad de lo que sabemos ahora sobre los campos g-m.

»Era mi joven y fantástica imaginación la que me decía qué allí había más cosas que encontrar, en algún lugar en ese laberinto... y del estudio de los informes incluso pensaba que sabía qué y dónde podría estar. Una de las armas que había convertido en novas a soles, hacía un millón de años...

»El planeta estaba lejos, detrás de las líneas de Janyard, pero militarmente no tenía valor. No lo habrían guarnecido, y estaba seguro que esos semibárbaros no podían haber tenido mi misma idea, especialmente con la victoria tan cerca. Una nave serpiente de un solo hombre podría llegar hasta allí... Es casi imposible bloquear una zona del espacio tan condenada e inhumanamente grande. No teníamos nada que perder, exceptuándome a mí, y quizá mucho que ganar; por lo tanto, hacia allí me dirigí.

»Llegué al planeta sin dificultades, aterricé en el Valle de los Dioses y comencé a trabajar. Y entonces fue cuando comenzó la diversión.

Laird se rió nuevamente, sin más jovialidad que antes.

Había una luna colgando sobre las colinas, un gran escudo agrietado tres veces más grande que la Tierra, y su fría y blanca radiación llenaba el valle con luz incolora y con largas sombras. Arriba llameaba el increíble" cielo de las regiones de Sagitario, miles y miles de grandes y resplandecientes soles hirviendo en rayas y enjambres y extrañas constelaciones a los ojos humanos, titilando y brillando en el frío aire. Estaba tan brillante que Laird podía ver los finos dibujos de su piel, vueltas y circunvoluciones en sus entumecidos dedos que buscaban a tientas sobre la pirámide. Temblaba con el viento que pasaba a su lado, haciendo volar diablos de polvo con un seco susurro, buscando debajo de sus ropas para clavar el frío en su carne. Su respiración era fantasmagóricamente blanca ante sí; el amargo aire parecía líquido cuando respiraba.

A su alrededor se vislumbraban los fragmentos de lo que debía de haber sido una ciudad, ahora reducida a unas pocas columnas y paredes deshechas que aún se mantenían en pie gracias a la lava que había fluido. Las piedras se elevaban en la irreal luz de la luna, y parecían moverse cuando las sombras y la arena movediza pasaban por ellas. Ciudad fantasma. Planeta fantasma. El era la última vida que se movía en su desolada superficie.

Pero en algún lugar sobre esa superficie...

¿Qué era, qué descendía zumbando alto en el cielo, acercándose a través de las estrellas, la luna y el viento? Hacía unos minutos que la aguja de su detector gravitomagnético se había movido hacia abajo, hacia las profundidades de la pirámide. Se había apresurado y ahora se mantenía mirando y escuchando y sintiendo que su corazón se helaba.

No, no, no..., una nave de Janyard, no; no ahora... era el fin de todo si venían.

Laird maldijo con furia desesperanzada. El viento captó su murmuración y la hizo volar con la arena, enterrándola bajo el eterno silencio del valle. Sus ojos volaron hacia su nave serpiente. Era invisible contra la gran pirámide -había tomado esa precaución tapándola con arena-. pero si usaban detectores de metal esa medida no tenía valor. El era rápido, pero estaba casi sin armas; ellos podrían seguir fácilmente su rastro hacia abajo en el laberinto y localizar la caverna.

Señor, si él les hubiese guiado hasta allí..., si sus planes y su esfuerzo sólo hubiesen resultado en darle al enemigo al arma que podría destruir la Tierra...

Su mano se cerró sobre la culata de su arma. Inofensiva y estúpida como un juguete..., ¿qué podría hacer?

Tomó una decisión. Con un juramento, se giró y corrió nuevamente hacia la pirámide.

Su linterna alumbró los infinitos pasajes que bajaban con una débil y fluctuante radiación, y las sombras volaron hacia arriba y hacia atrás y hacia los lados, las sombras de un millón de años cerrándose para ahogarle. Sus botas sonaban sobre el suelo de piedra, *thud, thud, thud,* los ecos cogieron el ritmo y lo hicieron rodar retumbando delante de él. Un terror primitivo se elevó para ahogar su desmayo; estaba bajando sobre la grava de mil milenios, la grava de los dioses, y tuvo que ejercer el mayor control de sus nervios para seguir corriendo y no mirar nunca hacia atrás. No debía mirar hacia atrás.

Abajo, abajo, abajo, pasando por este sinuoso túnel, a lo largo de esta rampa, a través de este pasaje hacia las entrañas del planeta. Un hombre se podría perder allí. Un hombre podía vagar en el frío y en la oscuridad y en los ecos hasta morir. Le había llevado semanas encontrar este camino hacia la gran caverna, y sólo las pistas dadas por los informes de Murchinson lo habían hecho posible. Ahora...

Irrumpió en una angosta antecámara. La puerta que había abierto con rapidez, se recostó suavemente sobre un pozo de noche. Tenía quince metros de alto esa puerta. Pasó volando a su lado como un antílope y entró en el almacén de la pirámide.

Su linterna hizo brillar los metales, los cristales, sustancias que él no podía identificar y que habían yacido precintadas un millón de años hasta que él había venido a despertar a las máquinas. No sabía lo que eran. Había dado energía a alguna de las unidades, las cuales habían ronroneado y brillado, pero no se había arriesgado a hacer un experimento. Su idea había sido la de poder equipar una unidad antigravedad que le permitiría levantar la masa entera hacia su nave. Una vez que estuviera en casa, los científicos se encargarían de ello. Pero ahora...

Mostró sus dientes en una sonrisa lobuna y encendió la gran lámpara que había instalado. Una blanca luz alumbró la tumba, haciendo brillar oscuramente los monstruosos bultos de cosas que no podría usar, la sabiduría y las técnicas de una raza que había dominado las estrellas y había movido planetas y durado cincuenta millones de años. Quizá podría hacer funcionar algo antes de que llegara el enemigo. Quizá podría barrerlos en un demoníaco escobazo -igual que un héroe de estereofilme, se mofó su mente- o quizá podría simplemente destruirlo todo, para alejarlo de las manos de los Janyards.

Tendría que haber estado preparado para esto. Tendría que haber activado una bomba, para hacer volar la pirámide entera hacia el infierno...

Con un esfuerzo, interrumpió la frenética carrera de su mente y miró a su alrededor. Había pinturas en la pared, oscurecidas por el tiempo, pero aún legibles, pictogramas, quizá

hechos para quien encontrara el tesoro. Se veían los hombres de Nuevo Egipto, apenas distinguibles de los humanos: oscuros de piel y cabello, delgados de figura, altos y majestuosos y vestidos de luz viviente. El había prestado atención a una representación. Mostraba una serie de acciones, como una vieja tira de comics: un hombre con un objeto de cristal, colocándoselo sobre su cabeza, poniendo en funcionamiento un pequeño interruptor. Había estado tentado de intentarlo, pero, dioses, ¿qué es lo que sucedería?

Encontró el casco y se lo deslizó cautelosamente sobre su cráneo. Podía ser un tipo de última esperanza para él. La cosa era fría y suave y dura, se ubicó sobre su cráneo con una poderosa lentitud que era extrañamente... *viva.* Tembló y se volvió nuevamente hacia las máquinas.

Esta cosa con este largo tubo enrollado..., ¿un proyector de energía de algún tipo? ¿Cómo se podía activar? Fuego del Infierno, ¿cuál sería el morro?

Escuchó el débil golpeteo de pies, acercándose a través de los insondables pasadizos. Dioses, gruñó. No perdían el tiempo.

No habían necesitado... Un detector de metal habría localizado su nave, les habría dicho que estaba en la pirámide en lugar de en cualquiera de la docena de lugares desparramados por el valle. Y rastreadores de energía les habrían guiado hacia aquí.

Apagó la luz y se agachó en la oscuridad detrás de una de las máquinas. El arma le pesaba en la mano.

Una voz le habló a través de la puerta:

-Es inútil, hombre del Sol. ¡Salga de ahí!

Mordió una respuesta y se quedó quieto, esperando.

Una voz de mujer tomó la palabra. Era una buena voz, pensó sin querer, baja y bien modulada, pero tenía un tono de acero. Estos Janyards eran duros; incluso sus mujeres guiaban tropas y pilotaban naves y mataban hombres.

-Ya puede rendirse, hombre del Sol. Todo lo que ha hecho ha sido evitarnos trabajo a nosotros. Sospechábamos que se haría una tentativa en este sentido. Faltándonos los registros arqueológicos, poco podíamos haber hecho nosotros, pero desde que mis fuerzas fueron estacionadas cerca de este sol, he tenido una nave en órbita alrededor del planeta con los detectores completamente abiertos. Le hemos seguido cuando bajaba, y le dejamos trabajar, y ahora estamos aquí para obtener los resultados de ese trabajo.

-Marchaos -farfulló él desesperadamente-. He puesto una bomba. Marchaos o la pondré en funcionamiento.

La risa era dura con recriminación.

-¿Cree que no lo sabríamos si lo hubiese hecho? Ni siquiera tiene un traje espacial. Salga con las manos en alto o inyectaremos gas en la tumba.

Los dientes de Laird brillaron en una espantosa mueca.

-Bien -gritó, comprendiendo sólo a medias lo que estaba diciendo-, Bien, ¡vosotros lo habéis querido!

Fue como un fogonazo en su cerebro, un rugido sin sonido hendiendo la oscuridad. Gritó, semiloco con la furia que le penetró, sintiendo el terrorífico golpeteo a lo largo de cada nervio y de cada tendón, sintiendo derrumbarse sus músculos y su cuerpo golpeando el suelo.

Las sombras se cerraron, rugiendo y aullando, noche y muerte y el naufragio del universo, y muy arriba todo lo que oyó fueron risas.

Yacía desparramado al lado de la máquina, doblándose y gimiendo. Le habían oído, fuera en los túneles, y con lenta precaución entraron y se quedaron a su lado observando sus espasmódicos movimientos hasta que quedó completamente quieto.

Eran altos y bien formados los Janyards rebeldes; la Tierra había enviado a sus mejores representantes para colonizar los mundos de Sagitario, trescientos años antes. Pero la larga y cruel batalla, conquistando y construyendo y adaptándose a planetas que nunca fueron ni serían la Tierra, los había cambiado, endureciendo su mente y helando algo en sus almas.

Al principio fue una disputa sobre tarifas y derechos aduaneros lo que les llevó a rebelarse contra el Imperio; actualmente era una nueva cultura gritando para vivir, una cosa nacida del fuego y de la soledad y del gran vacío entre las estrellas, la salvaje rebelión de un niño mutante. Se mantuvieron impasibles observando su cuerpo hasta que se quedó quieto. Luego uno de ellos se adelantó y quitó el reluciente y cristalino casco.

-Debió pensar que era algo que podría haber usado en contra nuestra -dijo el Janyard, dando vueltas al casco en sus manos-; pero no estaba adaptado para su tipo de vida. Los antiguos dueños parecen humanos, pero no creo que lo fueran más que superficialmente.

La mujer comandante le miró con una cierta pena.

-Era un hombre valiente -dijo.

-Esperen, aún está vivo, señora; se está sentando...

Daryesh forzó el cuerpo que se movía para que se apoyara sobre manos y rodillas. Sintió su malestar, agarrotado y frío en su garganta y en sus nervios y músculos, y sintió la irritación del miedo y de la urgencia en el cerebro. Los que le rodeaban eran enemigos. Había muerte para un mundo y una civilización. Más que nada, sintió el horrible entumecimiento de su sistema nervioso, sordo, mudo y ciego, bloqueado en su envoltura de huesos y emergiendo sólo a través de cinco débiles sentidos...

Vwyrdda, Vwyrdda, era un prisionero en un cerebro sin un lóbulo de transmisión telepática. ¡Era un fantasma reencarnado en una cosa que era la mitad de un cuerpo!

Fuertes brazos le ayudaron a levantarse.

-Fue un intento estúpido -dijo la fría voz de la mujer.

Daryesh sintió que la fuerza le volvía cuando los sistemas nervioso, muscular y endocrino encontraban un nuevo equilibrio, mientras que su mente luchaba contra la farfullante locura que había sido Laird. Aspiró una bocanada de aire. Aire en su nariz... ¿después de cuánto? ¿Cuánto tiempo había estado muerto?

Sus ojos enfocaron a la mujer. Era alta y atractiva. El cabello rojizo se esparcía desde debajo de un gorro puntiagudo; los ojos azules ligeramente separados le miraban francamente desde un rostro esculpido en líneas limpias y fuertes curvas y fresco y joven colorido. Por un momento pensó en liorna, y la vieja enfermedad rosa; luego ahogó este pensamiento y miró nuevamente a la mujer, sonriéndole.

Era una mueca insolente, y ella se endureció con enojo.

-¿Quién es usted, hombre del Sol? -preguntó.

El significado era suficientemente claro para Daryesh, que tenía los modelos memorísticos y los hábitos lingüísticos de su anfitrión al igual que los de Vwyrdda. Contestó claramente:

-Teniente John Laird de la Armada Imperial Solar, a sus órdenes. ¿Y su nombre?

-Se está excediendo -respondió ella con voz helada-. Pero puesto que quiero interrogarle extensamente... Soy la capitana Joana Rostov, de la Flota de Janyard. Condúzcase como corresponde.

Daryesh miró a su alrededor. Esto no estaba bien. No tenía tiempo de buscar en la mente de Laird ahora, pero estaba suficientemente claro que ésta era una fuerza de enemigos. Los buenos y malos de una disputa años después de la muerte de todo lo que había sido Vwyrdda le importaba muy poco, pero tenía que saber más acerca de la situación para poder elegir con libertad. Especialmente porque Laird daba señas de revivir y comenzaría a resistirse.

La vista familiar de las máquinas era al mismo tiempo tranquilizadora y enervante. Había poderes aquí que podían hacer estallar planetas. Esta cultura sucesora parecía bárbara, y en cualquier situación la decisión de usar ese poder infernal debía ser suya. Su cabeza se levantó en un gesto de inconsciente arrogancia. *¡Suya!* Ya que era el último hombre de Vwyrdda, y ellos eran los constructores de las máquinas y la herencia le pertenecía.

Tenía que huir.

Joana Rostov le estaba mirando con una extraña mezcla de fuerte sospecha y una casi asustada perplejidad.

-Hay algo raro en usted, teniente -dijo-. No se comporta como un hombre que acabara de intentar volarlo todo. ¿Para qué servía el casco?

Daryesh se encogió de hombros.

-Era parte de un ingenio de control -dijo con facilidad-. En mi estado de excitación fallé al ajustarlo. No hay problema. Hay muchas máquinas aquí.

-¿Para qué sirven?

-Oh, todo tipo de usos. Por ejemplo, esa que se ve allí es un desintegrador nucleónico, y éste es un escudo protector, y...

-Está mintiendo. No puede saber sobre esto más de lo que nosotros sabemos.

-¿Debo probarlo?

-Por supuesto que no. ¡Salga de ahí!

Fríamente, Daryesh estimó las distancias. Tenía toda la superior coordinación psicosomática de su raza, el entrenamiento evolucionado durante millones de años, pero los componentes subcelulares podían fallarle. Aun así... tenía que intentarlo.

Se arrojó sobre el Janyard que estaba a su lado. Con una mano lo cogió de la laringe, con la otra de la túnica, y lo arrojó sobre el hombre que había detrás. En el mismo movimiento, Daryesh saltó sobre los cuerpos que caían, cogió el rifle que uno de ellos había dejado caer y lo tiró sobre el interruptor del escudo protector magnético con su largo cilindro.

Las armas dispararon en la oscuridad. Las balas explotaban y se derretían sobre el fantástico campo magnético. Daryesh, que estaba detrás de él, salió corriendo por la puerta y por el túnel.

Estarían detrás de él en segundos, pero este cuerpo era fuerte y tenía largas piernas y él estaba sintiendo que lo era. Corría fácilmente, respirando en coordinación con cada movimiento, conservando su fuerza. No podía hacerse cargo del control de las funciones involuntarias aún; el sistema nervioso era también diferente, pero podría durar largo rato a este paso.

Se zambulló en un pasadizo lateral recordado. Un rifle disparó una lluvia de balas detrás de él cuando alguien atravesó el campo magnético. Se rió entre dientes en la oscuridad. A no ser que hubieran hecho un mapa de todos los laberintos, giros y vueltas de los túneles, o tuvieran detectores de energía vital, nunca hallarían sus huellas. Se perderían y vagabundearían hasta que murieran de hambre.

Aun así, esa mujer tenía un buen cerebro. Ella había adivinado que estaba buscando la superficie e intentaba cortarle la salida. Podría lograrlo. Siguió corriendo.

Era largo y oscuro y. vacío, frío con el tiempo. El aire era seco y polvoriento, poca humedad debía quedar en Vwyrdda. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo había pasado?

John Laird se movía hacia la consciencía, aturdidas neuronas deslizándose dentro de familiares pasillos, el modelo de lo que era la personalidad luchando para restaurarse. Daryesh tropezó cuando la mente, que buscaba a tientas, envió una orden fortuita a sus músculos; maldijo y deseó que la otra parte de su ser se volviera hacia la nada. Mantenlo, Daryesh, mantenlo, sólo unos pocos minutos...

Salió por una pequeña entrada lateral y se mantuvo en la derrumbada desolación del valle. El fino y tenue aire raspó sus sollozantes pulmones mientras miraba salvajemente a su alrededor, a la arena y las piedras y a las estrellas alienígenas. Nuevas constelaciones... Dioses, ¡había sido un largo tiempo! La luna era más grande de lo que recordaba, inundando el muerto paisaje con helada y plateada luz. Debía de haberse acercado en estos incontables años.

¡La nave! Fuegos del infierno, ¿dónde estaría la nave?

Vio la nave de Janyard no muy alejada, un largo y delgado torpedo descansando en las dunas, pero podía estar custodiada; no podría robarla. Entonces, ¿dónde estaría la nave de este Laird?

Tambaleándose a través de una confusión de recuerdos alienígenas, recordó haberla enterrado en el. lado oeste... No, no había sido él quien la había escondido, sino Laird. Condenación, tendría que trabajar rápidamente. Se precipitó alrededor de la monstruosamente erosionada pirámide, encontró el gran montículo, vio el brillo de la luna en el lugar en el que el viento había barrido la arena del metal. Qué cacharro desmayado era este Laird.

Quitó la arena de la compuerta de entrada, apartándola con las manos; el aliento roía su garganta y sus pulmones. En cualquier momento estarían sobre él, en cualquier instante, y ahora que realmente creían que entendía las máquinas...

La compuerta brilló apagadamente ante sí, fría bajo sus manos. Abrió la compuerta exterior, sudando con frenética emoción, extraña en la antigua Vwyrdda; pero era el hábito de su anfitrión, que no estaba entrenado psicosomáticamente, sin evolucionar... ¡Ya llegaban!

Vaciando el rifle robado, Daryesh disparó una vibrante ráfaga al grupo que aparecía alrededor del borde de la pirámide. Trastabillaron como muñecos de resorte, gritando a la luz de la luna de color blanco. Las balas bailaron a su alrededor y recortaron el casco de la nave.

Logró abrir la compuerta cuando ellos volvían a la carga. Por un instante, sus dientes brillaron bajo la luna, la fría mueca de Daryesh, el soldado que había gobernado mil soles en su día y había guiado la flota de Vwyrdda.

-Adiós, amigos -murmuró, y las recordadas sílabas del antiguo planeta sonaron suavemente en su lengua.

Cerrando la compuerta detrás de él, corrió hacia el cuarto de control, dejando que los hábitos casi inconscientes de Laird le guiaran. Salió con un torpe comienzo..., pero pronto estuvo trepando en el cielo, libre y alejándose...

Un puño le golpeó en la espalda, lo arrojó en su silla de piloto hacia el ensordecedor rugido del metal roto. Dioses, oh, dioses. Los Janyards habían disparado un arma pesada de la nave, habían acertado un golpe directo y la nave caía dando vueltas hacia la superficie otra vez.

Ceñudamente, estimó que el ímpetu inicial le había dado una buena trayectoria, por lo que caería en las colinas, a más de cien kilómetros al norte del valle. Pero luego tendría que correr; estarían detrás de él como bestias de rapiña en sus naves... y John Laird no podía ser olvidado tampoco; los músculos se estaban retorciendo y los tendones se estiraban y la garganta temblaba mientras la resurgiente personalidad luchaba por reimplantarse. ¡Esa era una batalla que tendría que afrontar pronto!

Bien... mentalmente, Daryesh se encogió de hombros. En el peor de los casos se podría rendir a los Janyards, hacer una causa común con ellos. Realmente no le importaba quién ganara esta estúpida y pequeña guerra. Tenía otras cosas que hacer.

Pesadilla. John Laird se agachó en un hoyo barrido por el viento y miró sobre las colinas alumbradas por la helada luz de la luna. A través de ojos extraños, vio la nave Janyard aterrizando cerca del lugar en el cual había caído su nave, vio el brillo metálico cuando salían a buscarle, a cazarle. A cazarle *a él.*

¿O ya no era él, sino un mero prisionero en su propio cráneo? Pensó nuevamente recuerdos que no eran suyos, recuerdos de sí mismo pensando pensamientos que no eran suyos, él mismo escapando del enemigo mientras que él, Laird, giraba en un negro abismo de semiconsciente locura. Detrás de todo esto recordó su propia vida, y recordó otra vida que había durado mil años antes de morir. Miró la inmensidad de roca y arena y polvo que volaba, y recordó cómo había sido, verde y hermoso, y recordó que él había sido Daryesh de Tollogh, que había gobernado sobre sistemas planetarios enteros bajo el Imperio de Vwyrdda. Y al mismo tiempo era John Laird de la Tierra, y dos corrientes de pensamientos fluían en su cerebro, escuchándose el uno al otro, gritándose el uno al otro en la oscuridad de su cráneo.

¡Un millón de años! Horror y soledad y un arrebato de pena había en la mente de Daryesh cuando observaba las ruinas de Vwyrdda. ¡Hace un millón de años!

«¿Quién eres? -gritó Laird-. ¿Qué me has hecho?»

E incluso mientras preguntaba, memorias que eran suyas se elevaban para responderle.

Habían sido los Erai los que se habían rebelado, los Erai, cuyos padres provenían de Vwyrdda la hermosa, pero que habían sido alterados por siglos de ambientación. Se habían rebelado contra las leyes estáticas de los Inmortales, y en un siglo de guerra habían invadido

la mitad del Imperio y habían reorganizado los pueblos bajo su mando. Y los Inmortales habían desatado sus más terribles poderes, las últimas armas para hacer estallar soles, las cuales habían yacido, prohibidas, en las tumbas de Vwyrdda durante diez millones de años. Sólo... que los Erai. se habían enterado de ello. Y habían tenido las armas ellos también.

Al final, Vwyrdda fue vencida, sus tropas rotas y sus armadas tambaleándose en retirada sobre diez mil planetas quemados. La triunfante Erai había bramado para dar fin al mundo madre, y nada en el poderoso Imperio podría detenerles ahora.

La cultura de ellos era inestable, no podría durar lo que había durado la de Vwyrdda. En diez mil años habrían desaparecido y la galaxia no tendría ni siquiera el recuerdo de lo que habían sido. «Lo que significa poco para nosotros», pensó Laird severamente, y se dio cuenta con un choque helado que ése había sido un pensamiento de Daryesh.

El tono mental del habitante de Vwyrdda fue, repentinamente, conversacional, y Laird sintió la inmensidad del esfuerzo de entrenamiento que había tenido que realizar Daryesh para sobreponerse a la soledad de un millón de años.

«Como ves, Laird, estamos aparentemente condenados a ocupar el mismo cuerpo hasta que uno de nosotros se quite de encima al otro, y es un cuerpo que los Janyard parecen querer. Más que pelearnos el uno con el otro, lo cual dejaría el cuerpo inútil, mejor será que cooperemos.»

«Pero, ¡Señor! ¿Qué piensas que soy? ¿Piensas que quiero un vampiro como tú en mi cerebro?»

La respuesta fue fría y dura:

«¿Y yo qué? Yo, que fui Daryesh de Tollogh, Señor de Mil Soles y amante de liorna la Bella, noble inmortal del más grande imperio que el universo haya visto jamás, estoy ahora atrapado en el cuerpo semievolucionado de un alienígena perseguido, un millón de años después de la muerte de todo lo que realmente tenía importancia. Mejor será que te sientas agradecido de que esté aquí, Laird. Sabes que puedo manipular esas armas.»

Los ojos miraron hacia las desnudas y ventosas colinas, y la doble mente observó las distantes y pequeñas figuras trepando por las rocas, buscando una huella.

«Eso no nos ayudará en nada ahora -dijo Laird-. Además, te oigo pensar, sabes, y puedo recordar tus antiguos pensamientos. Para ti es igual que sea Sol o Janya. ¿Cómo sabré que juegas limpio conmigo?»

La respuesta fue instantánea, pero oscurecida por una risa poco placentera.

«¡Lee mi mente, Laird! Es tu mente también, ¿no es así? -Luego, más tranquilo-: Aparentemente la historia se está repitiendo en la rebelión de los bárbaros contra el planeta madre, aunque en una escala más pequeña y con un menor avance científico. No espero que el resultado sea mucho más feliz para la civilización que el anterior. Por lo tanto, a lo mejor tomo una parte más efectiva que la que tomé antes.»

Era fantasmagórico, yaciendo entre las ruinas barridas por el viento de un mundo muerto, observando a los perseguidores moverse a través de un amargo halo de luz lunar, y teniendo pensamientos que no son propios, pensamientos sobre los cuales no se tiene ningún control. Laird apretó sus puños» peleando por ganar la estabilidad.

«Eso está mejor -dijo la sardónica mente de Daryesh-. Pero relájate. Respira lenta y profundamente, concéntrate en la respiración durante un rato... y luego busca en mi mente, que es también la tuya.»

«¡Cállate! ¡Cállate!»

«Me temo que eso sea imposible. Estamos en el mismo cerebro, como sabes, y nos tendremos que acostumbrar a la corriente del pensamiento del otro. Relájate, hombre, yace quieto; piensa sobre lo que ha sucedido y comprende el problema.»

Dicen que el hombre es un animal limitado por el tiempo. Pero sólo el inmenso deseo v anhelo de Vwyrdda podía haber saltado sobre la muerte misma, y esperado un millón de años para que aquello que había sido un mundo no muriera saliendo definitivamente fuera de toda historia.

¿Qué es la personalidad? No es una cosa, discreta y material, es un modelo y un proceso. El cuerpo comienza con cierta herencia genética y se encuentra con toda la múltiple complejidad del medio ambiente. E] organismo entero es un complejo de reacciones entre las dos. El componente mental primario, algunas veces llamado el ego, no es separable del cuerpo, pero puede de alguna forma ser considerado por separado.

Los científicos habían encontrado una forma de salvar algo de lo que había sido Daryesh. Mientras el enemigo estaba disparando y tronando a las puertas de Vwyrdda, mientras el planeta entero estaba esperando la última batalla y la última noche, tranquilos hombres en el laboratorio habían perfeccionado el explorador molecular de tal forma que los modelos que constituían toda la memoria, hábitos, reflejos, instinto y la continuidad del ego, pudieran ser grabados sobre la estructura electrónica de ciertos cristales. Tomaron el modelo de Daryesh y de ningún otro, porque sólo él, de los Inmortales que aún quedaban con vida, lo deseaba. ¿Quién otro podría querer que su modelo fuera repetido, siglos después de que él mismo estuviera muerto siglos después de que todo el mundo y toda la historia y todo el significado estuvieran perdidos? Pero Daryesh siempre había sido temerario, e liorna estaba muerta, y a él no le importaba demasiado lo que pudiera ocurrir.

¡liorna, liorna! Laird vio la imagen nunca olvidada elevarse en la memoria, de ojos dorados y rientes, de largo cabello negro flotando alrededor de su adorable flexibilidad. Recordó el sonido de su voz y la dulzura de sus labios, y la amó. Un millón de años y ella era polvo flotando en el viento nocturno y la amó con la parte de su ser que era Daryesh y con más de un poco de John Laird... Oh, liorna... Y Daryesh el hombre había ido a morir con su planeta, pero el modelo de cristal que reproducía el ego .de Daryesh yació en la tumba que ellos habían hecho, rodeado de los mejores trabajos de Vwyrdda. Más tarde o más temprano, alguna vez en el infinito futuro del universo, alguien vendría; alguien o algo se pondría el casco en la cabeza y lo activaría. Y el modelo sería reproducido en las neuronas, y la mente de Daryesh viviría otra vez, y él hablaría sobre la muerta Vwyrdda e intentaría renovar la tradición de cincuenta millones de años. Sería el deseo de Vwyrdda, acercándose a través del tiempo. «Pero Vwyrdda está *muerta* -pensó Laird frenéticamente-. Vwyrdda se ha ido, ésta es una nueva historia... ¡no tienes por qué decirnos lo que tenemos que hacer!»

La respuesta fue arrogantemente fría: «Haré lo que crea que debo. Mientras tanto, *te* aconsejo que te mantengas pasivo y no intentes interferir conmigo.»

-¡No, Daryesh! -dijo la boca de Laird con un gruñido-. No permitiré que me ordenes, y menos un fantasma.

La respuesta vino persuasivamente:

«Por el momento, ninguno de los dos tiene mucha opción. Estamos siendo perseguidos, y si tienen rastreadores de energía... sí, veo que los tienen... nos encontrarán mediante las radiaciones térmicas de este cuerpo. Será mejor que nos rindamos pacíficamente.

Una vez a bordo de la nave, cargados con todo el poderío de Vwyrdda, tendremos nuestra oportunidad.»

Laird se mantuvo inmóvil, viendo a los perseguidores acercarse, y la sensación de derrota cayó sobre él como la caída de un mundo entero. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué otra oportunidad tendría?

-Muy bien -dijo al fin audiblemente-. Muy bien. Pero te advierto que estaré observando todos tus pensamientos, ¿entendido? No creo que puedas impedir que me suicide si debo hacerlo.

«Creo que puedo -replicó el otro-. Pero signos opuestos en el cuerpo sólo lograrán neutralizarse el uno al otro, dejándolo inútil peleando consigo mismo. Relájate, Laird, mantente tranquilo y déjame manejar esto. Soy Daryesh el soldado y he afrontado batallas más duras que ésta.»

Se levantaron y comenzaron a caminar bajando por el lado de la colina con los brazos levantados. Los pensamientos de Daryesh corrieron:

«Además..., hay una jovencita muy guapa al frente de esto. ¡Puede ser interesante!»

Su risa sonó bajo la luna, y no era la risa de un ser humano.

-No puedo entenderle, John Laird -dijo Joana.

-Algunas veces -replicó levemente Daryesh- no me entiendo muy bien a mí mismo... o a usted. Ella se envaró un poco.

-Eso tendrá que hacerlo, teniente. Recuerde su posición aquí.

-Oh, el demonio se lleve nuestros rangos y nuestros países. Seamos entidades vivas durante un tiempo.

Su mirada era burlona.

-Esa es una extraña forma de hablar en un hombre del Sol.

Daryesh juró mentalmente. ¡Maldito cuerpo! La fuerza, la fineza de coordinación y percepción, la mitad de los sentidos que había conocido le faltaban. La grosera estructura del cerebro no podía albergar los poderes de la razón que él alguna vez había tenido. Su pensamiento era torpe y lento. Cometía errores que el antiguo Daryesh nunca habría cometido. Y esta joven mujer era rápida para cogerlos, y él era un prisionero de los enemigos mortales de John Laird, y la mente de Laird estaba confundida en pensamiento, memoria y deseos, lista para luchar contra él si él daba el menor signo de...

El ego del hombre del Sol se rió desagradablemente. ¡Tranquilo, Daryesh, tranquilo!

«¡Cállate!», respondió su mente rápidamente, y supo que su propio sistema nervioso entrenado jamás podría haber sido culpable de una respuesta como ésa, infantil y emocional.

-Será mejor que le diga la verdad, capitán Rostov -dijo en voz alta-. No soy Laird. Al menos, ya no.

Ella no respondió, únicamente parpadeó y se recostó en su silla. El notó vagamente qué pestañas tan largas tenía... ¿o era la mente apreciativa de Laird, no atada al recuerdo de liorna?

Estaban sentados solos, los dos, en la pequeña cabina de ella, a bordo del crucero de Janyard. Un guardia estaba en la puerta fuera, pero ésta estaba cerrada. De tiempo en tiempo

se podían oír unos extraños golpes cuando las pesadas máquinas de Vwyrdda eran izadas a bordo; si no fuera por esto podrían haber sido los dos únicos habitantes del desolado planeta.

La habitación estaba amueblada austeramente, pero había toques femeninos aquí y allá: cortinas, un pequeño jarrón de flores, un vestido formal colgado en un armario semiabierto. Y la mujer que estaba sentada frente a él era muy hermosa, con la pelirroja cabellera desatada y cayendo sobre sus hombros y sus brillantes ojos que nunca se apartaban de los suyos. Pero una fina mano siempre descansaba sobre la pistola.

Ella le había hablado francamente: -Tengo que hablar en privado con usted. Hay algo que no entiendo..., pero estaré lista para disparar ante cualquier falso movimiento. E incluso si de alguna forma intentara y lograra dominarme, no tendrá importancia mi rango. Somos Janyards y la nave significa más que la vida de cualquiera de nosotros.

Ahora estaba esperando que él continuara hablando.

Cogió un cigarrillo del escritorio de ella -eran los hábitos de Laird nuevamente-, lo encendió y tomó una bocanada de humo que llegó a sus pulmones.

«Muy bien, Daryesh, adelante. Supongo que tu idea es la mejor, si algo se puede hacer que de alguna manera funcione. Pero recuerda que estoy escuchando.»

-Soy todo lo que queda de este planeta -dijo con una voz neutra-. Este es el ego de Daryesh de Tollogh, Inmortal de Vwyrdda, y en un sentido he muerto hace un millón de años.

Ella se mantuvo quieta, pero él vio cómo se apretaban sus manos y escuchó el agudo y pequeño siseo de la respiración atrapada entre los dientes.

Entonces, brevemente, le explicó cómo su modelo mental había sido preservado, y de qué forma había entrado en el cerebro de John Laird.

-No esperará que me crea esa historia -dijo ella despreciativamente.

-¿Tiene algún detector de mentiras a bordo?

-Tengo uno en esta cabina y lo puedo operar por mí misma. -Se levantó y cogió la máquina de un estante. El la observó, notando la gracia de sus movimientos. «Has muerto hace mucho tiempo, liorna, y el universo nunca conocerá otra como tú. Pero yo continúo, y ella me recuerda a ti de alguna forma.»

Era una pequeña cosa negra que zumbaba y brillaba sobre el escritorio que estaba entre ellos. El se puso el gorro de metal y tocó los soportes con sus manos, y esperó que ella ajustara los controles. De los recuerdos de Laird, recordó el principio de funcionamiento, la medición de la actividad en centros separados del cerebro, la precisa detección de la leve energía extra necesaria para inventar una mentira.

-Tengo que calibrarlo -dijo ella-. Diga algo que yo sepa que es una mentira.

-Nuevo Egipto tiene anillos -sonrió- que están hechos de queso. El cuerpo principal del planeta es un delicioso camembert...

-Eso estará bien. Ahora repita lo dicho anteriormente.

«Relájate, Laird, condenado... ¡ponte en blanco! No puedo controlar esto contigo interfiriendo.»

Contó su historia nuevamente con voz firme, y mientras tanto estaba trabajando dentro del cerebro de Laird, cogiendo el sentimiento de él, aplicando las lecciones de control

nervioso que habían formado parte de su educación en Vwyrdda. Podría ser fácil engañar a un simple instrumento electrónico, elevando la actividad en todos los centros a una extensión tal que un esfuerzo extra de sus células creativas no pudiera ser detectado.

Continuó sin dudar, preguntándose si las oscilantes agujas le delatarían y si el arma de ella le dispararía en el corazón en el momento siguiente.

-Naturalmente, la personalidad de Laird se perdió completamente, al quedar alterados sus esquemas mentales por la sobreimpresión de los míos. Tengo sus recuerdos, pero por lo demás, soy Daryesh de Tollogh, a sus órdenes.

Ella se mordió el labio.

-¡Qué servicio! ¡Ha matado a cuatro de mis hombres!

-Mujer, considere mi situación. Vine a la existencia instantáneamente. Recuerdo estar sentado en el laboratorio debajo del explorador, un leve mareo, y luego, inmediatamente, estaba en un cuerpo alienígena. Su sistema nervioso quedó aturdido por el choque de mi entrada, no podía pensar claramente. Todo lo que podía hacer era continuar con la convicción de Laird de que los que le rodeaban eran sus enemigos mortales, asesinos dispuestos a matarme y hacer volar mi planeta. Actué instintivamente. También quería, bajo mi propia personalidad, ser un agente libre, alejarme y pensar esto por mi cuenta. Lamento la muerte de sus hombres, pero creo que será ampliamente recompensada.

-Se rindió cuando no tenía otra opción.

-Sí, por supuesto, pero ya había decidido hacerlo así en cualquier caso. -Los ojos de ella no se levantaban nunca de las agujas oscilantes que marcarían vida o muerte-. Yo estaba, después de todo, en vuestro territorio, con una pequeña o ninguna posibilidad de salir con bien, y vosotros sois los ganadores de esta guerra que poco me afecta emocionalmente. Como no tengo convicciones de ningún tipo en esta cuestión, creo que la raza humana estará mejor servida con una victoria Janyard. La historia ha demostrado que cuando dos culturas colindantes, una de las cuales es llamada bárbara por el imperio pero que en realidad es nueva y está mejor adaptada al medio, se enfrentan y la nueva obtiene la victoria sobre la vieja y más conservadora, el resultado es una síntesis y un período de desarrollo inusual.

Vio que ella se relajaba visiblemente, y sonrió. Fue tan fácil. Eran tan infantiles en esta edad. Todo lo que tenía que hacer era lanzar un lazo muy suave que se ajustara a la propaganda que había sido su ambiente mental desde su nacimiento, y ella no podría pensar seriamente en él como un enemigo.

La mirada azul se levantó hacia la de él.

-¿Nos ayudará? -preguntó. Daryesh asintió.

-Conozco los principios y la construcción y uso de esos motores, en ellos hay la fuerza suficiente para moldear planetas. Vuestros científicos no podrían nunca encontrar ni la mitad de su significado. Os enseñaré su correcto manejo. -Se encogió de hombros-. Naturalmente esperaré recompensas adecuadas. Pero incluso altruísticamente hablando, esto es lo mejor que puedo hacer: Estas energías deben quedar bajo el control de alguien que las entienda, y no ser manejadas por quien las ignora. Eso podría llevar a inimaginables catástrofes.

Repentinamente ella cogió su arma y la envainó. Se levantó, sonriendo, y le tendió la mano.

El estrechó la mano vigorosamente, y luego se dobló y la besó. Cuando miró hacia arriba, ella se mantenía en la incertidumbre, medio asustada y medio agradada.

«¡No es justo! -protestó Laird-. La pobre chica no ha conocido nunca nada de esto. Nunca ha oído hablar de coquetería. Para ella el amor no es un juego, es algo misterioso, serio y decente...»

«Te dije que te callaras -respondió fríamente Daryesh-. Mira, hombre, aunque tengamos un salvoconducto oficial, ésta es una nave aún llena de hostilidad potencial. Ahora relájate y disfruta de esto.»

El caminó alrededor del escritorio y cogió sus manos nuevamente.

-¿Sabes? -dijo, y su sonrisa le hizo recordar que esto era más que la mitad de verdad-, me haces recordar a la mujer que he amado hace un millón de años en Vwyrdda.

Ella se retiró un poco.

-No puedo asimilarlo -susurró-. Tú..., tú eres viejo, y no perteneces a este ciclo de vida, y lo que debes de pensar y saber me asusta un poco, Daryesh..., me hace sentir como una niña.

-No debes dejar que eso ocurra, Joana -dijo él gentilmente-. Mi mente es joven y está muy sola. -Puso anhelo en su voz-. Joana, necesito alguien con quien hablar. No puedes imaginar lo que significa despertarse un millón de años después de que tu propio mundo ha muerto, más solo que... Oh, déjame venir alguna vez a hablar contigo, como un amigo a otro. Olvidemos el tiempo y la muerte y la soledad. Necesito alguien como tú.

Ella bajó los ojos y dijo con una obstinada honestidad:

-Pienso que sería bueno, Daryesh. Un capitán de astronave no tiene amigos. Me pusieron en este servicio porque tenía aptitudes, y eso es realmente lo que he tenido. ¡Oh, cometas! -Ella forzó una risa-. Al espacio con toda esta piedad de sí mismo. Claro que puedes venir cuando te apetezca. Deseo que sea a menudo.

Hablaron durante largo rato, y cuando él la besó deseándole buenas noches, fue la cosa más natural del universo. Caminó hacia su litera, transferida del calabozo a un pequeño y desocupado compartimento, con su mente en placentera vaguedad.

Yaciendo en la oscuridad, comenzó la silenciosa argumentación con Laird una vez más. «¿Y ahora qué?», preguntó el hombre del Sol.

-Debemos jugar lentamente y con naturalidad -dijo Daryesh pacientemente, como si el tonto no pudiera leerlo directamente en el cerebro común-. Esperemos nuestra oportunidad, pero no actúes por un tiempo. Bajo el pretexto de preparar los proyectores de energía para que entren en funcionamiento, arreglaremos un dispositivo que pueda destruir la nave con un solo interruptor. No lo sabrán. No tienen detectores de fluido espacial. Luego, cuando se nos ofrezca una oportunidad de escapar, haremos saltar ese interruptor y huiremos intentando llegar al Sol. Con mi conocimiento de la ciencia de Vwyrdda, podremos cambiar el sentido de la guerra. Es arriesgado, por supuesto, pero es la única salida que le veo. Y, por todos los cielos, déjame llevar este asunto. Se supone que estás muerto.

-¿Y qué sucederá cuando hayamos resuelto este asunto? ¿Cómo puedo deshacerme de ti?

-Francamente, no veo forma de hacerlo. Nuestros modelos se han entremezclado demasiado. Los exploradores trabajan necesariamente con el sistema nervioso entero. Tendremos que aprender a vivir juntos. -Persuasivamente, añadió-: Será para tu propio beneficio. ¡Piensa, hombre! Podremos hacer lo que queramos en el Sol. En la galaxia.

Prepararé un tanque de vida y nos haremos un nuevo cuerpo, al cual transferiremos nuestros modelos mentales, un cuerpo con toda la inteligencia y habilidades de Vwyrdda, y lo inmortalizaré. ¡Hombre, nunca morirás!

No era un proyecto demasiado agradable, pensó escépticamente. Sus propias posibilidades de dominar la combinación serían muy escasas. Con el tiempo, su propia personalidad sería completamente absorbida por la de Daryesh, que era más fuerte.

Por supuesto..., un psiquiatra.,,, narcóticos, hipnosis...

-¡No, no lo harás! -dijo Daryesh severamente-. Estoy tan orgulloso de mi personalidad como tú de la tuya.

La boca que les pertenecía a ambos se movió extrañamente en la oscuridad.

«Imagino que tendremos que aprender a amarnos mutuamente», pensó Laird.

El cuerpo se sumió en el descanso. En ese momento las células de Laird estaban dormidas, su personalidad se hundió en una tierra de sombras de sueños. Daryesh permaneció despierto un rato más largo. Sueño..., gasto de tiempo..., los Inmortales nunca habían estado sujetos a la fatiga...

Se rió para sí mismo. Qué lío de mentiras y contramentiras se había formado. Si Joana y Laird supieran...

La mente es una cosa intrincada. Puede concebir hechos sobre sí misma, hacer que ella misma olvide lo que es doloroso de recordar, persuade a sus altos componentes de cualquier cosa que el subconsciente estime que es correcto. Racionalización, esquizofrenia, autohipnosis, son sólo pálidas indicaciones de lo que puede hacer el cerebro. Y el entrenamiento de los Inmortales incluía una completa coordinación de las neuronas; podían usar conscientemente los poderes latentes en sí mismos. Podían, mediante un acto de deseo consciente, detener el corazón, o bloquear el dolor, o separar sus propias personalidades.

Daryesh había sabido que su ego estaría peleando con el que fuera su anfitrión, y había hecho preparativos. Sólo una parte de su mente estaba en contacto con la de Laird. Otra sección, separada de la corriente central mediante una deliberada y controlada esquizofrenia, estaba pensando sus propios pensamientos y haciendo sus propios planes. Hipnotizándose a sí mismo, automáticamente reunía su ego cuando Laird no lo notaba; de otra forma sólo había contacto subconsciente. En efecto, un compartimento privado de su mente, inaccesible para Laird, estaba haciendo sus propios planes.

Ese destructivo interruptor sería colocado para que satisficiera la personalidad despierta de Laird, pensó. Pero nunca sería utilizado. Porque él le había dicho a Joana parte de la verdad: su propio interés estaba con los Janyards, y él haría que ellos llegaran a la victoria final.

Sería relativamente fácil deshacerse de Laird temporalmente. Persuadirle de que por alguna razón era recomendable que no apareciera. El ego de Daryesh, mejor controlado que el de Laird, podría continuar consciente mientras el de Laird estuviese apartado.

Entonces podría hacer todos los arreglos con Joana, la cual para ese tiempo estaría lista para hacer lo que él quisiera.

Psiquiatría... sí, esa breve idea de Laird había sido la correcta. Los métodos de tratamiento de la esquizofrenia podrían, con algunas modificaciones, ser aplicados para suprimir la personalidad extra de Daryesh. Tendría que anular a Laird... permanentemente.

Y después de eso vendría su nuevo cuerpo inmortal, y centurias y milenios en que podría hacer lo que quisiera con esta nueva civilización.

El demonio exorcizando al hombre... hizo una mueca soñolienta. Ahora dormiría»

La nave viajaba a través de una noche de estrellas y distancia. El tiempo no tenía significado, era la posición de unas manecillas en un reloj, era la sucesión de sueño y comida, era el lento rodar entre constelaciones mientras engullían años-luz, la ronda de trabajo y comida y sueño y Joana. Laird se preguntaba si alguna vez terminaría. Se preguntaba si no sería el Holandés Errante, vagando por la eternidad, encerrado en su propio cráneo con el ser que le había poseído. En esos momentos el único consuelo estaba en los brazos de Joana. Absorbieron la salvaje y juvenil fuerza de ella, y él y Daryesh eran uno solo. Pero más tarde...

-Nos vamos a unir a la Gran Flota. La has oído, Daryesh. Está haciendo una peregrinación triunfal para unirse al poder de Janya, trayendo las invencibles armas de Vwyrdda a su almirante.

-¿Por qué no? Es joven y ambiciosa, quiere gloria, igual que tú. ¿Qué hay de malo en eso?

-Tenemos que escapar, antes de que llegue allí. Tenemos que robar un bote salvavidas y destruir esta nave y todo lo que hay en ella lo más pronto posible.

-¿Todo lo que hay en ella? ¿A Joana Rostov también?

-Condenación, la raptaremos o algo así. Sabes que estoy enamorado de ella, demonios. Pero es un asunto que importa a toda la Tierra. Este solo crucero tiene suficiente poder en él como para destruir un planeta. Tengo parientes, hermanos, amigos... una civilización. ¡Tenemos que actuar!

-Muy bien, muy bien, Laird. Pero tómatelo con calma. Tenemos que instalar los ingenios de energía primero. Tenemos que demostrarles nuestra complacencia para alejar las sospechas. Joana es la única persona de a bordo que confía en nosotros. Ninguno de sus oficiales lo hace.

El cuerpo y la doble mente trabajaban, mientras los lentos días pasaban, dirigiendo a los técnicos de Janyard, que no sabían lo que construían. Laird, buscando en la mente de Daryesh, sabía qué gigante dormía en esos cables y tubos y campos de energía visibles. Allí había fuerzas para atacar los grandes poderes creativos del universo y volverlos hacia la destrucción: distorsión del espacio-tiempo, átomos disolviéndose en energía pura, vibraciones para alterar la estabilidad de los campos de fuerza que mantenían el orden en el universo. Laird recordaba las ruinas de Vwyrdda y temblaba.

Lograron hacer un proyector montado y que operaba, y Daryesh sugirió que se detuvieran en algún lugar para hacer una demostración. Tomaron un planeta desnudo en un sistema deshabitado y se situaron en una órbita a ochenta mil kilómetros de distancia. En una hora, Daryesh había convertido la cara del hemisferio en un mar de lava.

-Si estos anticampos siguieran funcionando -dijo ausentemente-, dejaría el planeta convertido en trozos.

Laird vio las pálidas y aterrorizadas caras que había a su alrededor. El sudor brillaba en las frentes, y un par de hombres parecían enfermos. Joana olvidó lo suficiente su posición como para venir temblando a sus brazos.

Pero la expresión que adoptó casi inmediatamente era exultante y alegre, con la irreflexiva crueldad de un halcón.

-¡Ese es el fin de la Tierra, caballeros!

»Nada que ellos tengan puede detenernos -murmuró soñadoramente-. Esta sola nave, protegida con una de esas pantallas espaciales de que has hablado... esta sola y pequeña nave podría destrozar el Sistema Solar.

Daryesh asintió. Era enteramente posible. No se requería demasiada energía, dado que los generadores de Vwyrdda servían sólo como catalizadores, desencadenando fantásticas y enormes fuerzas. Y el Sol carecía de la ciencia defensiva que permitiría a su mundo mantenerse durante un tiempo. Sí, podría hacerse.

Se envaró con el repentino y furioso pensamiento de Laird: «¡Eso es, Daryesh! Esa es la respuesta.»

La corriente de pensamiento era de ambos, fluyendo a través del mismo cerebro, y aun así era simple. Podían tener la nave entera armada. Y puesto que ninguno de los técnicos de a bordo entendía las máquinas, y ahora todos confiaban, podrían instalar controles robot sin que nadie lo supiera.

Entonces... la masa de la Gran Flota de Janya... un golpe en el interruptor principal... energías mortales para los hombres fluirían hacia el interior de los cruceros, y sólo cadáveres quedarían a bordo. Hombres muertos y los robots que abrirían fuego sobre la flota. Esta sola nave podría arruinar las esperanzas de los bárbaros en unas pocas explosiones de increíble llama. Y los robots podrían estar preparados para destruir la flota también, para que los Janyards que quedaran no pudieran subir a bordo.

«Y nosotros..., nosotros podemos escapar con la confusión inicial, Daryesh. ¡Podemos ordenar a los robots que no toquen el compartimento del capitán, podemos hacer abordar a Joana y directos hacia el Sol! ¡No quedará nadie que nos persiga!»

Lentamente, la mente del Vwyrdda respondió:

«Un buen plan, un buen golpe. ¡Lo haremos!»

-¿Qué ocurre, Daryesh? -la voz de Joana estaba repentinamente ansiosa-. Pareces...

-Sólo estaba pensando, eso es todo. Nunca piense, capitán Rostov, es malo para el cerebro.

Más tarde, cuando la besaba, Laird se sintió enfermo ante su pensamiento de traición. Sus amigos, su mundo, su causa..., barridos en una simple explosión destructora, y él sería el causante. Se preguntaba sí ella le volvería a hablar alguna vez después de que todo hubiera acabado.

Daryesh, el demonio sin corazón, parecía encontrar un sardónico placer ante la situación.

Y más tarde, cuando Laird dormía, Daryesh pensó que el esquema del joven era bueno. Ciertamente haría lo necesario para que Laird se mantuviera ocupado con él hasta que llegaran al lugar de la cita con la Gran Flota. Y después de eso sería demasiado tarde. La victoria Janyard estaría asegurada. Todo lo que él, Daryesh, tendría que hacer cuando llegara el momento era mantenerse alejado del interruptor principal. Si Laird intentaba llegar a él, los deseos opuestos de los dos darían como resultado la nulidad, lo que significaba la victoria para Janya.

Librodot

Le gustaba esta nueva civilización. Tenía una frescura, un vigor y esperanzas que no podía encontrar en los recuerdos de la Tierra de Laird. Tenía propósitos que esperaba poder llevar a la práctica. Y siendo jóvenes y fluidos, serían más fáciles de manejar con los métodos, como la psicología que él deseara aplicar.

«Vwyrdda -susurró su mente-. Vwyrdda, lo haremos a tu imagen y semejanza. ¡Vivirás otra vez!»

¡La Gran Flota!

Un millón de naves principales y sus auxiliares yacían en formación junto a una oscura y roja estrella, unidas y girando en la misma órbita. Contra la incandescente blancura de las estrellas de las viejas profundidades, armados flancos brillaban como llamas, tan lejos como la vista podía seguirlos, lado contra lado, atadura contra atadura, como titánicos tiburones nadando a través del espacio: armas y armamentos y torpedos y bombas y hombres para destruir un planeta y una civilización. La vista era demasiado grande, la imaginación no podía dar el salto, y la mente humana tenía sólo una leve impresión de vastedad detrás de la vista.

Esta era la gran punta de lanza de Janya, una brillante lanza apuntando para atravesar las débiles defensa del Sol y salir rugiendo del cielo para hacer caer una lluvia infernal sobre la cabeza del Imperio,

«No podrán volver a ser humanos -pensó enfermizamente Laird. El espacio y la extrañeza los había cambiado demasiado. Ningún ser humano podía pensar en destruir el hogar del Hombre. Entonces, fieramente-: Muy bien, Daryesh. ¡Esta es nuestra oportunidad! »

«Aún no, Laírd. Espera un poco. Espera hasta que tengamos un motivo legítimo para dejar la nave.»

«Bien..., ven hacia el cuarto de controles conmigo. Quiero quedarme cerca de ese interruptor. ¡Señor, todo lo que es el Hombre depende de nosotros!»

Daryesh estuvo de acuerdo con cierta reluctancia que débilmente tocó la parte de su mente abierta a Laird. La otra mitad, escondiéndose hondamente en su subconsciente, sabía la razón: estaba esperando la señal poshipnótica, el hecho clave que podría disparar la emergencia en los más altos centros cerebrales.

La nave tenía un aspecto de mezcolanza y de cosa sin terminar. Todo el armamento convencional había sido quitado y las máquinas de Vwyrdda habían sido colocadas en su lugar. Un cerebro robot, semivivo en su complejidad, era el disparador y el piloto y la inteligencia rectora de la nave ahora, y sólo la doble mente de un hombre sabía qué ordenes se le habían dado en realidad.

«Cuando el interruptor principal sea disparado, inundarás la nave con diez unidades de radiación disruptiva. Entonces, cuando la nave pequeña del capitán se haya alejado suficientemente, destruirás esta flota, salvando sólo esa nave. Cuando no haya más naves en condiciones operacionales, activarás los desintegradores y disolverás esta nave entera y todo su contenido en energía básica.»

Con una cierta satisfacción mórbida, Laird miró hacia el interruptor. Un tipo de doble interruptor de los más simples. «Señor del Espacio, ¿es posible, es lógico que toda nuestra historia dependa del ángulo que haga en el panel de control?» Mantuvo sus ojos alejados, mirando a las naves y al más grande brillo de las estrellas, encendió un cigarrillo con manos temblorosas, caminó, sudó y esperó.

Joana vino hacia él; una pareja de tripulantes marchaban solemnemente detrás de ella. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban sonrojadas y la luz de la torreta se desparramaba sobre su cabello, que parecía cobre derretido. Ninguna mujer, pensó Laird. había sido nunca tan encantadora. Y él iba a destruir todo aquello por lo que ella había dado su vida.

-¡Daryesh! -la risa bailaba en su voz-. Daryesh, el Alto Almirante quiere vernos en la nave insignia. Probablemente pedirá una demostración, y entonces pienso que la flota marchará sobre el Sol al momento, con nosotros en la vanguardia. ¡Daryesh..., oh, Daryesh, la guerra está a punto de concluir!

¡Ahora!, zumbó el pensamiento de Laird, y su mano se alargó hacia el interruptor principal. Ahora... fácilmente, casualmente, con una acotación de dejar a los generadores que se calienten... y luego ve con ella, ¡domina a los dos guardias y derecho hacia casa!

Y la mente de Daryesh se reunió frente a la señal, y la mano se heló.

¡No!

¿Qué? Pero...

La memoria de la suprimida parte de la mente de Daryesh estaba abierta para Laird, y el triunfo en ella, y Laird se enfrentó con su derrota.

Tan simple, tan cruelmente simple: Daryesh le podía detener, encerrar su cuerpo en un conflicto de deseos, y eso sería suficiente. Porque mientras Laird dormía, mientras la parte mayor del ego de Daryesh estaba inconsciente, el entrenado subconsciente de Daryesh había tomado la iniciativa. Había escrito, en su propio sonambulismo, una carta para Joana explicándole toda la verdad, y la había puesto al alcance de la mano de forma que la pudiera encontrar en seguida entre sus efectos en busca de una explicación para su parálisis. Y la carta, entre otras cosas, decía que el cuerpo de Daryesh debería ser mantenido bajo vigilancia hasta que ciertos métodos conocidos por la ciencia de Vwyrdda -drogas, ondas eléctricas, hipnosis- hubieran sido aplicados para erradicar la parte de su cerebro que era Laird. La victoria de Janyard estaba cerca.

-¡Daryesh! -la voz de Joana pareció llegar desde un lugar inmensamente lejano; la cara de ella bañada en pena y en un rugido de desmayada consciencia-. Daryesh, ¿qué sucede? Oh, querido, ¿qué es lo que va mal?

Ceñudamente, el hombre de Vwyrdda pensó: «Date por vencido, Laird. Ríndete a mí, y podrás mantener tu ego. Destruiré esa carta. Ves, mi mente entera está abierta para ti ahora..., puedes ver que hablo honestamente. Aboliré el tratamiento si es posible, y te debo algo. Pero ríndete ahora, o serás barrido de tu cerebro.»

Derrota y ruina..., y nada, excepto una lenta y distorsionada muerte como recompensa por la resistencia. El deseo de Laird era muy profundo, su mente demasiado caótica para pensar claramente. Sólo llegó un impulso primario:

«Me doy por vencido. Tú ganas, Daryesh.» El cuerpo colapsado se levantó del suelo. Joana estaba doblada sobre él ansiosamente.

-Oh, ¿qué pasa, qué es lo que está mal? Daryesh se incorporó y sonrió débilmente.

-La excitación me ha hecho esto. Aún no gobierno completamente el sistema nervioso alienígena. Estoy muy bien ahora. Vamos.

Laird sacó la mano y empujó el interruptor.

Daryesh gritó, un rugido animal salió de su garganta, y trató de recobrarse, el cuerpo se volvió a tambalear otra vez en un éxtasis de deseos encontrados.

Era como la antesala del infierno, y aun así no era más que la lógica inevitable de los hechos, de la forma que en el propio ego de Laird se había reunido. La mitad de él aún estaba moviéndose ante la derrota, y la otra mitad se estaba dando cuenta de «u victoria; pensó salvajemente:

«Ninguno de ellos se ha dado cuenta de lo que he hecho. Estaban prestando demasiada atención a mi rostro. O si lo hicieron les hemos dicho que ése es un interruptor inofensivo y que sirve para la regulación. Y... ¡las radiaciones letales están fluyendo hasta nosotros! ¡Sí no cooperas ahora, Daryesh, te mantendré aquí hasta que ambos estemos muertos!» Tan simple, tan simple. Porque, compartiendo la mente con Daryesh, Laird había compartido el conocimiento de las técnicas para esconderse a sí mismo. Se había anticipado, con la enterrada parte de *su* mente, por si Daryesh intentaba algún truco, y había instalado una orden poshipnótica de su propiedad. En una situación como ésta en la que todo parecía desesperanzado su mente consciente se debía rendir, y entonces su subconsciente debía ordenar que disparara el interruptor

«¡Coopera, Daryesh ¡Estás tan orgulloso de vivir como yo! ¡Coopera y vámonos de aquí lo antes posible!»

De mala gana y resentido:

«Tú ganas, Laird.»

El cuerpo se levantó otra vez, se recostó sobre el brazo de Joana, y comenzó a caminar hacia donde estaban las naves salvavidas. Los rayos no detectados de la muerte se vertían sobre ellos, apilando sus efectos acumulativos. En tres minutos, el sistema nervioso estaría arruinado. -Demasiado lento, demasiado lento, Joana, ¡de prisa!

-Qué...-Ella se detuvo, y una fuerte sospecha sobrevino en la mente de los dos guardias que iban detrás de ellos-. Daryesh... ¿qué quieres decir? ¿Qué sucede?

—Señora... -Uno de los guardias se acercó a ella-. Señora, me pregunto... Le he visto empujar el interruptor del control central. Y ahora está apresurándose por abandonar la nave. Y ninguno de nosotros sabe cómo funcionan las máquinas.

Laird empuñó el arma que estaba en la cultura de Joana y le disparó. El otro se sorprendió, buscando su propia arma, y el arma de Laird disparó otra vez.

Su puño se abalanzó, dándole a Joana en la mandíbula, y ella se desmayó. La cogió en brazos y comenzó a correr.

Un par de componentes de la tripulación estaban en el corredor que llevaba a los botes salvavidas,

-¿Qué sucede, señora? -preguntó uno.

-Ha sufrido un colapso..., radiación de las máquinas... tengo que llevarla a una nave hospital -dijo Daryesh.

Se hicieron a un lado; quitó las agarraderas de la válvula que sujetaba la nave salvavidas y entró en ella.

-¿Debemos Ir, señor? -preguntó uno de los hombres.

-¡No! -Laird se sintió un poco mareado. La radiación estaba penetrando en su cuerpo, la muerte llegaba a grandes pasos-. No... -Estrelló un puño en la cara del insistente, cerró la compuerta y se dirigió hacia la silla del piloto.

Los motores zumbaron, calentándose. Puños y pies golpeaban en la compuerta. El malestar le hacía tambalear.

«Oh, Joana, sí esto te mata...»

Empujó el interruptor principal de la dirección. La aceleración le hizo caer cuando la nave salvavidas despegaba.

Mirando a través de las compuertas, vio el fuego explotar en el espacio cuando las grandes armas de Vwyrdda se disparaban.

Mi vaso estaba vacío. Pedí que lo volvieran a Henar y me senté preguntándome cuánto de la historia sería lo que uno pudiera creer.

-He leído las historias -dije lentamente-. Sé que una misteriosa catástrofe aniquiló la masa central de la flota de Janya e hizo girar la suerte de la guerra. El Sol se lanzó y ganó en el plazo de un año. ¿Y quieres decir que lo has hecho todo tú?

-De alguna manera. O mejor dicho, lo hizo Daryesh. Estábamos actuando como una sola personalidad, sabes. El era terriblemente realista, y en el momento en que vio su derrota se tornó de todo corazón hacia el lado ganador.

-Pero, ¡Señor! ¿Por qué nunca hemos oído una historia semejante? ¿Quieres decir que nunca se lo has contado a nadie, que nunca has reconstruido alguna de esas máquinas, nunca has hecho nada?

La oscura cara de Laird, un rostro gastado, *esbozó* una tímida sonrisa.

-Ciertamente. Esta civilización no está preparada para esas cosas. Ni siquiera Vwyrdda lo estaba,, y nos llevará millones de años legar a *su* estadio». Además, fue parte del trato.

-¿Trato?

-Sí. Daryesh y yo aún tenemos que vivir juntos, sabes. La vida bajo sospecha de mutuo engaño, nunca confiando en tu propio cerebro, podía haber sido intolerable. Llegamos a un acuerdo durante el largo viaje de regreso al Sol, y usamos los métodos de autohipnosis de Vwyrdda para aseguramos de que a© se rompería.

Miró melancólicamente hacia la noche lunar»

-Ese es el motivo por el que dije que el genio de la botella me mató. Inevitablemente, las dos personalidades se mezclaron, se hicieron una. Y esa una fue, por supuesto, la de Daryesh, que sobrepasa a la de Laird. Oh, no es tan horrible. Retenemos los recuerdos de nuestras vidas separadas, y la continuidad, que es el más básico atributo del ego. De hecho, la vida de Laird era tan limitada, tan ciega para todas las posibilidades y preguntas del universo, que *no* lo lamento por él demasiado a menudo» Una vez cada tanto aún tengo momentos nostálgicos y tengo que hablar con un ser humano. Pero siempre escojo a alguien que no sabe si creerme o *no, y* tampoco podría hacer nada, aunque me creyera.

-¿Y por qué has entrado en la Inspección? pregunté, muy suavemente.

-Quiero obtener una buena visión del universo antes del cambio. Daryesh quiere orientarse, recoger suficiente información para tener bases de decisión seguras. Cuando nosotros... Yo... nos encontremos en el nuevo cuerpo inmortal, habrá trabajo que hacer, ¡una

galaxia para rehacer bajo nuevos y mejores modelos de Vwyrdda! Llevará un milenio, pero tenemos todo el tiempo por delante para nosotros. -Se pasó una mano por su cabello grisáceo-. Pero la parte de Laird del trato fue que deberíamos llevar una vida lo más parecida posible a la normalidad mientras que su cuerpo no fuera suficientemente viejo. Por lo tanto... -Se encogió de hombros-. Así es como ha sucedido.

Estuvimos sentados durante un largo rato, hablando poco, luego se levantó.

-Excúsame -dijo-. Aquí está mi esposa. Gracias por la charla.

Le vi levantarse para encontrarse con una alta y pelirroja mujer, muy guapa. Oí su voz:

-Hola, Joana.

Caminaron alejándose de la habitación, juntos, de una forma perfectamente humana.

Me pregunto qué historia tiene reservada para nosotros.

Librodot

Poderoso antepasado

F. L. Wallace

El árbol familiar del Hombre era lo suficientemente imponente como para darle a cada raza galáctica un complejo de inferioridad, ¡Pero luego intentó trepar por el.

En estado de reposo, Taphetta el Encintado parecía un gigantesco lazo en un paquete imaginario. Sus cuatro piernas lisas sé doblaban formando un lazo hacia afuera y hacia adentro, las punías recogidas bajo su largo y delgado cuerpo, que constituía el nudo en el medio. Su cuello también era liso, arqueado y formando otro lazo. De toda su figura sólo su cabeza tenía un apreciable grosor, y estaba coronada por una docena de largas aunque angostas cintas.

Taphetta hizo sonar como una matraca las frondas de la cabeza en una sorprendente y buena imitación del habla.

-Sí, he oído la leyenda.

-Es más que una leyenda -dijo Sam Halden, biólogo. La reacción no era inesperada; los no humanos tendían a subvalorar los datos como una mera especulación y nada más-. Hay por lo menos cien tipos de humanos, cada uno de los cuales supuestamente originado en estricto aislamiento al igual que en planetas ampliamente desparramados. Obviamente no hubo contacto a través de las edades antes de los viajes espaciales... *¡y aun así cada raza planetaria puede cruzarse con un mínimo de otras diez!* Eso es más que una leyenda... ¡infernalmente más que una leyenda!

-Es impresionante -admitió Taphetta-. Pero encuentro muy desagradable considerar el hecho de cruzarme con alguien que no pertenece a mi especie.

-Eso es a causa de que vosotros sois únicos -dijo Halden-. Fuera de vuestro propio mundo, no hay nada parecido a vuestra especie, excepto superficialmente, y eso es igual para todas las otras criaturas, inteligentes o no, con la sola excepción de la humanidad. En este momento, nosotros cuatro, aunque sea accidentalmente, representamos bastante bien el espectro del desarrollo humano.

»Emmer, un tipo de Neanderthal, nuestro arqueólogo, está cerca de los comienzos de la escala. Yo soy de la Tierra, cerca del medio, aunque del lado de Emmer. Meredith, lingüista, está al otro lado del medio. Y más allá de ella, acercándose al extremo más alejado, está Kelburn, matemático. Hay una correspondiente extensión de fertilidad. Emmer sólo se pierde la oportunidad de cruzarse con mis iguales, pero hay una posibilidad de que yo pueda cruzarme con Meredith y una similar, aunque menor posibilidad, de que su fertilidad se pueda extender a Kelburn.

Taphetta meneó sus cintas de habla estrambóticamente.

-Pero pensé que estaba probado que algunos humanos se originaron en un planeta, que había una línea de evolución ininterrumpida que podía ser rastreada mil millones de años atrás.

-Usted está pensando en la Tierra -dijo Halden-. Los humanos requieren un cierto tipo de planeta. Es razonable admitir que si los hombres fueron asentados en cien de tales mundos,

armonizaron con las formas de vida nativas en algunos pocos de ellos. Eso es lo que ha sucedido en la Tierra; cuando llegó el Hombre, había una criatura parecida al hombre allí. Naturalmente, nuestros primeros evolucionistas extendieron sus teorías para cubrir los hechos que tenían.

«Pero hay otros mundos en los cuales los humanos que estuvieron allí antes de la Edad de Piedra no están relacionados con nada anterior. Tenemos que concluir que el Hombre no se originó en ninguno de los planetas en los cuales se encuentra. En cambio, ha evolucionado en algún otro lado y luego fue desparramado a través de esta sección de la Vía Láctea.

-Y por lo tanto, para explicar la única raza que puede cruzarse a través de años-luz, habéis creado al poderoso antepasado -comentó secamente Taphetta-. Parece una simplificación innecesaria.

-¿Puede pensar en una explicación mejor? -preguntó Kelburn-. Algo tiene que haber distribuido una especie tan ampliamente, y eso no es el resultado de una evolución paralela..., no cuando cien razas humanas están involucradas, y *sólo* la raza humana.

-No puedo pensar en una explicación mejor. -Taphetta se reajustó las cintas-. Francamente, ningún otro está interesado en las teorías del Hombre sobre sí mismo.

Era fácil entender la actitud. El Hombre era el más numeroso, aunque no siempre el más adelantado; los Encintados tenían una civilización tan alta como nadie en la sección de la Vía Láctea conocida, y había otros; y los humanos eran bastante temidos. Si alguna vez se unían..., pero ellos no coincidían en nada más que en su origen común.

Taphetta el Encintado era un experimentado piloto y podría ser muy útil. Una clara exposición de la posición de ellos era esencial para ayudarle a decidirse.

-¿Ha oído hablar del principio de apareamiento de proximidad? -pregunto Sam Halden.

-Vagamente. La mayoría de la gente lo sabe si ha estado en contacto con el hombre.

-Hemos conseguido nuevos datos y estamos en condiciones de interpretarlos mejor. La teoría dice que los humanos que pueden aparearse con otros es porque alguna vez estuvieron físicamente cercanos. Hemos obtenido una lista de todas nuestras razas arreglada en secuencias. Cuando proyectamos hacia atrás en el tiempo esos sistemas solares en los cuales los humanos han existido antes de los viajes espaciales, tenemos un cierto modelo. Kelburn lo puede explicar mejor.

Si cuerpo normalmente rosado del Encintado se ruborizó ligeramente. El cambio de color fue casi imperceptible, pero fue suficiente para indicar que estaba interesado.

Kelburn se acercó al proyector.

-Sería mucho más fácil si conociéramos todas las estrellas de la Vía *Láctea,* pero como hemos explorado sólo una pequeña porción de ella, podemos reconstruir sólo una aproximación medianamente aceptable a la representación del pasado.

Presionó los controles y las estrellas titilaron en la pantalla.

-Estamos mirando en el plano de la galaxia. Esta es una rama de ella como es hoy en día y aquí están los sistemas humanos. -Presionó otro control, y para propósitos de identificación, ciertas estrellas se volvieron más brillantes. No había un modelo sino un mero desparramamiento de estrellas-. La Vía Láctea entera está rotando. Y mientras que las estrellas en una región determinada tienden a permanecer unidas, también hay un escaso

movimiento. Aquí vemos lo que sucede cuando calculamos la posición de las estrellas en el pasado.

Puntos de luz brillaron y flotaron a través de la pantalla. Kelburn detuvo el movimiento.

-Hace doscientos mil años -dijo.

Las estrellas identificadas seguían ahora una pauta. Estaban espaciadas en intervalos medianamente regulares a lo largo de una curva regular, una herradura que formaba un arco que no se cerraba, aunque si las puntas se extendieran las líneas podían haberse cruzado.

Taphetta se meneó.

-¿Los cálculos matemáticos son correctos?

-Tan ajustados como pueden serlo, dada la complejidad del problema.

-¿Y ésa es la hipotética ruta del desconocido antepasado?

-Es lo más que nos permiten acercarnos nuestros conocimientos actuales -dijo Kelburn-. Por todas partes hay humanos que están relativamente cerca *y* que, sin embargo, no son fértiles, pero siempre se pueden aparear con aquellos que estuvieron próximos a ellos *¡hace doscientos mil años!*

-El principio de apareamiento de proximidad. Nunca lo he visto demostrado -murmuró Taphetta, moviendo sus cintas-. ¿Esa es la única era en que los cálculos son reveladores?

-Más o menos hace cien mil años, aún podemos obtener algo que pueda representar el paso de una nave espacial intentando cubrir una representativa sección de la zona -dijo Kelburn-. De todas formas, tenemos otros caminos para obtener datos. En algunos mundos en los que no hay otros mamíferos, estamos capacitados para situar cronológicamente los primeros fósiles humanos. La evidencia es algunas veces contradictoria, pero creemos que hemos obtenido el tiempo correcto

Taphetta agitó una cinta hacia el esquema.

-¿Y vosotros pensáis que en el lugar en que la curva se cruza está vuestro hogar original?

-Pensamos eso -convino Kelburn-. La hemos acotado hasta llegar a varios años-luz cúbicos... entonces. Ahora es mucho más. Y, por supuesto, si fuera una estrella de movimiento muy rápido, podría estar completamente fuera del campo de nuestra exploración. Pero estamos seguros de que tenemos una buena posibilidad de encontrarla en este viaje.

-Parece como si me tuviera que decidir rápidamente. -El Encintado echó una mirada hacia la pantalla de visión, en la cual otra nave colgaba inmóvil en el espacio al lado de ellos-. ¿Les molesta que haga algunas preguntas más?

-Adelante -invitó sardónicamente Kelburn-. Pero si no es de matemáticas, será mejor que le pregunte a Halden. Es el jefe de la expedición.

Halden se ruborizó; el sarcasmo no era necesario. Era verdad que Kelburn era el tipo humano más desarrollado de los presentes, pero a pesar de que había diferencias, biológicas y en la escala de inteligencia, no eran tan grandes como se pensó en un principio. De todas formas, los no humanos no estaban entrenados en las sutiles distinciones que los hombres hacían entre ellos. Y, más alto o más bajo, él era tan bueno como biólogo como el otro como matemático. Y había una cuestión de entrenamiento; él había estado en muchas expediciones y éste era el primer viaje de Kelburn. Condenación, pensó, eso merecía algún respeto.

El Encintado llamó su atención,

-Aparte de la repentina enfermedad de vuestro piloto, ¿por qué habéis pedido por mí?

-No lo hemos hecho. El hombre se enfermó y requería tratamiento que nosotros no le podíamos ofrecer. Afortunadamente, pasaba una nave y la detuvimos porque hay una distancia de cuatro meses hasta el planeta más cercano. Consintieron en llevarlo hacia atrás y nos dijeron que llevaban un pasajero a bordo que era un experimentado piloto. Tenemos hombres que pueden hacer el trabajo de una forma temporal, pero la región a la que nos estamos dirigiendo, aunque hay mapas, es muy poco conocida. Preferimos tener un experto, y los Encintados son famosos por su habilidad para la navegación.

Taphetta se onduló cortésmente ante la referencia a su habilidad.

-Tenía otros planes, pero no puedo evadirme de las obligaciones profesionales, y en una emergencia de este tipo puedo cancelar cualquier acuerdo previo. Aun así, ¿cuáles son los incentivos?

Sam Halden tosió.

-Los usuales, más algo extra. Hemos copiado el modelo estándar de los Encintados, simplificándolo un poco y añadiendo un tanto por ciento aquí y allá para el piloto y una parte de los beneficios de cualquier descubrimiento científico que hagamos.

-Me siento halagado de que les haya agradado nuestro contrato -dijo Taphetta-, pero yo tengo mi propia versión sin simplificar. Si desean que les acompañe, deberán tomar mi contrato. He venido preparado. -Extendió un rollo fuertemente enrollado que había mantenido en alguna parte de sí mismo.

Se miraron los unos a los otros, mientras que Halden lo cogía.

-Podéis leerlo si lo deseáis -ofreció Taphetta-. Pero os llevará todo él día; está microimpreso. De todas formas, no necesitáis asustaros pensando que os voy a estafar. Es honrado en todos los lugares adonde vamos y nosotros vamos a todas partes en esta sección..., lugares que el hombre nunca ha visto.

No había elección posible si le querían, y ellos le querían.

Además, no se podía cuestionar la integridad de los Encuitados. Halden firmó.

-Bien -se agitó Taphetta-. Enviadlo a la nave; ellos lo enviarán por mí. Y podéis decirle a la nave que puede continuar sin mí. -Restregó sus cintas entre ellas-. Ahora, si me podéis traer los mapas, examinaré la región hacia la que nos dirigimos.

Firmón, de hidropónicos, entró caminando con la cabeza baja y los hombros caídos; era un hombre alto con escaso cabello e igual falta de gracia. Parecía tener dificultad en apartar los ojos de Meredíth, aunque, puesto que él estaba un grado o así más arriba que ella en la escala de apareamientos, no debería estar tan interesado. Pero su planeta había sido inexplicablemente lento en su desarrollo, y él no estaba completamente enterado de cuál era su lugar en la jerarquía humana.

Desdeñosamente, Meredith se ajustó una falda que, unos pocos centímetros más corta, no hubiese sido siquiera una falda, revelando, al hacer esto, sólo cuan largas y hermosas pueden ser unas piernas de mujer. Su pueblo jamás había pensado mucho en la modestia física y, con piernas como ésas, se comprendía el motivo.

Murmurando algo acerca de las mujeres primitivas, Firmón se giró hacia el biólogo.

-Al piloto no le gusta nuestro aire.

-Entonces cámbialo para que le agrade. El está a cargo de esta nave y sabe más cosas acerca de esto de lo que yo sé.

-¿Más que un hombre? -Firmón miró de soslayo a Meredith, y cuando ella consintió en sonreír, añadió tristemente-; He intentado cambiarlo, pero él aún se queja.

Halden respiró profundamente.

-A mí me parece que está muy bien.

-A todos les parece lo mismo también, pero el gusano de cinta no tiene pulmones. Respira a través de un millón de tubos repartidos por su cuerpo.

No adelantaremos nada explicando que Taphetta no era exactamente un gusano, que su evolución había tenido un sentido distinto, y que en ningún sentido era menos complejo que el hombre. Era una paradoja el que algunos humanos biológicamente altos en la escala de evolución no se hubieran desarrollado tanto como algunas razas inferiores y actualmente no estuvieran preparados para la multitud de formas de vida que se encontraban en el espacio. La reacción de Firmón era bastante típica.

-Si él pide un aire más limpio, es a causa de que su sistema lo necesita -dijo Halden-. Haz todo lo que puedas para dárselo.

-No puedo. Esto es lo mejor que puedo conseguir. Taphetta pensó que tú podrías hacer algo acerca de ello.

-Los hidropónicos son tu trabajo. No hay nada que yo pueda hacer. -Halden hizo una pausa pensativamente-. ¿Sucede algo raro con las plantas?

-Adivino que de alguna forma sí, pero aún no estoy seguro.

-¿Qué es, algún tipo de estado tóxico?

-Las plantas están lo suficientemente saludables, pero hay algo que las está masticando a medida que crecen.

-¿Insectos? No debería haber ninguno, pero si los hay tenemos sprays. Usadlos.

-Es un animal -<lijo Firmón-. Hemos intentado el veneno y hemos cogido a unos pocos, pero ahora no quieren tocar la mezcla. He puesto anillos electrónicos sobre algunas trampas. Los animales parecen saber de lo que se trata y nunca hemos podido coger a ninguno de esa forma.

Halden miró ceñudamente al hombre.

-¿Cuánto tiempo hace que dura esto?

-Cerca de unos tres meses. No es malo; se puede convivir con ellos.

Probablemente no era nada de lo que alarmarse, pero un animal en una nave era una molestia, sobre todo a causa de su piloto.

-Cuéntame lo que sabes acerca de ello -dijo Halden.

-Son cosas pequeñas. -Firmón abrió sus manos para indicar el tamaño aproximado-. No sé cómo han entrado, pero una vez que lo han hecho hay muchos lugares para esconderse. -Miró hacia arriba, defendiéndose-. Esta es una nave vieja con equipo nuevo y se esconden

debajo de la maquinaria. No hay nada que hacer, excepto reconstruir la nave desde el casco hacia dentro.

Firmón estaba en lo cierto. El equipo nuevo había sido colocado apresuradamente y ahora había rincones inaccesibles y grietas por todos lados que no podrían ser cerradas sino mediante la total reorganización.

No se podían sentar a esperar y matar a los animales a medida que salieran porque no tenían tantos hombres para usar en ello. Además, el uso de armas en hidropónicos podría causar más daño a lo que estaban intentando proteger que a la plaga. Tendría que inventar otras formas.

Sam Halden se levantó.

-Echaré una mirada y veré lo que puedo hacer.

-También iré yo e intentaré ayudar -dijo Meredith, descruzándose de piernas e inclinándose hacia él-. Tu ama deberá tener algún tipo de privilegios.

Halden se sobresaltó. ¡Así que ella *sabia* que la tripulación le estaba dando ese nombre! Quizá lo había dicho con la intención de descorazonar a Firmón, pero deseaba que no lo hubiera dicho. No ayudaba en nada a la situación.

Taphetta estaba sentado en una silla diseñada para hombres. Con un cuerpo menos flexible no hubiese podido sentarse. Quizá no estaba realmente sentado, pero sus lisas piernas estaban dobladas limpiamente alrededor de los brazos y su cabeza descansaba cómodamente en el asiento. Las cintas de la cabeza, que eran sus manos y voz, nunca estaban completamente quietas.

Paseó su mirada de Halden hacia Emmer y otra vez hacia Halden.

-El técnico de hidropónicos me dice que estáis haciendo un experimento. No me gusta,
Halden se encogió de hombros.

-Necesitamos conseguir un mejor aire para respirar. Puede funcionar.

-¿Una plaga en la nave? ¡Es repugnante! ¡Mi gente jamás lo toleraría!

-Tampoco nosotros.

El disgusto del Encintado subsistió.

-¿Qué clase de criaturas son?

-Tengo una descripción, aunque nunca he visto ninguna. Es un pequeño animal de cuatro patas con dos antenas en la parte baja de su cráneo. Una plaga típica.

Taphetta se meneó.

-¿Habéis descubierto cómo han llegado hasta aquí?

-Probablemente llegaron con los aprovisionamientos -dijo el biólogo-. Considerando lo lejos que hemos llegado, puede haber sido en cualquiera de la media docena de planetas que hemos visitado últimamente. De todas formas, se escondió, y dado que la mayoría de lugares a los que ha tenido acceso son los cercanos al casco exterior, ha tenido una dosis extra de radiación dura, o puede haber anidado cerca de los motores atómicos; ambas cosas son posibles. De cualquiera de las dos formas ha sufrido una mutación, se ha convertido en un animal diferente. Ha desarrollado una tolerancia para los venenos que esparcimos en las plantas. Otra cosa es que detecta y evita incluso las trampas electrónicas,

-Entonces, ¿creéis que ha cambiado tanto mentalmente como físicamente, que ahora es más listo?

-Sí, eso es lo que he dicho. Tiene que ser bastante inteligente como para que no nos lo podamos quitar de encuna. Pero puede ser atraído hacia las trampas sí el señuelo es lo suficientemente fuerte.

-Eso es lo que no me gusta -dijo Taphetta, moviéndose-. Déjeme pensarlo mientras hago algunas preguntas. -Se giró hacia Emmer-. Soy curioso acerca de los humanos. ¿Hay alguna cosa que me podáis decir acerca del hipotético antepasado?

Emmer no tenía la apariencia que debería tener un genio de su categoría..., un genio de Neanderthal, pero sin lugar a dudas un genio real. En su campo tenía una categoría muy alta. Levantó una mejilla sin afeitar de una de sus garras de gruesos dedos y se pasó sus rudas manos por su áspero cabello.

-Yo puedo hablar con cierta autoridad -dijo con voz grave-. Nací en un mundo que posee las reliquias más extensas. Cuando era niño, jugaba en las ruinas de sus campamentos.

-No cuestiono su autoridad -se onduló Taphetta-. Para mí, todos los humanos, primitivos o más desarrollados, machos o hembras, son increíblemente iguales. Si usted es un arqueólogo, eso es suficiente para mí. -Hizo una pausa y agitó sus cintas de habla-. ¿Campamento ha dicho?

Emmer sonrió, mostrando inmensos dientes.

—¿Nunca ha visto ninguna lámina? Impresionantes, pero sólo eran campamentos, estructuras monolíticas de una sola pieza, y daríamos algo para saber cómo fueron construidos. Presumiblemente mi mundo sea uno de los primeros que visitaron. No estaban acostumbrados a vivir sin comodidades, por lo que construyeron más elaboradamente que lo que hicieron posteriormente. Estructuras de una sola pieza, y de esa forma tenemos una idea de su tamaño. Las puertas eran de más de diez metros de alto.

-Muy grandes -convino Taphetta. Era difícil decir si se sentía impresionado o no-. ¿Qué habéis encontrado en las ruinas?

-Nada-dijo Emmer-. Sólo había edificios aquí y allá, y eso era todo, ni un intento de escritura, ni una herramienta, ni siquiera una lámina. Cubrieron una ruta estimada de unos treinta mil años-luz en menos de cinco mil años... y ninguno de ellos murió o por lo menos no sabemos nada acerca de que muriera alguno.

-Una velocidad más grande que la de la luz y una vida extremadamente larga -musitó Taphetta-. Pero no dejaron ninguna información para sus descendientes. ¿Por qué?

-¿Quién sabe? Sus procesos mentales eran ciertamente diferentes de los nuestros. Pueden haber pensado que quizá nos desenvolveríamos mejor sin información. Sabemos que estaban buscando un tipo especial de planeta, como la Tierra, porque visitaron demasiados de ese tipo, aunque diferentes a ellos porque nunca se quedaron en ninguno. Eran seres muy especiales, grandes y de larga vida, y quizá no podían sobrevivir en ninguno de los planetas que encontraron. Quizá tenían formas de determinar que el tipo de planeta que necesitaban no se encontraba en la Vía Láctea. Su ciencia era tremendamente avanzada, y cuando descubrieron que no había ningún planeta idóneo, pueden haber alterado el plasma del germen y nos dejaron a nosotros, esperando que alguno de nosotros sobreviviera. La mayoría lo hicimos.

-Ese planeta especial parece extraño -murmuró Taphetta.

-No tanto -dijo Emmer-. Cincuenta razas humanas alcanzaron el viaje espacial independientemente, y aquellos que lo lograron estaban igualmente repartidos entre las especies más tempranas y las más tardías. Es bien sabido que hay individuos entre mi gente que son a menudo tan brillantes como la gente de Halden o la de Meredith, pero como un conjunto no tenemos la capacidad total que el Hombre tardío posee, y aun así tenemos una civilización igual de avanzada. ¿La diferencia? Probablemente esté en alguna cosa que haya en el planeta; es muy difícil de decir exactamente lo que es.

-¿Qué ha sucedido con aquellos que no desarrollaron la técnica de los viajes espaciales? -preguntó Taphetta.

-Les hemos ayudado -dijo Emmer.

Y lo habían hecho, sin importar qué o quiénes eran, biológicamente primitivos o avanzados, en las profundidades de la edad de bronce o en el comienzo de la era atómica, porque todos eran humanos. Esa era una cosa que a veces asustaba a los no humanos, que la raza se mantuviera unida. No eran,,en el momento actual, agresivos, pero la capacidad numérica era inmensa y ellos se mantenían unidos. El desconocido antepasado otra vez. ¿Quién más tenía un origen tal, y cómo era tácitamente asumido un destino tal?

Taphetta cambió la dirección de sus preguntas.

-¿Qué es lo que esperáis ganar del descubrimiento del desconocido antepasado? Fue Halden el que respondió.

-Está la satisfacción de saber de dónde procedemos.

-Por supuesto -se agitó Taphetta—. Pero se precisó una gran cantidad de dinero para equipar esta expedición. No puedo creer que las instituciones que os han apoyado lo han hecho por un interés puramente intelectual.

-Descubrimientos culturales -dijo con voz profunda Emmer-. ¿Cómo vivían nuestros antepasados? Cuando una criatura reduce en gran cantidad su tamaño, como nosotros, algo más que la fisiología cambia: el modelo mismo de la vida se altera. Cosas que para ellos eran sencillas son imposibles para nosotros. Mire el alcance de la vida de ellos.

-No hay duda -dijo Taphetta-. Un arqueólogo puede estar interesado en los descubrimientos culturales.

-Hace doscientos mil años, tenían una civilización extremadamente avanzada -dijo Halden-. Vuelo más rápido que la luz, y nosotros hemos llegado a ello sólo en los últimos mil años.

-Pero pienso que tenemos algo mejor que lo que ellos han hecho -dijo el Encintado-. Puede haber cosas que podamos aprender en mecánica o física, pero ¿no habéis dicho que eran mejores biólogos que cualquier otra cosa? Halden asintió.

-De acuerdo. No pudieron encontrar un planeta adecuado. Por lo tanto, trabajando sobre el plasma de su germen, se modificaron a sí mismos y nos crearon a nosotros. *Eran* maestros en biología.

-Pienso que es así -dijo Taphetta-. Nunca he prestado demasiada atención a vuestras fantásticas teorías antes de que firmara el contrato como piloto de esta nave, pero habéis construido una teoría convincente. -Levantó su cabeza, las cintas de habla moviéndose fraccionariamente y sin cesar-. No me agrada, pero tenemos que arriesgarnos a usar señuelos para vuestra plaga.

Librodot

Lo habría hecho de todas formas, pero era mejor tener el consentimiento del piloto. Y había una pregunta que Halden quería hacer: le había estado molestando vagamente.

-¿Cuál es la diferencia entre el contrato de los Encintados y el que nosotros le habíamos ofrecido? Nuestros términos eran más liberales.

-Para el individuo sí que lo eran, pero eso no importa si descubrís tanto como pensáis que descubriréis. La diferencia es ésta: *mis* términos no os permiten mantener cualquier descubrimiento que hagáis para el beneficio de una sola raza.

Taphetta estaba equivocado; no había existido ninguna intención de retener nada. Halden examinó sus propias actitudes. *El* no lo había intentado, pero ¿podría asegurar que las instituciones que le estaban respaldando opinaban de la misma manera? No podía; y era demasiado tarde ahora: cualquier conocimiento que adquirieran debería ser compartido.

Eso era lo que había temido Taphetta: había un tipo de conocimiento técnico que se multiplicaba incesantemente. La raza que pudiera mejorarse a sí misma a través del control científico del plasma de su germen tendría una fuerza muy superior. El Encintado no tenía que preocuparse ahora.

-¿Por qué tenemos que observarlos a través de la pantalla? -preguntó Meredith, mirando hacia arriba-. Me gustaría más estar en hidropónicos.

Halden se encogió de hombros.

-Podrán ser o no más listos que animales confinados en un planeta, pero son más cautos. No salen mientras que haya alguien cerca.

Las luces se amortiguaron en la distante sección de hidropónicos y la pantalla también, hasta que él ajustó las frecuencias de infrarrojos. Se movió hacia los dos miembros de la tripulación, cada uno de los cuales tenía una pantalla, bajo la que había un teclado en miniatura.

-¿Listos?

Cuando ellos asintieron, Halden dijo:

-Haced como habéis practicado. Haced el menor ruido posible, y cuando tengáis que hacerlo, sed vagos. No tratéis de imitarlos exactamente.

Al principio nada sucedió en la pantalla grande, y luego una figura gris se destacó. Se deslizó a través de las hojas, escuchando intencionadamente antes de acercarse. Saltó a través de una sección de hidropónicos hasta la otra a través del suelo abierto. Se detuvo, los ojos brillando y las antenas moviéndose.

Mirando alrededor una vez, saltó hacia arriba, cogiéndose del borde estrecho y saliente, y arañó el lado del tanque. Parándose en el techo y levantando el cuerpo, comenzó a roer todo lo que podía alcanzar.

Repentinamente se giró. Detrás de la primera y habiendo entrado silenciosamente había otra figura, igual pero más grande. El recién llegado se adelantó unos centímetros. El pequeño se echó hacia atrás, brincando nerviosamente. Sin aviso, el grande saltó y el pequeño trató de huir. En unos pocos saltos, el grande cogió al pequeño y lo golpeó sin piedad.

Continuó pegando hasta que el pequeño quedó completamente quieto. Al fin se echó atrás y esperó, observando si había algún signo de movimiento. No hubo ninguno. Entonces se giró hacia la planta. Cuando había roído todo lo que estaba al alcance, se subió a las ramas.

El pequeño se movió, levantó una pata, y luego cautelosamente, comenzó a arrastrarse alejándose. Rodó por la sección elevada y, sorprendentemente, no hizo ningún ruido al caer. Pareció revivir, sacudiéndose y escurriéndose, aún dentro de la vista de la pantalla.

Contra la pared había una pequeña plataforma. El pequeño trepó por ella y allí encontró algo que pareció interesarle. Olisqueó por los alrededores y se acercó y tocó el descubrimiento. Las heridas fueron olvidadas mientras que cogía rápidamente el objeto y brincaba hacia la escena de su reciente derrota.

Esta vez no tuvo problema con la sección elevada. Saltó y aterrizó en la parte superior haciendo considerable ruido. El animal grande le oyó y se giró rápidamente. Lo vio y saltó hacia abajo precipitadamente, saltando el último trecho. Chillando, llegó al suelo y cargó.

El pequeño se mantuvo quieto hasta el último instante, y luego una garra salió disparada con una hoja de cuchillo de varios centímetros de largo que se hundió en la garganta de la criatura que estaba cargando. Salió un chorro rojo mientras la bestia más grande gritaba. El cuchillo entró y salió hasta que el animal grande cayó y dejó de moverse.

La pequeña criatura sacó el cuchillo y lo secó en la piel de su adversario. Luego volvió hacia la plataforma en la que había encontrado el cuchillo... *y lo dejó allí.*

Ante la señal de Halden, las luces se encendieron y la pantalla se abrillantó tanto que no permitía la visión.

-Entrad y sacadlos -dijo Halden-. No queremos que las plagas descubran que los cuerpos no son de carne.

-Fue suficientemente realista -dijo Meredith, mientras los hombres de la tripulación cerraban sus máquinas y se iban-. ¿Crees que funcionará?

-Funcionará. Hemos tenido un observador.

-¿Sí? No me he dado cuenta. -Meredith se recostó hacia atrás-. ¿Eran los cachorritos exactamente iguales que los parásitos? Y si no lo eran, ¿los engañaremos igual?

-Los cachorros electrónicos eran una buena imitación, pero los animales no tienen por qué identificarlos como pertenecientes a su propia especie. Si son lo suficientemente listos, sabrán el valor q«e tiene un cuchillo, no importa quien lo esté usando,,

-¿Qué pasa si son más listos? Supón que sepan que un cuchillo no puede ser usado por una criatura que no tenga verdaderas manos.

-Eso es parte de nuestras precauciones. Nunca lo sabrán hasta que no lo intenten... y nunca se alejarán de la trampa para intentarlo.

-Muy bien. Nunca hubiese pensado en ello -dijo Meredith, acercándose-. Me gusta la forma *en* que trabaja tu mente primitiva. Hay momentos en que pienso realmente en casarme contigo.

-Primitivo -dijo él, alternativamente helado y derretido.

Una cosa era cierta; en relación a ella, no era avanzado.

-Es casi una maldición, ¿no es así? -ella se rió y alejó la maldición, recostándose provocativamente sobre él-. Pero los amantes bárbaros a menudo son buenos.

«Allí vamos otra vez-pensó secamente, deslizando su brazo alrededor de ella-. Para ella, soy meramente un apasionado salvaje.» Fueron hacia la cabina de él. Ella se sentó,

sonriendo. ¿Era hermosa? Quizá,, Para su propia raza, no era alta, sólo para los tipos medios de la Tierra lo era. Sus piernas eran desproporcionalmente largas y bien moldeadas, y su cara de alguna manera era blanda y sin formas definidas, excepto por una fina, recta y pequeña nariz, Eran sus ojos los que hacían la diferencia, concluyó» Un escalón o dos más arriba en la escala de desarrollo, sus ojos eran más grandes y podía ver un color extra, pasando del violeta, en el espectro. Ella se echó hacia atrás y le miró.

-Sería divertido contigo en la primitiva Tierra» El no dijo nada; ella sabía tan bien como él que la Tierra estaba tan avanzada como su propio mundo. Ella tenía alguna otra cosa en mente.

-Aun así, no creo que lo haga. Podríamos tener hijos.

-¿Sería incorrecto? -preguntó él-. Soy tan inteligente como tú. No tendremos monstruos subhumanos.

-Sería un escalón hacia arriba... para ti. -Bajo su calma, había tensión. La había habido desde que la conoció, pero estaba más cercana a la superficie ahora-. ¿Tengo derecho a condenar a quien no ha nacido? ¿Debo hacerles empezar más abajo de lo que yo estoy?

El conflicto no era nuevo ni estaba confinado a ellos. De una forma u otra, gobernaba relaciones personales entre razas que estaban unidas frente a los no humanos, pero con agudas distinciones entre ellos.

-No te he pedido que te cases conmigo -dijo él, bruscamente.

—Porque temes que me niegue.

Era cierto; nadie le pedía a un miembro de una raza más desarrollada que entrara a formar parte de una unión permanente.

-¿Por qué habrás tenido algo que ver conmigo? -preguntó Halden.

-Amor -dijo ella, melancólicamente-. Atracción física. Pero no debo dejar que esto me guíe.

-¿Por qué no intentarlo con Kelburn? Si vas a ser científica con respecto a ello, te dará hijos del más alto tipo.

-Kelburn. -No parecía un nombre de la forma en que lo dijo-. No me gusta, y tampoco él se casaría conmigo.

-No lo haría, pero te daría hijos si fueras suficientemente humilde. Tienes un cincuenta por ciento de probabilidades de concebir.

Ella arqueó provocativamente su espalda. Ni siquiera las mujeres de la raza de Kelburn tenían un cuerpo como el de ella y lo sabía.

-Racialmente habría una posibilidad -dijo-. Pero en este momento, Kelburn y yo no seríamos fértiles.

-¿Puedes estar segura? -preguntó, sabiendo que era un pobre intento de parecer despreocupado.

-¿Cómo puede estar uno seguro sobre bases teóricas? -preguntó ella; una sonrisa oblicua hacía sus ojos más estrechos-. Sé que lo seríamos.

La cara de él se sintió anestesiada.

-¿Me tenías que decir eso?

Ella se levantó y se acercó a él. Se apretó contra él y la reacción del hombre fue puramente reflexiva. Su mano se balanceó y pudo sentir la carne que cedía cuando sus nudillos ¡a golpearon.

Ella cayó hacia atrás y, aturdidamente, se tapó la cara con la mano. Cuando se la quitó, salió la sangre a chorros. Ella se acercó al espejo y se mantuvo frente a él. Se limpió la sangre, examinando sus rasgos cuidadosamente.

-Me has roto la nariz -dijo realistamente—Debo detener el dolor y la sangre.

Se puso la nariz nuevamente en su sitio y la movió hacia ambos lados para asegurarse. Cerró los ojos y se quedó en silencio y sin ningún movimiento. Luego se alejó y se miró críticamente.

-La he vuelto a poner en su lugar y la he soldado parcialmente. Me concentraré esta noche y mañana la tendré arreglada.

Se metió en el gabinete y se puso una tirita invisible sobre el puente. Luego se acercó a él.

-Me pregunto por qué lo has hecho. No me has desagradado.

El la miró miserablemente con el ceño fruncido. El rostro de ella era casi liso y el vendaje, invisible o no, no le ayudaba en nada. ¿Cómo podía seguir sintiendo atracción hacia ella?

-Intenta con Emmer -sugirió él, cansadamente-. Te encontrará irresistible, y él es aún más salvaje que yo.

-¿Lo es? -Se sonrió ella enigmáticamente-. Quizá en un sentido biológico. Aunque demasiado. Tú eres lo justo.

El se sentó en la cama. Otra vez sólo había una forma de comprobar lo que haría Emmer... y ella lo sabía. Ella no tenía otro concepto del amor, además del físico., que hacer uso de su cuerpo para obtener alguna ventaja -¿qué ventaja?- para los niños que tenía intención de tener. Fuera de eso, nada tenía importancia, y por el hecho de permitir al más bajo ir con el más alto, ella era cruel consigo misma al igual que con él. Y aun así la deseaba.

-Creo que te amo -dijo ella-. Y si el amor es suficiente, me casaré contigo, a pesar de todo. Pero tendrás que ocuparte de cualquier hijo que pueda tener.

Se deslizó entre sus brazos.

La disparidad racial era grande *y* ella le había provocado, pero no era suyo por completo el error. Además...

Además, ¿qué? Ella tenía un hermoso cuerpo que podría parir niños superiores... y podrían ser de él.

El se giró, alejándose. Con pensamientos era tan malo como ella. ¿Eran todos de esa manera, cada uno de ellos, arrastrándose servilmente hacia arriba, hacia la más alta cima que pudieran concebir? Elevándose sobre -no, *a través-* de cualquiera al que pudieran coaccionar, seducir o casar, avanzando y hacía arriba. Levantó su mano, pero fue contra sí mismo que se toreó su furia.-Cuidado con la nariz -dijo ella, apretándose contra él-. Ya la has roto una vez.

La besó con repentina pasión, que incluso él que era primitiva»

No hubo resultados Inmediatos de la representación de los cachorros electrónicos y, por lo tanto, fije repetida a intervalos. Después de la tercera vez, Firmón informó, entrando en el momento en que Halden estaba estudiando los escasos datos biológicos del desconocido

antepasado. La mayor parte de ellos eran suposiciones, ningún factor real en todas las estadísticas. Después de doscientos mil años no había quedado demasiado sobre lo que trabajar.

Firmón entró con la cabeza baja y los hombros caídos.

-Ha funcionado -dijo-. He cogido tres hace unas pocas horas.

Halden le miró; había deseado que no funcionara. Había satisfacción por el hecho de estar en lo cierto, pero le hubiese gustado enfrentarse con un ser menos inteligente. La precaución era una cosa, el recelo y la astucia de un animal no visto; pero la inteligencia era más difícil de predecir.

-¿Dónde están?

-¿Los querías? -Firmón pareció sorprenderse ante la idea.

Halden suspiró; era culpa suya. Firmón tenía una buena mente en potencia, pero no había sido entrenada para usarla y eso contaba más que lo que la gente normalmente piensa.

-Cualquier animal lo suficientemente listo como para poder apreciar el valor de un cuchillo debe ser estudiado. Y más cuando el animal es un parásito.

-Cambiaré el punto de cremación -dijo Firmón-. La próxima vez sólo los atontaremos.

El lugar de la trampa fue cambiado y se cogieron muchos animales. Físicamente, eran muy parecidos a la descripción que le había hecho a Taphetta: pequeñas criaturas de cuatro patas con antenas de carne. La disección reveló una capacidad craneana bastante grande, mientras que los tests de comportamiento indicaron una inteligencia un poco por debajo de lo que había supuesto. Aun así, era más de lo que él hubiera deseado que fuera una plaga, especialmente a causa de que también tenían manos. El mecanismo biológico de las manos era simple. Caminaban con la parte posterior de las patas delanteras; en los dedos tenían, en las puntas, unas almohadillas de carne. Cuando se sentaban derechos, lo cual hacían a menudo, la flexibilidad de sus muñecas les permitía usar las patas delanteras como manos. Como tenían un pulgar, podían usar el cuchillo, aunque torpemente.

Había cometido un error. Había detectado la inteligencia, pero no había sabido que podrían usar el arma que les había dejado al alcance de la mano. Una cosa pequeña con un cuchillo de tres centímetros de largo no era más peligroso que el animal solo, pero no le gustaba la idea de tenerlo rondando por la nave.

El cuchillo de metal debería ser cambiado por alguna otra cosa. Los técnicos podrían componer un plástico que podría tener la punta afilada durante un tiempo y luego deteriorarse hasta quedar convertido en una masa suave, en un tiempo de unas semanas. Mientras tanto, le había dado al animal un arma peligrosa: el concepto de una herramienta. Sólo había una forma de alejar eso de ellos; mediante la exterminación. Pero eso tendría que esperar.

Afortunadamente, la criatura tenía una corta vida y un período más corto aún de apareamiento. Atendiendo a la inteligencia, había sido acortado en fertilidad y, como consecuencia, sólo en el ambiente especializado de la nave era una amenaza.

Estaban con suerte; un levísimo incremento en la fertilidad y les hubieran amargado la vida. Tal como estaba, la nave debería ser limpiada antes de que pudieran aterrizar en cualquier planeta.

Halden le llevó los datos al Encintado, y, después de cierta discusión, estuvieron de acuerdo en que el cuchillo de plástico debería suplantar al de metal. También decidieron permitir que unos pocos de ellos huyeran con el arma; tenían que ofrecer un incentivo si

querían que visitaran la trampa más de un par de veces. Además, con armas siempre había la posibilidad de una guerra entre diferentes grupos. Esto podía incluso hacer que se exterminaran entre ellos.

Gradualmente, después de un período de semanas, el daño a los hidropónicos disminuyó; los parásitos estaban bajo control. No había nada de que preocuparse, salvo que volvieran a sufrir una mutación, lo cual era improbable.

Kelburn le frunció el ceño al piloto.

-¿Dónde estamos ahora? -le preguntó, en su rostro crecía la sospecha.

-Usted tiene acceso *a* todos los instrumentos; debería saberlo -dijo Taphetta. Estaba agachado y parecía a punto de desparramarse, pero lo único que estaba haciendo era respirar relajadamente a través de un millón de tubos de aire.

-Lo sé. Mis cálculos muestran una estrella como la más probable. Deberíamos haber llegado a ella hace dos días.,, y ahora estamos en cualquier lugar alejado de ella.

-Cierto -admitió Taphetta-. Nos estamos dirigiendo hacia la que usted debe considerar la probabilidad cinco o seis.

Kelburn cogió la implicación. Todos lo hicieron.

-Entonces, ¿usted sabe dónde está? -preguntó, desvaneciéndose la sospecha.

-No en el sentido en el que está preguntando... No, no estoy seguro de si es lo que vosotros buscáis. Pero allí una vez hubo una gran civilización.

-¿Sabía eso y nunca nos ha dicho nada?

-¿Por qué debería haberlo hecho? -Taphetta le miró completamente sorprendido-. Antes de que me contratarais, no os lo tendría que haber dicho por razones obvias. Y posteriormente... bien, habéis apelado a mi habilidad y conocimientos y yo los he usado para traeros por la ruta más corta. ¿Es eso incorrecto? No creí necesario decíroslo antes de que llegáramos.

No era incorrecto; meramente daba una Idea de la diferencia en la forma de funcionamiento de una mente alienígena. Más tarde o más temprano, ellos habrían encontrado el lugar, pero esto les había ahorrado meses.

-¿A qué se parece? -preguntó Emmer. Taphetta movió sus cintas.

-No lo sé. Pasaba cerca de aquí y vi el planeta por un lado.

-¿Y no se detuvo? -Emmer no lo podía creer.

-¿Por qué debería haberlo hecho? Somos grandes navegantes porque nos preocupamos de serlo. Nunca llegaríamos demasiado lejos si nos detuviéramos a examinar todas las cosas que parecen interesantes. Además, no es una buena política en una región extraña, especialmente con una nave desarmada.

No tendrían ese problema. La nave estaba suficientemente bien armada como para mantener alejados a los eventuales moradores incivilizados que hubiesen alcanzado muy recientemente la era de los vuelos espaciales, y sólo ese tipo de seres eran los que frecuentemente se mostraban inhospitalarios.

-¿Cuándo tomaremos tierra? -preguntó Halden.

-En unas pocas horas, pero mientras tanto podéis ver el planeta en las pantallas. -Taphetta extendió una cinta de la cabeza hacia un botón y un planeta apareció a la vista»

No había dos civilizaciones en la Vía Láctea que construyeran a tan gran escala, incluso ala distancia desde la cual estaban observando. En todos lados se veían grandes e inconfundibles ciudades. No había que cuestionarse acerca de lo que habían encontrado.

-Ahora sabréis por qué huyeron -dijo Taphetta,

-Una nueva teoría -dijo Kelburn, aunque no lo era, porque ellos *habían* huido-, ¿Qué le hace pensar que huyeron?

-No hay aire. Si vuestros cálculos son correctos debería haber una atmósfera extensa doscientos mil años y ahora no la hay. Un planeta de dimensiones no pierde aire a velocidad. Por lo tanto, debe ser un estado artificial. ¿Quién se toma el trabajo de dejar un planeta inhabitable, excepto alguien que teme que oíros puedan usarlo... y quién más huye?

-Pueden haberlo hecho para preservar lo que dejaban -sugirió Halden.

-Quizá -dijo Taphetta, pero era obvio que no lo pensaba.

La falta de aire tenía un aspecto positivo; no tenían que preocuparse de los parásitos, en el caso de que se escaparan. La desventaja era que tenían que usar trajes espaciales. Aterrizaron en lo alto de un edificio muy grande que estaba intacto después de doscientos mil años y aún estaba lo suficientemente fuerte como para soportar peso extra. Y luego...

No había nada.

Edificios, una enorme cantidad y variedad de ellos, inmensos, ninguno de ellos de menos de cinco pisos, todos con rampas en lugar de escaleras. Esto era de esperar, considerando el gran tamaño de la gente que había vivido allí, y seguía el modelo familiar.

¡Pero no había nada en esos edificios! En este mundo sin aire, no había decadencia, ni desgaste, ni corrosión... *ni nada para decaer y corromperse.* No había láminas, ni herramientas, nada que pareciera escultura, y aunque había lugares en los cuales había habido máquinas, ahora no había ninguna. Aquí y allá, en lugares inaccesibles, había globos de metal sin forma. La implicación era clara: en donde no habían podido quitar una máquina, la habían derretido en el lugar.

El conjunto era preocupante. No había sido hecho por un enemigo; el enemigo debería haberse quedado y destruido las ciudades. Pero no había señales de lucha y los edificios estaban intactos y vacíos. Los habitantes mismos habían quitado todo lo que era posible llevarse.

Un pueblo entero había empacado y huido, dejando detrás sólo masas, estructuras que producían ecos.

Había mucho para aprender, pero nada de donde aprender. Los edificios podían indicar que había que aprender, pero nada más, y debía de haber otra cosa -al menos algunos de los complicados artefactos de una civilización- y no había ninguna. Fuera de las ciudades, en las llanuras, había restos de animales y plantas que indicaban que la falta de aire había llegado repentinamente. Sam Halden, el biólogo, los había estudiado, pero no descubrió nada. El antepasado desconocido era aún un misterio.

Y los otros -Emmer, el arqueólogo, y Meredith, la lingüista- no tenían nada en lo que pudieran trabajar, aunque buscaron. Fue Kelburn el que encontró la primera huella. No teniendo ninguna tarea específica, vagabundeaba por los alrededores en una pequeña nave. En el otro lado del planeta, ¡señaló que había una máquina y que estaba intacta!

Y allí estaba la máquina, inmensa, como todo lo que había en el planeta. Estaba sola, elevándose hacia el cielo. En la base había una puerta, la cual, cuando se abriera, era lo suficientemente grande como para dejar pasar una nave espacial fácilmente..., sólo que estaba cerrada.

Kelburn se encontraba al lado de la entrada, una pequeña figura con traje espacial. Miró hacia arriba cuando los tres se acercaron.

-Todo lo que tenemos que hacer es abrirla -dijo.

-¿Cómo? -preguntó Meredith. Parecía haber olvidado que él no le gustaba. El había tenido una oportunidad de descubrirlo a causa de que no tenía nada que hacer mientras que los otros estaban ocupados, pero ella lo consideraba otra prueba de su superioridad.

Fue duro contemplar la felicidad con que ella dirigió su rostro hacia Kelburn. Halden miró hacia otro lado.

-Sólo hay que presionar el botón -dijo él. Emmer notó su expresión.

-Será un botón tan grande... -objetó-. Será difícil reconocerlo cuando lo encontremos.

-Hay una inscripción de algún tipo -dijo Kelburn, altivamente-. Esta cosa fue dejada por algún motivo. En algún lugar debe de haber instrucciones operacionales.

«Desde aquí, parece una compleja forma de onda -una voz sonó en la radio de ellos: Taphetta desde la nave espacial-. Todo lo que tenemos que hacer es encontrar la correcta pauta en el espectro electromagnético y duplicarla, y la puerta se abrirá. Estáis demasiado cerca como para ver lo que yo veo claramente desde aquí.»

Quizá estuvieran demasiado cerca del gran ante» pasado, decidió Halden mientras se alejaban. Había ensombrecido mucho de sus pensamientos, y ¿quién sabía realmente a qué se parecía el antepasado y qué era lo que lo había motivado?

Pero el Encintado estaba en lo cierto acerca de la señal, aunque llevó varios días encontrarla. Y entonces, la inmensa puerta se abrió y el aire silbó.

Dentro había otro hecho desconsolador: un vestíbulo desnudo con una rampa que guiaba hacia arriba y se cerraba en el techo. Podrían haber forzado el camino, pero no tenían ningún deseo de arriesgarse usando una antorcha para cruzar la barrera; en vista del número de obstáculos que habían encontrado, era lógico asumir que había más aguardándoles.

Fue Emmer quien encontró la solución. -En principio, se parece a una nave espacial. Asumamos que lo es, menos los motores. Nunca fue hecha pensando en que volaría. Escuchad... No hay aire; por lo tanto, no podéis escuchar -añadió Emmer, impacientemente-. Pero podríais si lo hubiera. Poned vuestras manos sobre las paredes.

Una vibración distinta corría a través de toda la estructura. No había estado antes de que la puerta se abriera. Algún mecanismo debía de haber sido activado. El rumor continuó, se detuvo, y comenzó otra vez. ¿Era algún tipo de comunicación?

Librodot

Rápidamente fueron izadas máquinas dispuestas para usarlas dentro de la cámara para generar aire con objeto de que los sonidos pudieran ser recogidos por los grabadores. El equipo de traducción fue puesto en funcionamiento y enfocado, y después de alguna experimentación con señales, la puerta se cerró lentamente. Ninguno quedó dentro; no había ninguna garantía de que sería tan fácil salir como habían entrado.

Esperaron durante un día y medio mientras que los sonidos eran grabados. La demora parecía interminable. El más feliz del grupo era Kelburn. El más alto grado humano en la expedición estaba estimulado. Vagabundeaba a la ventura y sonreía afablemente, golpeando gentilmente a Meredith cuando se acercaba a ella de la manera más amistosa. Sorprendida, ella sonreía en respuesta y miraba alrededor débilmente. Halden estaba detrás.

«Si no hubiese estado aquí...», pensó Halden. Y en adelante, se hizo una obligación el estar siempre allí.

Meredith estaba excitada, pero no precisamente feliz. El trabajo estaba fuera de sus manos hasta que el equipo de traducción fuera repuesto. Como el segundo tipo biológico más alto, también estaba afectada, hasta que llegó a un punto en que se fue a su habitación y se encerró.

Halden se mantuvo despierto mediante la utilización de pildoraza antifatiga, en parte a causa de que Meredith pudiera cambiar de decisión respecto a Kelburn, y a causa de que se hubiera cerrado la puerta.

Emmer trató de ser flemático y lo logró, o al menos así lo pareció. Sólo Taphetta estaba despreocupado; para él, era un descubrimiento interesante y quizá aprovechable, pero importante sólo a causa de eso. No cambiaría nada, a pesar de lo que aprendiera.

Las horas pasaron y al fin la puerta se abrió; el aire salió otra vez. El equipo de traducción fue traído nuevamente a la nave y Meredith se quedó a solas con él.

Pasó medio día antes de que ella admitiera a los otros en el laboratorio,

-La máquina aun está trabajando -dijo-, Parece que ha habido una tentativa de hacer el mensaje difícil de descifrar. Pero los métodos que han usado son exactamente las pistas que necesita la máquina para descifrarlo. Mi función como lingüista fue ayudar en la interpretación de palabras difíciles o importantes y en algunas frases. Ni siquiera he podido sacar una mínima parte del mensaje. Vosotros lo sabréis al mismo tiempo que yo. Después de la primera parte, el traductor no parece tener demasiados problemas.

Se sentaron de cara al aparato Taphetta, Kelburn, Meredith, Halden y Emmer. Meredith estaba a medio camino entre Kelburn y Halden. ¿Había alguna significación en eso, se preguntó éste, o él estaba buscando en el comportamiento de ella significados que no había?

-La traducción está terminada -anunció la máquina.

-Adelante —ordenó Meredith.

-Las palabras serán pasadas a velocidad humana -dijo el traductor—. Dentro de lo posible, las formas peculiares de hablar serán respetadas. De todos modos, recordad que es sólo una imitación.

El traductor tosió, resonó y comenzó;

-«Hemos hecho a propósito que el acceso a tras grabaciones sea difícil. Si podéis traducir este mensaje, encontraréis, al final, las instrucciones para alcanzar el resto de nuestras reliquias culturales. Como raza avanzada os damos la bienvenida. Hemos preparado una sorpresa para cualquier otro.

»"Para nosotros, no queda nada excepto una onda de retroceso a un lugar en el cual esperamos poder vivir en paz. Eso significa dejar la galaxia, porque a causa de nuestro lapso de vida somos capaces de hacerlo y no seremos seguidos".

Taphetta hizo girar sus cintas divertido. Kelburn frunció el ceño ante la interrupción, pero nadie prestó atención.

El traductor continuó;

-«Nuestro grado de metabolismo es el más bajo de todas las criaturas conocidas. Vivimos a varios miles de revoluciones de cualquier planeta registrad y nuestro grado de incremento es extremadamente bajo; bajo las circunstancias más favorables, no podemos hacer más que doblar nuestro número en doscientas generaciones.»

-Esto no parece demostrar que fueran maestros en las ciencias biológicas -susurró Taphetta.

Halden se movió incómodamente. No estaba saliendo como esperaba.

-«Durante nuestras exploraciones -continuó el mensaje- no hemos encontrado ninguna otra inteligente, aunque había algunas capaces de posterior desarrollo. Quizá nuestras naves exploradoras hace mucho tiempo han encontrado a vuestros antepasados en algún planeta remoto. Nunca hemos sido demasiado numerosos, y a causa de que nos movemos y multiplicamos tan lentamente, estamos en peligro de ser barridos de la existencia en el futuro.

Preferimos irnos mientras podemos. La razón por la cual debemos irnos es una plaga que se desarrolló en nuestro planeta, profundamente en las ciudades, en los bajos mundos, los cuales hemos dejado de inspeccionar porque ya no era necesario. Esta parte fea sido construida para durar un millón de generaciones, lo cual es mucho incluso para nosotros.»

Emmer se enderezó en su asiento, fastidiado consigo mismo.

-¡Por supuesto! ¡Siempre hay alcantarillas y nunca se me ha ocurrido mirar allí!

-«En las últimas generaciones, hemos enviado cuatro expediciones, viajes sosegados porque entonces pensábamos que teníamos tiempo de explorar a fondo. Con este planeta como base de operaciones, las expediciones sucesivas fueron enfocadas en cuatro direcciones, para cubrir la parte más representativa del territorio!»

Kelburn se envaró, había una mezcla de orgullo y de disgusto en su rostro. Sus matemáticas habían sido correctas, tan lejos como se las había planteado. ¿Pero había habido alguna razón para creer que ellos confinarían su exploración en una sola dirección? No, ellos querrían cubrir la entera Vía Láctea.

Taphetta palideció. ¡Cuatro veces los seres humanos que había y con los cuales tener que convivir! Aún no se había encontrado con los otros tres cuartos, y, para él, no era un pensamiento demasiado agradable.

-«Después de larga preparación, enviamos varias ¡naves para asentarse en uno de los planetas más cercanos que habíamos seleccionado en nuestra primera visita. ¡Para nuestro desaliento, encontramos que la plaga ya estaba allí, aunque no había estado allí en nuestra primera expedición!»

Halden frunció el ceño. Estaban probando ser menos y menos expertos en biología. Y esta plaga... tenía que haber una razón para huir, y la enfermedad era tan buena como cualquier otra, pero la palabra plaga no parecía usada en el estricto sentido semántico. Debía ser una falta de la traducción.

-«Los colonizadores rehusaron asentarse; volvieron al momento e informaron. Enviamos a nuestras naves más rápidas, y fuertemente armadas. No teníamos tiempo de volver a trazar nuestro paso completamente, porque nos habíamos detenido en innumerables lugares. Lo que hicimos fue comprobar varios planetas, los extremos y los lugares de regreso de nuestros cuatro viajes. En cada lugar estaba la plaga, y sabíamos que éramos responsables.

»"Hicimos cuanto pudimos. Usamos exhaustivamente nuestro armamento nuclear, destruimos los planetas más cercanos en cada una de las cuatro extensiones de nuestros viajes."

-Me *pregunto* por qué la ruta acabó -apuntó Taphetta, pero no hubo ningún comentario, ninguna respuesta.

-«Reconstruimos lo que había sucedido. Durante largo tiempo, la plaga había vivido en nuestras alcantarillas, subsistiendo de los desechos. Por la noche, a causa de que son pequeños y muy veloces, fueron capaces de llegar a nuestras naves y estuvieron a bordo en cada jornada. Sabíamos que estaban allí, pero como son tan pequeños, era difícil sacarlos de sus lugares de anidamiento. Y por lo tanto toleramos su existencia.»

-No eran tan listos -dijo Taphetta-. Nos hemos imaginado esa posibilidad hace tiempo. Nuestra nave es una excepción, pero no hemos aterrizado en ningún lugar, y no lo haremos antes de haber desinfectado.

-*«No* imaginamos que en el espacio exterior y cerca del casco, y por consiguiente expuestas a una dura radiación -continuaba el mensaje-, esas pequeñas criaturas sufrirían una mutación peligrosa y escaparían para poblar los planetas en los que aterrizáramos. Siempre habían sido odiosas y pequeñas bestias que caminaban en lugar de rodar o deslizarse, pero ahora se han vuelto más viciosas, propagándose explosivamente y peleando con la misma e incesante violencia. Siempre habían albergado enfermedades que se extendían a nosotros, pero ahora se han convertido en anfitriones de parásitos aún más pequeños que también son capaces de infectarnos.

Finalmente, ahora somos alérgicos a ellos, y aun cuando están a kilómetros de distancia de nosotros, es una agonía el rodar o el deslizarse.»

Taphetta miró a su alrededor.

-¿Quién lo hubiera pensado? Estabais completamente equivocados acerca de vuestro origen. -Kelburn estaba mirando al vacío enfrente de *él,* pero no veía nada. Meredith estaba recostada en Halden; sus ojos estaban cerrados-. La mujer ha elegido finalmente, ahora que sabe que alguna vez fue un gusano -dijo el Encintado-. Pero hay lágrimas en sus ojos.

-«La inteligencia de la bestia ha aumentado levemente, aunque no haya mucha diferencia entre los más altos y los más bajos en la escala, y hemos comprobado ambos extremos en nuestros cuatro viajes. Pero antes, estaba relativamente calmado y ordenado. Ahora es malignamente insano.»

Taphetta hizo sonar sus cintas.

-Apagadlo. No tenéis por qué escuchar esto. Tenemos uno u otro origen, y no ha sido necesariamente hermoso. Este ser era una babosa de algún tipo... ¿y acaso sois vosotros ahora como él os describe?

-«No podemos destruir todos los planetas en los cuales hemos dejado imprudentemente que se propagaran; son demasiados v viven muy de prisa. Antes de que podamos eliminar al último de ellos, podrían desarrollar el viaje espacial... Tienen poca inteligencia, pero pueden llegar tan lejos... Comprendemos cuándo una tarea es imposible. Y por lo tanto estamos yéndonos, asegurándonos primero de que este animal nunca utilice los productos de nuestra civilización. Puede llegar a este planeta, pero no será capaz de descifrar nuestro código; es demasiado estúpido. Vosotros, los que tengáis que hacerle frente, por favor, perdonadnos. Es la única cosa de la que estamos avergonzados.»

-No escuchéis -dijo el Encintado; doblándose sobre su delgado cuerpo, se dirigió hacia el traductor, lo movió y sacudió hasta que se detuvo-. No tenéis que decírselo a nadie -se meneó Taphetta—No os preocupéis por mi, no lo repetiré. -Miró a su alrededor, a las caras-. Pero puedo ver que informaréis exactamente de lo que habéis encontrado. Ese orgullo que habéis desarrollado... lo necesitaréis.

Taphetta se sentó en lo alto de la máquina, pareciendo nada más que un inmenso y fantástico lazo de un paquete envuelto para regalo.

Notaron el parecido vagamente. Pero cada uno de ellos sabía que, como miembro de la raza más numerosa de la Vía Láctea, no serían en adelante temidos por sus misteriosas cualidades; por el contrario, serían despreciados. A cualquier lugar *que* fueran, nunca habría regalos para ellos... para ningún hombre.

Librodot

Los intrusos

Roger Dee

Hay una gran diferencia entre el poder potencial y el desarrollado. El uno es claramente visible y puede necesitar un semidiós que lo reconozca.

Durante el breve lapso de tiempo en e! cual la nave interceptora colgó en la pantalla de la nave extraña, Clowdis se sintió tenso como un alambre bajo la presión de la incertidumbre. Cuando el esperado dedo de la emisión de comunicaciones se acercó a través de la distancia y vio el rojizo rostro de reptil del otro comandante, y los rostros de sus iguales alineados en el cuarto alienígena de controles que había detrás, su suspiro de relajación de la tensión no era una expresión de alivio, sino de resignación.

-Korivios -dijo Vesari, innecesariamente, desde el lugar de navegación a su lado-. Guardias personales de los T'sai... y dado el número de ellos, es probable que haya un T'sai a bordo. Al fin nos encontramos con los gobernantes galácticos, Ed.

Sin girar la cabeza, Clowdis llamó:

-¡Shassil!

El intérprete cetiano se adelantó al momento, su extraño cuerpo angulado tenso y su angosto rostro parecido al de una cabra tomando el inevitable aire de deferencia cuando vio los rostros en la pantalla.

-Averigua qué es lo que quieren de nosotros —dijo Clowdis.

El cetiano se tocó su barba con respeto -no hacia él, notó Clowdis, sino hacia el capitán korivio de la pantalla- y habló en un rápido movimiento sibilante. El korivio le respondió, con su rostro de lagarto picudo tan inexpresivo como piedra rojiza.

Shassil se tocó su caprina barba otra vez y se volvió.

-Debéis cerrar los motores -le dijo a Clowdis.

Ni Clowdis ni Vesari consideraron preguntar el porqué. Pero Vesari se detuvo en la espiralada rampa de bajada, y Clowdis, sintiendo una curiosa e irreal sensación de experimento, se detuvo con él.

-¿Qué piensas que quieren, Shassil? -preguntó Vesari.

El cetiano lo consideró gravemente con sus ojos de grandes pupilas.

-Cuando hay un T'sai cerca -dijo- no pienso.

Una verdad literal, pensó Clowdis mientras bajaba con Vesari por la empinada vuelta de la rampa helicoidal, y no sólo restringida a Shassil o a los cetianos. Cien mil razas de borde a borde de la galaxia -la mayoría de ellas, por lo que Clowdis había visto, más viejas y sabias e infinitamente más fuertes que su propia cultura advenediza- callaban cuando hablaban los T'sai.

Como si los T'sai no fueran de carne como otras criaturas, sino dioses. ¿Pero *eran* realmente de carne?

Clowdis ahogó un incipiente ramalazo de resentimiento por recordarse a sí mismo que era un novato en aguas extrañas, después de todo, un pez pequeño entre tiburones.

«Cuando se está en Roma se hace como los romanos -se dijo torcidamente-. Cuando se está en el espacio...»

-Lo primero es lo primero -dijo en voz alta-. Será mejor que le llevemos las nuevas a Buehl al cuarto de máquinas antes de que veamos a Barbour y a los colonizadores.

El jefe de energía, Buehl, tomó la orden T'sai con una belicosa impaciencia, indicadora de su temperamento. Era un hombre de mediana edad, de grueso cuerpo y de mente pesada, que se daba a la bebida solitaria cuando estaba fuera de servicio y a una mortalmente seria absorción de las cintas de Wagner; se dedicaba a sus cargas atómicas con una simpleza de espíritu que Clowdis, que había salido al espacio con la incansable sed de ver, nunca había sido capaz de comprender.

-¿Sacar a mis hombres de sus puestos? -preguntó enojadamente Buehl cuando Clowdis lo encontró en su escritorio del cuarto de máquinas-, ¿Apagar las pilas, matar la nave?

Tenía una increíble representación mental de la nave no como algo guiado, sino errante, inútil como un pez inválido en aguas traicioneras, una imagen agudamente definida dentro de los límites familiares de su sección de energía y que se volvía vaga a medida que se extendía hacia las secciones de carga y las habitaciones de la tripulación, y con mayor vaguedad cuando se ampliaba a cubículos llenos de charlatanes, colonizadores con ojos de vaca. Sección de control e hidropónicos, galería y hospital, no se registraban en la mirada de Buehl porque yacían en los escasamente visitados y no necesarios niveles superiores; la energía que conducía la nave como un rayo de metal a través del espacio lo era todo para él, y no habría detenido su funcionamiento a mitad de vuelo al igual que no habría cortado su propia garganta.

-Este es el momento que hemos temido desde que, por vez primera, alcanzamos Sirio, hace diez años -le recordó Clowdis-. Hay T'sai ahí afuera, Buehl. Que tus hombres se vayan a sus aposentos, o te pondré grilletes y pondré a Simmonds en los motores.

El golpe derrotó a Buehl como ningún otro podía haberlo hecho, y Clowdis sabía que así sucedería. El jefe de energía dio la orden desde el comunicador de su consola, pero no les siguió cuando sus preocupados subordinados desfilaron delante de él saliendo del cuarto de energía. El se mantuvo en su lugar, mirando ceñudamente a través del incómodo silencio que siguió al repentino cese del ruido de los motores, mucho después de que los otros se hubieran ido.

Y lentamente comenzó a darse cuenta de alguna forma de la gravedad de su situación, poniendo juntas las piezas de su experiencia, gradualmente, que tenían realidad para él. La estética no tenía existencia para él por debajo de su instintiva respuesta al clamor de Wagner; las complicaciones sociales y económicas de las culturas alienígenas le dejaban tan imperturbable como las de su propio mundo, y para las pautas emocionales que hacían que los hombres y los no hombres fueran lo que eran, tenía sólo desprecio.

Pero Buehl respetaba el Poder. Pensaba en él como una entidad deletreada en símbolos superiores, un nombre que era sinónimo de deidad.

Porque Buehl era jefe de energía en su propia esfera, y él había visto poder más allá de la imaginación.

Su primera aturdida sorpresa y entendimiento de lo que el poder podía significar había venido cuando terminó el salto estelar inicial; Buehl había sido miembro de la sala de máquinas de esa primera expedición, pero la gloria de ser pionero no significaba nada para él, comparado con el sentimiento de gobierno de las inmensas fuerzas que tenía bajo sus manos,

hacia los lejanos mundos de Sirio. Recordaba vagamente una pululante sociedad de antropoides erectos, turbadoramente parecidos al hombre por todas sus quitinosas junturas.

Los motores los recordaba mejor.

Los sirianos habían desarrollado la energía atómica mil años antes. De alguna forma utilizaban las reservas de energía de su sol gigante, y una sola y monolítica estación en cada planeta les suministraba poder que podría haber pulverizado un mundo, pero que en lugar de hacer esto conducía la mecanizada economía con la fluida suavidad de un fino cronómetro.

Los eridianos habían usado las fuerzas subatómicas de fisión para hacer un paraíso perpetuo de su mundo que se enfriaba lentamente, y los cetianos, la gente de Shassil, obtenían energía ilimitada de las corrientes de tensión gravitatoria del espacio. Un solo edificio albergaba un poder más formidable que la totalidad de generadores exteriores de la Tierra.

Los cien mil otros pueblos de los que había oído hablar el hombre, pero en cuyos jardines espaciales aún no había penetrado, tenían un poder tan variado como grande. Y sobre todos ello gobernaban los T'sai, los jefes y los mentores, los señores y maestros, quienes poseían el secreto de la transmisión instantánea y que reinaban con una palabra.

¿Qué, se preguntaba Buehl, era el poder para los T'sai?

Para ellos su planta de conversión sería tan primitiva como la máquina de vapor de Herón. Para ellos, él no era el jefe de energía, sino un salvaje agachado sobre los primeros fuegos de la fuerza atómica.

Por primera vez en su carrera, Buehl, con sus amados motores silenciosos bajo sus pies, sintió la frustración de la insignificancia.

Rumores de emergencia habían ya llegado a Barbour en sus aposentos, y éste estaba -como Clowdis había esperado, sabiendo como hacía uso de su ágil mente psicólogo-propagandística- preocupado, organizando un programa para asegurar que la tripulación y los colonos estuvieran unidos.

-Esperábamos encontrarnos con los T'sai en algún momento -dijo Barbour. Era un hombre alto, encorvado, con gafas y calvo; sus apacibles ojos estaban normalmente velados por una habitual introversión-. Es igual enfrentarnos ahora que más tarde, Ed.

-Sabrán acerca de nosotros a través de las culturas que ya hemos visitado -apuntó Clowdis-. Seremos sopesados y juzgados, y quizá metidos dentro del sistema de cosas de ellos. La gente que llevamos y su comportamiento dependerá en gran medida de ti, Frank.

Barbour suspiró.

-Lo sé, Ed; desearía que nos hubieran cogido antes, ...antes de que hubiésemos empezado a traer colonos... para empezar somos transgresores, y el hecho de descargar nuestro exceso de población aquí fuera, sin la autorización de los T'sai, podría hacer que nos prejuzgaran.

Clowdis se encogió de hombros. Se había anticipado a ese desarrollo desde el principio y se había opuesto al proyecto de colonización; pero la presión política en casa, la necesidad de justificar los enormes gastos de la exploración interestelar, habían derrotado sus objeciones.

-Tenemos que hacer el intento, con ese perfecto planeta de oxígeno y nitrógeno que es Régulus ahí fuera, sin que a nadie le interese -dijo-. Tendremos que actuar lo mejor que podamos con los T'sai.

Clowdis se dispuso a realizar la tarea que más odiaba, que era la de explicar a los colonos qué es lo que esperaban de ellos.

Barbour se quedó solo, tomó sus gafas y las limpió concienzudamente; su entrenada mente corría cuidadosamente sobre las posibilidades. Barbour, como Clowdis, había salido al espacio bajo el impulso de la curiosidad; no para satisfacer ningún deseo directo de aventura, sino para llevar sus investigaciones hacia las mentes y maneras de las razas alienígenas cuando el las estudiaba en sus propias sociedades. El hecho de que la inteligencia estuviera desparramada por toda la galaxia, en lugar de estar confinada en su propia esfera insular, había incendiado su imaginación desde el primer vuelo a Sirio; el hecho de que la inteligencia pudiera seguir caminos tan variables, aunque siempre arribara a la misma conclusión al final, a la vez le estimulaba y le dejaba perplejo.

Cada cultura que encontraban, consideraba, era más vieja y más sabia e inmensamente más poderosa que la de la Tierra, tan lejanamente superior como para poner a su propio puñado de gente en la posición de una canoa cargada de salvajes remando con los ojos inmensamente abiertos a través de los puertos de una gran ciudad.

Aun así, estos alienígenas eran diferentes de alguna manera, cuya naturaleza se le escapaba.

Los galácticos viajaban ampliamente buscando el intercambio, efectuando saltos de una magnitud inconcebible para el hombre. Vivían con comodidad y en paz, sin deseos ni guerra; cada sociedad presentaba un modelo de utopía, lo cual únicamente hacía hincapié en la armonía de la totalidad.

La naturaleza de la unidad llegó al conocimiento de Barbour, y se maldijo con académica invectiva por no haberlo visto antes.

No había progreso real ahí fuera, y no lo había habido, obviamente, durante milenios. Cada cultura estaba equilibrada para abarcar las demandas de sus propios moradores, pero aún no había encontrado rastros en una filosofía alienígena que no implicaran fatalismo y resignación.

La galaxia estaba estática, ¿Y qué era lo que la hacía estarlo?

Los T'sai.

El descubrimiento le trajo a Barbour un sentimiento de profunda depresión. Tan promisorios comienzos interceptados y canalizados hacía la última mediocridad por la súper-raza, ¡tantas jóvenes ambiciones que chocaban contra el deseo superior!

¿Y la Tierra?

La Tierra, pensó Barbour, era el miembro más nuevo de este jardín de infantes cósmico, la que poseía el estadio más bajo, casi con un pie en la ignorancia, deseando bizquear frente a las brillantes luces de la civilización. Para ser llevada con un monitor y graduada y asignada a una casilla, si la encontraban provechosa, en la economía T'sai.

Para Barbour, la verdad que había detrás de la resignación universal estuvo repentinamente clara. ¿Por qué luchar, trabajar y sudar por un ideal si está condenado desde el nacimiento al fracaso?

La Tierra, otra vez.

Los hombres, temerarios de lo extraño e intolerantes de la oposición, nunca fueron seres dóciles. Tomados en una mano por los T'sai, tendrían que aceptar por la fuerza tal régimen. Y luego...

Barbour, al igual que cualquier buen psicólogo, sabía cómo cortar una línea de pensamiento de su mente frente a una conclusión poco placentera.

Clowdis estaba esperando con Shassil y los otros en la mesa de la habitación de conferencias -Vesari jugueteando con un cigarrillo no deseado, Buehl, un poco bebido y más taciturno que habitualmente, Barbour, encorvado, con sus apacibles ojos hundidos en el pensamiento- cuando Wilcox llegó apresuradamente para tomar su lugar.

-Lamento llegar tarde -dijo Wilcox. Su vos denotaba una habitual timidez, y una sorpresa inconsciente de que pudiera haber sido elegido para sentarse en consulta con los poderes de la nave-. He sido elegido para representar a los colonos, señor. Intentaré hacerlo lo mejor posible.

Clowdis aceptó su presencia sin ningún comentario, evitando encontrarse con sus ojos a causa de que la cortedad del hombre era de alguna manera ofensiva para el sentido de lo conveniente que poseía un hombre del espacio. Wilcox era un hombre pequeño, pálido, cabello neutro y ojos problemáticos, un formal operador de hidropónicas que había vendido su registro de trabajo en el Más Grande Pittsburgh para obtener dinero y poder ir con su mujer a Régulus. Había sido elegido ahora, sabía Clowdis, por la razón de que Wilcox *era* el promedio de los colonos: ansiosos de agradar, inofensivos y sin iniciativa ni ambición más allá de sus propios intereses.

-De acuerdo -dijo Clowdis, y miró a través de la mesa a Shassil-. ¿Qué nos puede decir ahora?

El cetiano suspiró, revelando unos bordes gemelos de cartílago que le servían de dientes.

-Poco, más allá del hecho de que el T'sai nos abordará pronto para tener una entrevista. Después de eso...

-Después de eso -interrumpió Buehl-, los pequeños dioses del espacio nos darán su palabra, y la palabra es Poder -había un gruñido en su voz que no intentaba ocultar.

-Tranquilízate -dijo cautelosamente Clowdis-; hemos llegado tan lejos, Buehl, sólo a causa de que los pueblos que hemos visitado no tenían órdenes de los T'sai de detenernos. Estaríamos locos si nos metiéramos en líos ahora.

Barbour levantó la mirada; sus suaves ojos agudos mostraban interés.

-Has dicho *el* T'sai, Shassil. ¿Quieres decir que sólo hay uno a bordo de la nave korivia? El cetiano asintió:

-Los T'sai viajan poco y cuando lo hacen lo llevan a cabo de uno en uno. Pero los T'sai no son como nosotros..., para ellos todos son uno y uno es todos. Se levantó de la mesa.

-Mi presencia interfiere la conversación; será mejor que espere al T'sai en el cuarto de controles.

Se fue, a pesar de toda su galáctica cortesía, sin tocarse la barba en señal de respeto, como suelen hacer los cetianos. Clowdis, pensando en esa criatura de aspecto de cabra teniendo solitario dominio sobre *su* cuarto de controles, sintió un rápido ramalazo de enojo y lo guardó al mismo tiempo.

-Está en lo cierto, sabéis -dijo Barbour-. Es nuestro problema, Ed, y no podemos hablar libremente con Shassil sentado aquí.

-¿Qué es lo que hay que hablar? -pregunto Impulsivamente Vesari-. Si no podemos hacer nada ¿de qué sirve hablar?

-No estamos planeando hacer nada -apuntó Clowdis-. Estamos aquí para barajar las posibilidades, y para esperar.

-Las posibilidades se enumeran rápidamente -dijo Barbour secamente-. Pueden matamos o apresarnos, enviarnos de vuelta a casa o ignorarnos.

Clowdis dijo con convicción;

-No nos ignorarán. He hecho un estudio de los sistemas que aún no hemos visitado y todos forman parte del reino de los T'sai. Personalmente no veo que quepamos dentro de tal esquema de cosas..., pienso que tendremos suerte si nos dejan volver a casa otra vez.

-¿Es realmente tan grave? -preguntó Wilcox, alarmado. La cara que se había girado hacia Clowdis empalideció aún más de lo normal-. Quiero decir..., nosotros los colonos *no podemos* volvernos atrás ¡No hay lugar para nosotros!

Clowdis mantuvo el fastidio alejado de su cara con un esfuerzo.

-Las condiciones de esta expedición a Regulas fueron cuidadosamente explicadas antes del vuelo, Wilcox. Su gente entendió desde el comienzo que estábamos en terreno resbaladizo aquí. Usted sabía las oportunidades que tenía cuando firmó vendiendo sus derechos de trabajo.

El colono se dio por vencido, pestañeando. En ese momento no estaba pensando en los derechos galácticos o sus poderes, sino en su esposa, en el niño que iba a nacer dentro de medio año y en las setenta otras parejas que estaban en el nivel más bajo esperando su informe. Regresar ahora significarla volver a la desesperadamente superpoblada Tierra; con la firma de sus derechos, no tenían ningún *status* en ninguna parte, y la única vía posible era la migración compulsiva a una encogida y conducida existencia, infinitamente peor, en Marte o en Venus o en las lunas de Júpiter.

El suave y verde planeta Régulus, que estaba a pocas horas de viaje, era por contraste el paraíso. Ser vencidos ahora, cuando estaban tan cerca.

Sintieron la presencia de su inquisidor incluso antes de que Shassil lo presentara, el levísimo toque de pluma del pensamiento explorador que era como un momentáneo, no falto de placer, cosquilleo en las raíces de la mente.

El intérprete cetiano se deslizó en la habitación de conferencias con una mano en su barba, sus ojos de grandes pupilas bajados púdicamente.

-El T'sai -dijo Shassil reverentemente.

El T'sai era un hombre.

Un hombre pequeño, más pequeño que Wilcox incluso, pero brillando como un titán bajo el aura de Poder que se desprendía de él.

-Os sentís capaces de reclamar nuestros mundos vacíos -dijo el T'sai-. Probadlo. Y los dejó a solas con su problema.

-...No es de la misma especie que nosotros -dijo Barbour. Incluso una hora después, encontraba la verdad sorprendente, lo extraño de ello aun intentando entrar en la razón-. ¡Es imposible! La tensión de la coincidencia...

-No respira oxígeno -dijo Clowdis. Se sentía como un hombre luchando contra un sueño de drogas, recuperando el pleno uso de sus sentidos con lento trabajo-. Había un tipo de

fuerza a su alrededor que le aislaba. Las orejas eran distintas, y el cabello, y tenía más de cinco dedos en cada mano..., creo.

Se giró hacia Barbour con una súbita sospecha.

-¿No crees que pudo ser algún tipo de ilusión, Frank? ¿Una proyección de algún tipo?

-Dudo que se haya tomado esa molestia-dijo Barbour lentamente-. Pero es tan difícil de aceptar...

-Poder -explotó Buehl, dejándolos atónitos a los tres hasta que se dieron cuenta de que estaba siguiendo sus propios pensamientos-. Con ese poder, pueden hacer lo que quieran.

Fue Wilcox, que entendía menos la cuestión, pero cuyo problema era más inmediato, quien les trajo nuevamente a la realidad.

-Hombre o no, no nos ha dejado mejor que antes -dijo-. Comandante, ¿recuerda lo que ha dicho?

El cerebro de Clowdis se sintió como un ojo cegado por una luz demasiado poderosa, pero recordó.

-Sugirió que probáramos por nosotros mismos el derecho de reclamar el mundo al que nos estamos acercando.

-No fue una sugerencia -corrigió Barbour-. Tenía el tono de una orden, Ed. Y dijo *mundos.*

-Poder -murmuró Buehl. Miró hambrientamente sus dedos, que se movían deseando tocar la botella y el vaso.

Los otros se mantuvieron sentados, perdidos en la nada.

-El ha dicho que tendremos libres las manos aquí si nos mostramos competentes -dijo Vesari-. Lo que me asusta es que no dijo lo que sucedería si no lo lográramos.

-Precisamente -dijo Barbour. Pasó una mano por su cráneo desnudo y se extrañó de encontrarlo mojado-. Si podemos probar nuestra capacidad. El problema es... *¿Cómo?*

Digirieron el asunto en un silencio incómodo, dándole la cara por vez primera y sopesando, cada uno a su manera, las posibilidades de resolverlo.

Clowdis se movió primero uniendo su cuarto de conferencias mediante la pantalla con el cuarto de control. Shassil respondió prontamente, su cara de cabra levemente incomunicativa.

-¿Cada raza que desarrolla el vuelo espacial tiene que pasar esta prueba? -preguntó Clowdis-. ¿Y qué sucede cuando fallan?

El cetiano encogió sus extrañamente unidos hombros.

-Los T'sai siempre han buscado las nuevas culturas. Sois los primeros para los T'sai.

Se miraron los unos a los otros sin comprender. Para Barbour la información tenía una pista muy significativa, pero no podía identificarla.

-Entonces los T'sai les han dado a las demás culturas el comienzo -dijo-. Deben tener...

-Deje de lado el punto -cortó Clowdis-. Lo que queremos saber es esto, Shassil: *¿Qué harán los T'sai si fallamos?*

El cetiano levantó una mano hacia su propio control de la pantalla.

-No lo sé. Los T'sai no confían en las culturas menores, ni tampoco lo esperamos nosotros.

«La pantalla se quedó vacía -pensó Clowdis- en el mismo punto en el que hemos comenzado.» Barbour sentía diferente, pero su escondido sentido de la significación no se definía para ser analizado.

-Estoy fuera de mi ambiente aquí -dijo Wilcox, y se levantó-. Con su permiso, comandante, volveré con mis amigos.

Clowdis dudó, viendo un riesgo más inmediato que la acción de los T'sai. La tripulación de la nave, incluyéndole a él, sumaba diecisiete personas, mientras que en los puentes inferiores ciento cincuenta colonos estaban murmurando incómodamente entre ellos. Sí sucumbían al pánico, las pocas posibilidades de sobrevivir se habrían esfumado.

Consideró la posibilidad de retener a Wilcox hasta que se hubiera decidido, y descartó el pensamiento porque sabía por experiencia que ningún ser humano podía mantenerse mucho tiempo en la incertidumbre sin que pidiera explicaciones.

-Adelante -dijo Clowdis-. Pero recuerde esto, Wilcox: nuestras posibilidades de sobrevivir dependen de usted casi tanto como de nosotros. Si no puede ayudarnos, entonces mantenga a su gente tranquila.

Cuando Wilcox se hubo ido, Clowdis, Vesari y Barbour se miraron los unos a los otros dubitativamente, en un silencio roto únicamente por el pesado respirar de Buehl.

-Quizá no sucumban al pánico -dijo Barbour, sin mucha convicción-. Ninguno de ellos puede tener una idea clara de lo que sucede aquí arriba.

Clowdis se encogió de hombros.

-¿La tenemos *nosotros,* Frank?

Wilcox fue directamente abajo y encontró a los colonos perdidos en un mar de rumores y aprensiones. En el momento en que puso un pie en la larga habitación de metal los hombres se dirigieron hacia él instantáneamente, voces que clamaban que les tranquilizara.

Sorpresivamente, encontró en sí mismo la tranquilidad para ofrecérsela a ellos. El papel de líder le había sido asignado contra su deseo, pero la obvia dependencia que ellos sentían de él ahora le dio una fuerza que no sabía que poseía.

-Estamos siendo demorados para examinarnos -les dijo-. Un tipo de control de inmigración que tenemos que pasar antes de que podamos pedir el planeta hacia el que nos dirigimos. No hay peligro. El comandante Clowdis tiene la situación bajo control.

Pero más tarde, cuando los otros se habían alejado para hablar en animados grupos, Wilcox se sentó con su mujer en su pequeñísimo cubículo y descubrió que sus palabras no la habían terminado de convencer.

-Te estás guardando algo, Cari -dijo su mujer. Ella era más joven que Wilcox, estaba en sus últimos veinte, tenía el cabello oscuro y era discretamente hermosa, incluso con su barata y fea ropa de inmigrante-. Nos van a hacer volver atrás, ¿verdad?

El movió la cabeza con desánimo.

-No lo sé, Alice. Ninguno de nosotros lo sabe, ni siquiera el comandante. Este T'sai parece un hombre, pero es más como un dios. No hay forma de adivinar qué es lo que podrá hacer si fallamos en probar nuestra valía.

Ella levantó la cabeza para poder mirarle fijamente, sintiendo con una percepción más clara que la de él algunos de los puntos que había detrás de aquello.

-Los T'sai nunca han hecho esto antes. Cari, ¿supones que van a juzgar a la humanidad entera por la gente de esta nave?

Se dio cuenta de lo que implicaba.

-¡Espero que no! La responsabilidad...

Las posibilidades se agolparon, haciéndole temblar: ellos mismos rechazados, barridos o enviados nuevamente a la Tierra; otras expediciones programadas desvanecidas en el espacio; el hombre restringido para siempre, quizás, a su propio y superpoblado pequeño anillo de mundos.

Pero inevitablemente, porque había nacido en una compleja máquina económica y como tal sus experiencias se reducían a su inmediato círculo de preocupaciones, su pensamiento volvió a sí mismo y a su mujer y a su hijo aún no nacido y hacia los otros colonos que habían quemado sus puentes para embarcarse en esta aventura en el espacio.

No podían volver atrás. No había lugar para ellos en la Tierra, y las colonias eran amargos infiernos para sobrevivir peor que esclavos.

«Podríamos también morir aquí, es igual», se dijo a sí mismo. El pensamiento tomó raíces y se convirtió en una llama de resentimiento que había estado ardiendo en él, sin que lo notara desde el principio.

-Sólo estamos tratando de vivir -dijo en voz alta, y no se enteró de que estaba hablando-. Los T'sai no tienen derecho a negarnos esto. No usan para nada ese planeta, si no, ya lo hubieran colonizado hace tiempo. No hay razón alguna por la cual no lo podamos tener.

Su mujer puso una mano en su brazo y el toque le trajo otra vez, como siempre, el calor de algo más que el apoyo físico.

-Entiendo -dijo ella-. Creo que los otros colonos también lo entenderán. Cari. Si no nos podemos establecer aquí, después de haber sacrificado lo poco que teníamos, no hay necesidad de continuar.

Se sentaron en silencio durante un rato hasta que la resolución tomó cuerpo en Wilcox.

-Creo que será mejor que les diga la verdad a los otros -dijo finalmente-. Le daremos al comandante Clowdis y a su grupo todas las oportunidades, pero si no llegan a una solución.

Clowdis y Barbour estaban sentados solos en el cuarto de conferencias cuando Wilcox llegó otra vez una hora más tarde; no habían llegado a ningún tipo de conclusión. Buehl hacía largo rato que había dejado una tarea para la cual no estaba cualificado y se había retirado a su habitación en busca de whisky y Wagner. Vesari había seguido con extrañeza, y en este momento estaba durmiendo el sueño de los faltos de imaginación en su cubículo.

-No estamos mejor que cuando nos dejó -dijo Barbour irritadamente, como respuesta a la pregunta de Wilcox-. Hay un abismo entre la psicología de los T'sai y la nuestra, que hace imposible adivinar qué es lo que quieren. No es un hombre, aunque se parezca mucho. Puede ser una cuestión de ética, y la prueba que exige puede residir en una faceta desconocida para nosotros.

«Suponga que uno de nuestros antiguos aborígenes hubiese pedido la admisión en nuestra propia sociedad, que tuviese que pasar una oficina de inmigración, y que su código ético se tuviera que parecer suficientemente al nuestro como para admitirle en nuestra sociedad. Suponga que viene de una cultura en la que se come carne humana; ¿podría ese tipo de condicionamiento ser considerado aceptable? No lo sería, y usted lo sabe. Lo incapacitaría para la vida ciudadana, y el hecho de que él no entendiera nada de ello no nos haría dudar ni un minuto en denegarle la entrada.

-Y si intentara entrar por la fuerza lo deportaríamos o le mataríamos -añadió Clowdis. Encendió su cigarrillo número cien y miró ceñudamente al colono con extraños reflejos rojizos en sus ojos-. Frank está en lo cierto, Wilcox. Hemos visto una docena de culturas cercanas, y escasamente hay algún punto en común entre nosotros y cualquiera de ellas. ¿No está de acuerdo, Wilcox?

Wilcox se sorprendió un poco de su propia dureza cuando dijo:

-Seguramente deberíamos saber cuánto tiempo tenemos para superar nuestra prueba. ¿Lo ha preguntado a Shassil?

Clowdis y Barbour se miraron el uno al otro con disgusto.

Clowdis se acercó al botón activador de la pantalla de la sala de conferencias.

La respuesta de Shassil no tuvo ningún significado para ellos en un primer momento.

-Tenéis hasta la puesta de sol en el planeta Regulus al que os dirigís -dijo el cetiano-. Unas doce horas a partir de ahora, por vuestro tiempo.

Clowdis ignoró la información,

-¿Dónde está la nave T'sai?

-El T'sai ha ido a conferenciar con su consejo. Regresará en el tiempo convenido.

Se miraron los unos a los otros desesperadamente cuando la pantalla del cetiano se obscureció.

-Transferencia instantánea -dijo desganadamente Clowdis-. A través de la galaxia y de regreso en doce horas, con una conferencia de por medio. ¿Qué significa, Frank? ¿Por qué no admitimos que hemos sido barridos?

Barbour volvió las palmas de sus manos hacia arriba en señal de derrota silenciosa.

-Pero tenemos doce horas para nosotros -dijo Wilcox-. Podemos llegar a Régulus en diez horas.

Se irguió desafiadoramente cuando Clowdis se giraba hacia él.

-Vamos a aterrizar en ese planeta, comandante, aunque tengamos que morir en él.

No tuvieron oportunidad de discutir. A la llamada de Wilcox, acudieron tres colonos con armas térmicas que habían cogido, rompiendo los depósitos que había en los niveles más bajos, y así de rápido la nave cambió de manos.

Shassil, con su invariable aire de galáctica resignación, tomó la nueva orden con un murmullo. Con un arma térmica en su espalda, se sentó ante el panel de control del comandante y tomó el mando de la nave como si el T'sai y la nave korivia nunca hubieran aparecido.

Wilcox y su contingente, ahora que la muerte podía estar esperándoles, parecían tranquilizados de la tensión y tan resignados como el intérprete cetiano.

-Supongo que tendrá razón, señor -dijo Wilcox una vez que Clowdis le maldijo por traer la aniquilación sobre ellos-. Pero probablemente estuviéramos condenados a la ejecución de todas formas, y nosotros los colonos preferimos morir que volver a la Tierra y ser enviados a los alrededores de Marte o Venus o a las lunas de Júpiter. Ha visto esas instalaciones por sí mismo y sabe lo que son.

Clowdis lo sabía. Conocía, también, la amarga monotonía de ir y venir hacía delante y hacia atrás en esos malditos e infernales agujeros en los corredores planetarios, donde había vivido hasta que el vuelo interestelar le había liberado. El considerar que los T'sai podrían devolverle a esa rutina le despertó una cierta simpatía hacia los colonos, pero consideraba que la muerte era un precio excesivo.

Trajeron a Vesari de su habitación, en parte para comprobar la navegación de Shassil y en parte para que le hiciera compañía a Clowdis, pero a Buehl se vieron obligados a confinarlo en su cuarto. El jefe de energía había salido disparado hacia los cuartos de los motores en el momento que habían comenzado a funcionar, y en su furia, parecida a la de un toro, lo tuvieron que atar de pies y manos para prevenir que interfiriera con la tripulación del cuarto de energía.

Doce horas podría ser un tiempo maravillosamente breve para medir la extensión de la vida de un hombre, pensó Clowdis. Aun así, el vuelo se alargaba interminablemente; la nave parecía no estar volando al doble de la velocidad de la luz, sino que se mantuviera estática y sin movimiento. Sentado con Barbour y Vesari en un colchón de aceleración, Clowdis se relajó por vez primera en doce horas y *se* encontró a sí mismo asintiendo exhausto, antes de que notara la tensión bajo la cual había estado.

Se durmió durante el viaje. Cuando se despertó, fue para ver el suave verdor del planeta Régulus acercándose bajo la nave; los horizontes volaban hacia arriba con una repentina y mareante velocidad que los cambiaba de convexos a cóncavos.

-Estamos aterrizando -dijo estúpidamente, alejando el sueño.

-Para eso salimos de la Tierra -recordó Wilcox. Su esposa estaba recostada en su hombro, su cálida feminidad sorprendiendo la funcional y masculina ambientación del cuarto de control. Los ojos de ella estaban fijos en las limpias colinas y praderas que había debajo-. Deja que vengan los T'sai y nos barran si así lo desean. Hemos comenzado aquello a lo que habíamos venido.

-Tontos -gruñó Clowdis-. Si querían suicidarse, ¿por qué no han hecho sobrecargar los motores atómicos y que estallaran?

Pero de todas formas se estremeció un tanto cuando los motores rugieron en la desaceleración del último minuto y la nave se quedó quieta como una alta vela de plata en la verde llanura.

-Ahora -dijo Wilcox. Su voz temblaba.

Alguien abrió las compuertas de los puentes inferiores y Clowdis pudo sentir el aire de la nave salir y el olor de limpia fragancia de las cosas en crecimiento que tomaba el lugar del aire que antes saliera.

-Le devolveremos la nave -dijo Wilcox- tan pronto como descarguemos nuestros abastecimientos y equipajes.

Clowdis miró a Barbour, quien movió la cabeza interrogativamente.

-Hombres -dijo Barbour-. Los he estudiado durante mi vida entera, Ed, y nunca he estado más lejos de conocerles.

Pero ambos, mientras observaban a los colonos bajando rápidamente sus escasas posesiones, sintieron un inesperado toque de envidia.

-Pienso que hemos estado demasiado tiempo en el espacio, Ed -dijo Barbour cuando e! último colono hubo dejado la nave-. Hemos estado demasiado interesados en la caza de nuevos mundos e investigando problemas alienígenas como para poder apreciar a nuestra especie.

Clowdis, faltándole la entrenada capacidad del psicólogo para enfatizar, aún sintió un cambio de perspectiva.

Había estado fuera del problema. Había olvidado la atracción del hombre hacia la tierra, el hilo que hacía que los hombres lucharan *y* murieran por unos pocos metros de tierra. Él, Barbour y Vesari, pioneros a su manera, Boones y Houstons y Carsons de los últimos días, que huían cuando veían el humo representativo de la ocupación humana. A ellos, en gran medida, se les debía el crédito del salto temprano del hombre a través de la frontera espacial, pero ahora, como siempre, eran los que venías a establecerse los que traían el inquebrantable espíritu de la humanidad. Esos pobres y tontos idealistas que irían hasta la muerte, eran de la misma pasta que todos los pioneros, para mantener la tierra conquistada a perpetuidad para sus hijos y los hijos de sus hijos.

«Pero no esta vez -pensó Clowdis-. El T'sai.»

Wilcox apareció brevemente sobre el verde pasto de debajo, giró una ruborizada cara hacia Clowdis y Barbour, que estaban en la abierta compuerta.

-Será mejor que se lleve la nave, comandante—dijo-. La línea de muerte...

Clowdis echó una mirada hacia la puesta de sol que lavaba las bajas colinas hacia el oeste, y desistió cuando la nave del T'sai aparecía a la vista y bloqueaba el sol. Su inmediata reacción, curiosamente, no fue de pánico como había supuesto, sino una explosión de roja furia contra el T'sai.

-Que me aspen si la hago despegar ahora -dijo.

Entonces, antes de que Barbour pudiera moverse para detenerle, arrojó su bolsa personal hacia donde estaba Wilcox.

-Aquí estamos -gritó. Agitó su puño hacia la nave que descendía-. Matadnos a todos y...

El T'sai apareció a su lado como una sólida proyección que negaba el tránsito del tiempo, la pequeña cara inescrutable bajo su campo de fuerza.

-Observa -dijo el T'sai.

La nave alienígena aterrizó, suave como una pluma en el pasto. La policía korivia marchó, saliendo hacia la pradera como ordenadas filas de rojizos autómatas parecidos a reptiles y bajaron hacía donde estaban los amontonados colonos. Clowdis captó el brillo de la tardía luz solar sobre las enigmáticas armas, y se envaró con un enfermizo escalofrío de horror cuando vio que unos pocos de los colonos, los que se habían apropiado de sus armas caloríficas, se habían alineado enfrente del resto.

Vio a Wilcox al frente con su mujer detrás, de forma que su cuerpo protegiera el de ella. Su vida y la otra que no llegaría hasta dentro de medio año, el hijo o la hija no nacido aún, que habían esperado confiadamente que compartiera la nueva Tierra.

El T'sai levantó una mano y los korivios se detuvieron como estatuas.

Los colonos se movieron incómodos y luego quedaron quietos. Durante un momento la escena se mantuvo en estática suspensión, una eternidad, en la cual Clowdis se olvidó de respirar.

Entonces los korivios se giraron como bajo una señal ya convenida y marcharon nuevamente hacia la nave.

-La prueba es suficiente -dijo el T'sai. Su voz, amplificada sin ningún mecanismo aparente, llegó a toda la extensión de la pradera-. El mundo es vuestro.

Y los dejó solos con su victoria.

La nave no se elevó esa noche. Clowdis cogió una rugiente borrachera con Barbour, Vesari y Buehl con el whisky del jefe de energía, y estuvieron interrogando a Shassil hasta la tarde del día siguiente.

El cetiano dio las explicaciones cuando estaban sobrios, su lúcido monólogo cayendo con clara lógica sobre sus empañadas mentes.

-Los T'sai han gobernado la galaxia -dijo Shassil- desde antes de que la primera vida saliera del océano de vuestro mundo. Gobernaron porque poseen inteligencia e iniciativa, ambas cosas. La iniciativa, que es el camino hacia la perfección, no se encuentra en las demás razas. Los T'sai nos han ayudado a cada uno de nosotros a atravesar el largo camino hacia la autosuficiencia, pero habían desesperado de encontrar otra raza que tuviera los mismos propósitos que ellos, hasta que habéis aparecido vosotros.

«Observaron vuestro crecimiento desde el principio sin interferir; si vuestra especie era la apropiada encontraría el camino hacia los T'sai cuando fuera el tiempo correcto, y entonces los T'sai os sopesarían y os juzgarían. Habéis pasado su prueba porque vuestra especie posee la misma iniciativa e idealismo que ha hecho de los T'sai lo que son, la lealtad y beligerancia necesaria para ser sus dignos sucesores.

Le miraron fijamente y sin poder creer lo que oían.

-¿Sucesores? -repitió Clowdis-. Qué...

-Los T'sai se han vuelto viejos cumpliendo con sus obligaciones para con el resto de la galaxia -dijo el cetiano-. Y la renovación del perdido vigor racial depende de que encuentren nuevos campos para explorar. Otras galaxias les esperan, como ésta espera por vosotros. Los T'sai se irán y vosotros estaréis listos para ocupar el lugar de ellos.

Y, por primera vez, al retirarse Shassil se tocó su barba en señal de respeto.

Epílogo

«Antes y después de la problemática vida del hombre vimos otras razas similares a la humana elevarse en gran número, de las cuales sólo un puñado estaba destinado a despertar más allá del más alto estadio espiritual del hombre, para tomar parte en la comunidad galáctica de mundos. A éstos, ahora los vemos desde lejos en sus pequeños planetas parecidos a la Tierra, desparramados por las inmensas distancias de los arroyos de estrellas, luchando para resolver esos problemas mundiales, sociales y espirituales, a los que el hombre en nuestra era "moderna" por primera vez se enfrenta. Al igual, vimos nuevamente las muchas otras clases de razas, náuticos, avícolas, compuestos, y los raros simbióticos, los aún más raros seres similares a las plantas. Y de cada tipo, sólo unos pocos ganaron a través de la utopía y tomaron parte en la gran empresa comunal de los mundos. El resto cayó por el camino.»

OLAF STAPLBDON: *El hacedor de estrellas*

FIN